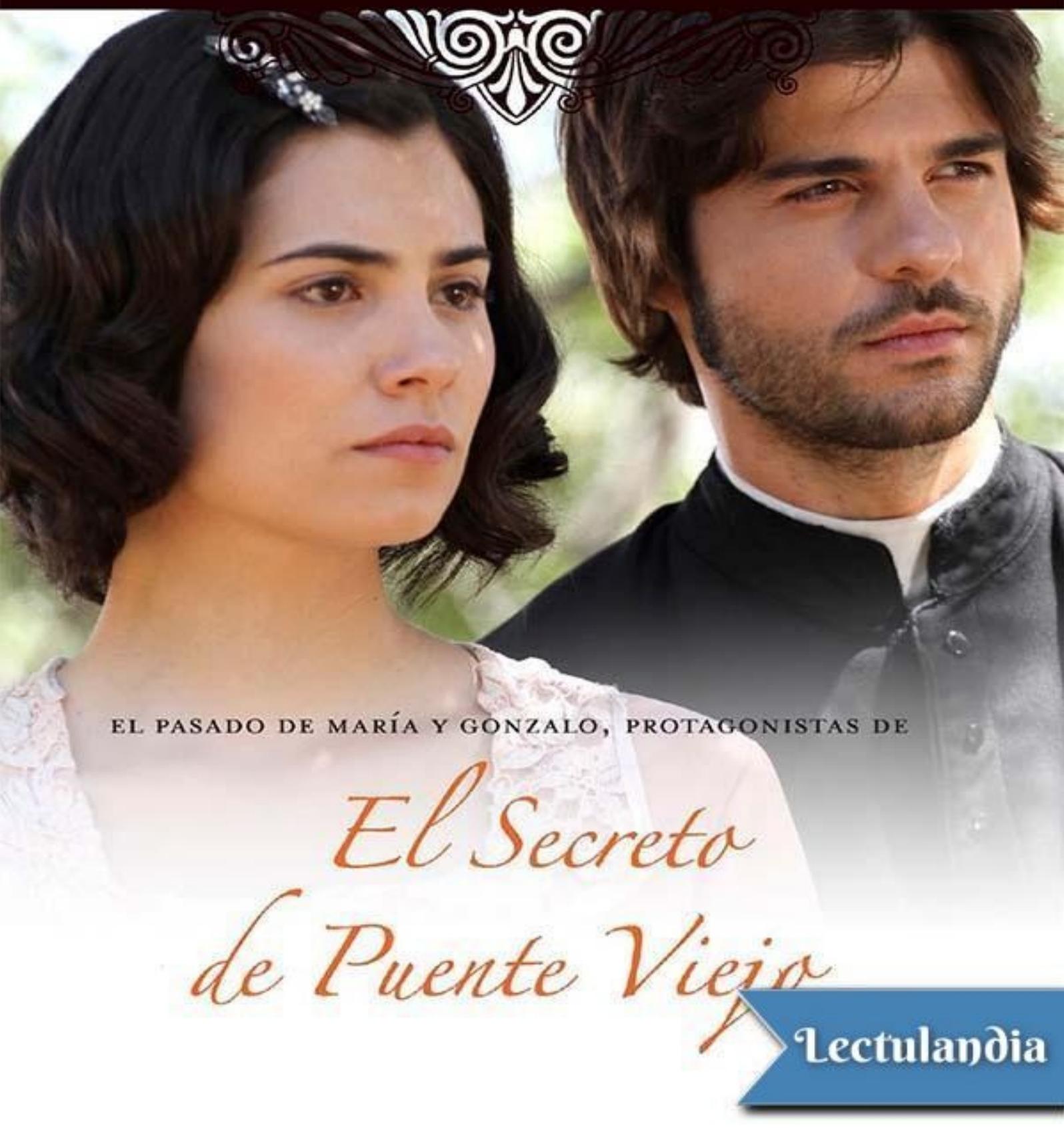




AURORA GUERRA Y ALEJANDRA BALSA

ANTES DE TI

A PARTIR DE LA IDEA ORIGINAL DE AURORA GUERRA



EL PASADO DE MARÍA Y GONZALO, PROTAGONISTAS DE

*El Secreto
de Puente Viejo*

Lectulandia

Puente Viejo aún llora la muerte de Pepa, y Tristán, sumido en el pasado, se olvida de vivir y cae en el alcohol y la desidia.

Pero la población no se para. A pesar de la ausencia de la partera, los demás habitantes siguen con sus vidas. Emilia y Alfonso, en su empeño por sacar adelante su posada, han descuidado a su pequeña María, la cual ha pasado la mayor parte de su infancia en La Casona. Francisca Montenegro, encantada de haber tenido a la niña correteando por los pasillos y jardines, decide ahora hacerse cargo de su educación, lo que la enfrenta con su madre.

Gracias a un adverso giro del destino, la joven María es criada como una señorita en La Casona, pero, a pesar de los cuidados recibidos, no es feliz..., un episodio oscuro y pasado ha dejado una bruma en su alma. María, sin conocer la razón, sabe que nunca podrá amar a nadie.

¿Nunca? En el momento más inesperado aparece en Puente Viejo Gonzalo, un joven cura que, tras largos años de avatares y una prolongada estancia en la amazonia bajo la tutela del mezquino padre Celso, retorna al pueblo en busca de sus orígenes. Pero cuando se encuentra con María, su existencia y la de la joven cambiarán para siempre.

Antes de ti es tercera novela basada en la exitosa serie de Antena 3 *El Secreto de Puente Viejo*, producida por Boomerang TV, da cuenta de los trece años de la vida del pueblo que no se han visto en televisión y desvela los oscuros secretos latentes en las vida de María y Gonzalo, dos jóvenes a los que el destino ha decidido reunir en un amor no exento de dificultades.

Lectulandia

Alejandra Balsa & Aurora Guerra

Antes de ti

El secreto de Puente Viejo - 3

ePub r1.0
nalass 21.11.13

Título original: *Antes de ti*
Alejandra Balsa & Aurora Guerra, 2013

Editor digital: nalasss
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

Cuando abrió los ojos, el sol empezaba a ponerse tras las montañas. A medida que sus pupilas se acostumbraban a la luz, iba tomando conciencia de dónde se encontraba. Su posición en el suelo le permitía un escaso ángulo de visión. Bajo un cielo que empezaba a teñirse de violeta, se oscurecían los árboles. Intentó incorporarse para encontrar en aquel paisaje alguna pista de dónde podía hallarse, pero un peso sobre sus piernas, del que no había sido consciente hasta aquel momento, le impidió hacerlo con la agilidad prevista. Levantó el torso y un punzante dolor de cabeza nubló de nuevo su vista. Llevó su mano al foco de aquel pinchazo y notó la zona húmeda y pegajosa. Solo tuvo tiempo de ver que el cuerpo inerte de un hombre, con media cara ensangrentada y cubierta por una enorme y vieja quemadura, le apesaba los miembros inferiores y le impedía moverse. Todo a su alrededor comenzó a girar de forma despiadada. Martín sintió una náusea. Su cuerpo dolorido le pedía que se dejara vencer y se permitiera caer en el sopor del que acababa de volver, pero algo en su cabeza lo obligaba a ser fuerte y le gritaba que saliera de allí debajo.

Martín hizo un esfuerzo sobrehumano, aguantó con valentía el dolor de la cabeza. Y logró sacar la pierna derecha de debajo del cuerpo que lo aprisionaba. De una patada logró girarlo y quitarlo de encima de su otra pierna. Cuando el cuerpo quedó boca arriba, Martín vio que el otro perfil no era más que una masa informe y sanguinolenta. Martín sabía que aquel cuerpo tenía la cicatriz en la cara y las ropas de su tío Carlos. Una vez liberado de su prisión, se levantó e intentó correr, pero sus piernas entumecidas no se lo permitieron. Así que se arrastró alejándose del camino y escondiéndose tras el tronco de un olmo viejo y de frondosa copa que le ocultaba de la vista de cualquiera que pudiera aparecer en aquel paraje. Martín acomodó su cuerpo en el hueco de aquel tronco, suficiente para cobijar a un niño de seis años del relente que seguramente traería la noche que se iba acercando.

Martín no recordaba bien qué le había traído a aquel lugar. No sabía por qué se había encontrado bajo el cuerpo inerte de su tío Carlos, bajo aquella gavia que salvaba un arroyo de escasa profundidad. Intentaba componer una historia, pero solo venían a su mente fogonazos de hechos. Recordaba a su tío Carlos apremiándolo para que se colocara en la parte de atrás del carro que los transportaba desde el internado en el que lo había recogido. Y cómo una arrancada rápida lo tiró contra el fondo del

vehículo. Había intentado conservar el equilibrio, pero los vaivenes de aquella carrera se lo impidieron y Martín se vio zarandeado de un lado a otro. Uno de aquellos vaivenes fue el más brusco de todos. Oyó el relincho de un caballo y, al instante, lo invadió una sensación de ingravidez y de caída. Después, sombras. Nada más.

Y ahora estaba allí. Con la noche acercándose. Solo, herido, perdido y sin la menor idea de qué hacer. Solo sabía que su instinto le hacía alejarse del camino, pero sobre todo de su tío Carlos o de lo que quedaba de él. Y aquella herida latía en su cabeza y no le dejaba pensar con claridad. Se arrebujó, puso la cabeza entre las rodillas y lloró. Aquel llanto lo relajó y, finalmente, se quedó dormido en aquella postura fetal en la que se sentía protegido. Y soñó sueños inquietos en los que caía sin fin y en los que escuchaba aullidos. Repetidos y cada vez más cercanos. El último de ellos sonó tan cerca que se despertó sobresaltado. Y oyó que algo se acercaba entre la maleza. Rápido. Aquello ya no era un sueño. Era una realidad que lo aterró. Y en una fracción de segundo pensó que el hueco de aquel olmo había dejado de ser seguro. Trepó rápido a lo alto del árbol, esperando hallar un refugio adecuado contra aquello que sabía que se acercaba. Desde su atalaya, vio una pequeña jauría de lobos. Eran tres y olisqueaban el suelo y el aire. Llegaron certeros, siguiendo un rastro, al pie de su olmo. Lo rodearon, mientras intentaban trepar para alcanzar la fuente del olor que los había guiado, pero sin demasiado éxito. Las ramas más altas eran más débiles, pero soportaban el peso del pequeño cuerpo del niño. Sin embargo, no era un lugar cómodo y Martín no sabía cuánto podría aguantar a aquella altura. Pasó un buen rato. Las alimañas habían desistido de su empeño de trepar, pero no de dar caza a su presa y merodeaban incansables entre las raíces del viejo olmo. De vez en cuando hacían un nuevo intento de abordarlo, pero, afortunadamente para Martín, siempre acababa en fracaso.

Su cuerpo dolorido, el cansancio y aquella herida en la cabeza lo debilitaban. Sabía que si se quedaba dormido se caería y estaría perdido, pero sus párpados insistían en cerrarse. Y pensó que, probablemente, lo que atraía tanto a aquellas bestias era el olor de su chaqueta, manchada con los restos de sangre de su tío Carlos, ya seca. Seguramente, aquello enfurecía más a los lobos. Se la quitó y, agarrándose a una rama que consideró segura, arrojó la prenda tan lejos como pudo, tras hacer varios nudos con las mangas.

El ruido que hizo la chaqueta al caer entre la hierba provocó que los animales dirigieran ahí su atención y siguieran un nuevo rastro. Martín no pudo distinguir claramente lo que pasó, solo oía gruñidos y los ruidos de la tela al rasgarse.

Otro murmullo comenzó a ganar presencia en el aire. Era una cadencia regular. Provenía del camino del que Martín quería alejarse. Miró hacia aquella dirección y vio varias luces palpitantes, que, poco a poco y con un movimiento de vaivén, iban haciéndose más grandes.

Cuando las luces estuvieron cerca, Martín pudo apreciar que provenían de candiles colgados de los lados de un carromato. Y tras ése, divisó otro más y luego otro. Y con los carros llegó un ruido de voces y una canción.

Martín pensó en bajar del árbol y correr hacia las luces, pero no estaba seguro de que sus piernas aguantaran una carrera si a los lobos, que aún andaban cerca, les daba por perseguirle. «Algo más que probable», se decía Martín.

Pero ahora el miedo estaba en otro lugar. Ante aquella barahúnda que iba acercándose, las tres bestias optaron por soltar la presa de la chaqueta del niño y correr en dirección al monte.

Así que Martín bajó del árbol tan rápido como pudo y gritó. En medio de la oscuridad, sacando fuerzas de donde podía, se dirigió al camino del que había huido hacía unas horas. Pero de repente empezó a sentir una terrible flojera en las piernas. Dejó de ver las luces y se sumió en las sombras.

Los seres humanos sabemos que ninguna muerte altera el curso inmutable del mundo. El invierno sigue sucediendo al verano, la luna al sol, el desamor al amor... Los dioses mantienen sus planes aunque aquí, en la tierra, alguien haya perdido a un ser querido. Pero para ciertas personas el dolor es tan inmenso, tan lacerante, que solo parecen encontrar consuelo deteniendo su mundo. Tristán Ulloa era una de esas personas.

En alguna parte de su cabeza, la sensatez le decía que debía olvidar, seguir adelante. Por su hija. Por Aurora. Pero el dolor de su corazón frustraba cualquier intento de su voluntad por reponerse. Porque Aurora le recordaba a Pepa y Pepa ya no estaba. Y la sola visión de la niña le dolía. Abrir los ojos cada mañana era revivir, como un Tántalo incansable, la misma tortura de la ausencia de Pepa.

Habían pasado ya varios días desde que Aurora había venido al mundo en aquel rincón entre dos piedras de la Quebrada de los Lobos. Y aquella niña que dormía plácidamente en su cuna se había llevado al nacer lo que Tristán más quería. La vida de Pepa, su amor. La mujer de su vida.

Desde entonces, Tristán se había encerrado en una concha de tristeza y silencio. Ciertamente, aún era pronto para olvidar. Era muy probable que aquel duelo durase; al fin y al cabo, no se trataba solamente de que Pepa hubiera muerto en sus brazos. Si hay algo que hace que un duelo se prolongue más de lo acostumbrado es no poder enterrar al muerto. Y aquello era lo que le sucedía a Tristán. El cadáver de Pepa había desaparecido.

El recuerdo de las últimas palabras de su mujer era un martilleo constante y cruel en su cabeza.

—Por favor, amor, sé fuerte por los dos. Ayúdame a dar este paso, que veo negro como la noche. Tengo miedo, mi vida. Dame calor. Dime cosas bonitas... —decía Pepa, arrebujándose contra su pecho, buscando cobijo.

Tristán solo acertaba a acunarla como quien acuna a un niño, mientras Pepa, a su vez, mantenía a la recién nacida Aurora entre sus brazos. Tristán la abrazaba, tragándose las lágrimas, como si con aquel abrazo pudiera arrebatarla a un destino cruel que sabía que se acercaba inexorable. Y murmuró al oído de su esposa:

—No temas, vida mía; no tengas miedo, que yo no he de dejarte. Mira cómo brilla el sol, mira cómo cantan los pájaros... Como cantaban la mañana en que nos

conocimos... Sabía que alguien me miraba antes de verte. Te recuerdo subida a la grupa de mi caballo, riendo, con tu brazo alrededor de mi cuerpo... Y lo bonita que estabas... —Tristán depositó un tierno beso en la cabeza de Pepa—. Nada ha de pasarte... Yo estoy contigo... Mi Pepa...

Y al pronunciar su nombre, sintió que Pepa dejaba de respirar. Que la vida se escapaba de un cuerpo que había perdido la tensión que había mantenido hasta unos segundos antes. Tal fue su dolor, tan profundo, que también él notó que respirar se convertía en una tarea ímproba. Tanto que ni siquiera pudo liberar su dolor en un grito. Acercó la cara al oído de su esposa muerta y susurró:

—Adiós, mi amor.

Fue el llanto de Aurora lo que puso de nuevo en movimiento aquel mundo que se había detenido para Tristán. Lo que no desapareció fue aquel peso pétreo sobre su pecho que le hacía difícil seguir respirando. Y con él a cuestas, cubrió el cadáver de su esposa. Acarició por última vez la cabeza de Pepa, por encima del abrigo que la tapaba a su vista, tomó en sus brazos a Aurora y emprendió el camino para cumplir la última voluntad de Pepa.

—La única vida que ya me queda es ésta —había dicho Pepa mirando a su hija recién nacida—. Y no quiero que muera. Has de marchar a Puente Viejo, y llevarla contigo. Necesita calor y alimento, o morirá, como yo.

Casi sin aliento, Tristán llegó a Puente Viejo. Había hecho el camino deprisa, por si había alguna esperanza de que Pepa no hubiera muerto. Como si cada segundo de más que tardase en pedir ayuda restara las posibilidades de que su esposa siguiera con vida. Él sabía lo que había pasado en aquellas rocas en la Quebrada de los Lobos. Sabía lo que había dejado atrás, pero muy en el fondo de su alma algo le decía que no lo creyera completamente.

Tristán había llorado demasiado y seguía teniendo los ojos anegados de lágrimas, así que, cuando desembocó en la plaza del pueblo con Aurora en brazos, las figuras que veía moverse eran sin duda familiares, pero difusas. Llegó a las puertas de la casa de comidas, flanqueado por los habitantes del pueblo, que le abrían paso en silencio. Tristán sintió una mano cálida sobre su hombro.

—Tristán, muchacho —decía Pedro Mirañar, intentando consolarlo, pero ni aquel tacto ni aquel discurso lo distrajeron de su camino.

Raimundo, Alfonso y Emilia salieron a la plaza al ver el pasillo de gente a través de las ventanas de la casa de comidas. Raimundo se acercó presto al capitán.

—Hijo... ¿Qué ha pasado? —inquirió triste. Se hizo un tenso silencio en espera de una respuesta que Tristán fue incapaz de dar. Y Emilia tomó conciencia de lo que podía haber ocurrido.

—Pepa... —dijo ahogando un grito y llevándose las manos a la boca.

—Tristán... Hijo mío... ¿Y tu esposa? —volvió a preguntar Raimundo.

Nadie más se atrevió a romper el silencio de Tristán, en realidad porque todos temían una respuesta que auguraban terrible. Su aspecto demacrado e infinitamente triste y aquel bebé en sus brazos eran como un libro abierto que anunciara una catástrofe. Emilia no pudo reprimir las lágrimas y rompió a llorar contra el pecho de su esposo, Alfonso.

Una vez conseguido el objetivo que le había encomendado Pepa en aquella quebrada, una vez que Aurora estaba a salvo, las fuerzas de Tristán se esfumaron y cayó de rodillas sobre el adoquinado de la plaza, con la pequeña en brazos. Agotó las últimas fuerzas en un grito sobrecogedor que se afianzó con sus garras a los corazones de todos los habitantes de Puente Viejo y hasta a la última de sus piedras.

—¡¡¡Pepaaaaaaaaaaaaaaaaa!!!

Y después, silencio.

Costó convencer a Tristán de que debía volver a El Jaral y descansar, y de que dejara que los hombres del pueblo se ocuparan de la búsqueda del cuerpo de su esposa. Pero su cansancio y su tristeza le restaban la capacidad para mantener largas discusiones y acabó por rendirse al sentido común del que Emilia, sacando fuerzas a pesar del dolor, hacía gala.

Emilia entró en la casa de comidas, recogió a María, se la acomodó en la cadera y ambos hermanos se encaminaron, con paso triste, cada uno con su retoño, hacia El Jaral. La casa aún mantenía las marcas del reciente incendio, pero ahora otra marca más dolorosa se sumaba a la historia del caserón: la ausencia de Pepa.

—Deberías darte un baño e intentar dormir un poco, Tristán. Cuando hayas descansado, me contarás lo que ha sucedido en estos días —le dijo Emilia comprensiva—. Sé que no es momento de explicaciones.

—No creo que pueda conciliar sueño alguno, hermana —dijo Tristán llevándose la mano derecha a la frente, como intentando borrar, sin conseguirlo, todos los pensamientos que en ella se agolpaban.

—Lo sé, lo sé. Tiéndete aunque solo sea una miaja. Rosario y yo nos ocuparemos de la pequeña. De seguro que en breve clamará por algo de alimento.

Cuando Tristán se tendió en la cama, notó esa inigualable sensación del cuerpo cansado que está a punto de recibir algo de paz. Su cuerpo se relajó, pero su cabeza no paraba de recordar los últimos días y sobre todo las últimas horas con Pepa. Se hizo un ovillo y, por primera vez desde que su esposa partió de este mundo, lloró. Y en medio de aquel llanto logró quedarse dormido.

Emilia contó a Rosario lo poco que sabía y ambas convinieron en que habían de esperar para saber más. Y que lo único que podían hacer en aquel punto era bañar a la recién nacida, curarle su cordón umbilical, darle de comer y vestirla.

—Yo creo que los ojos y la boca son los de Pepa, ¿no cree, Rosario? —aseveró

Emilia, mirando a la pequeña, mientras derramaba el agua tibia por su cabeza.

—Pudiera ser. Son grandes y oscuros. —Rosario echaba unas gotas de leche de un biberón en el dorso de su mano para comprobar la temperatura—. Pero te confieso, Emilia, que carezco de esa habilidad de ciertas personas para encontrar parecidos en las caras de los recién nacidos. A veces me maravilla lo capaces que son otros de encontrar las semejanzas.

—A lo mejor es que quieren encontrarlas, Rosario. Pero yo creo que, sin duda, esta niña es hija de su madre. ¿Verdad, pequeña? —preguntó mientras envolvía a la criatura en un paño de algodón blanco para secarla—. Habrá que ir a buscar la ropita que Pepa previno para ella.

María miraba toda aquella escena sentada en una trona, en un extremo de la mesa de la cocina. Había alcanzado una cuchara de palo que rondaba cerca y golpeaba repetidamente su asiento con ella. Encontraba aquel ruido muy divertido y lo repetía cada vez más fuerte, ajena a la tragedia que vivía su familia en aquel momento. María era la hija de Emilia y Alfonso, apenas tenía un año y si los ojos de su prima Aurora eran grandes y oscuros, los suyos no le andaban a la zaga. Era una niña bonita, sana y espabilada. Y sobre todo simpática. Pero en aquel momento, sentía que no era en absoluto el centro de atención y redobló la fuerza de los cucharazos.

—María, hija, deja de hacer ruido —dijo Emilia triste. Pero María encontraba aquello divertido y, aunque ante la orden de su madre se detuvo, retomó al poco su tamborileo, pues había comprobado que así se fijaban en ella. Emilia tendió a Aurora a Rosario y le quitó la cuchara a María, que en lugar de llorar estiró los brazos hacia su madre—. ¡Ay! ¡Zascandil! Querías brazos. ¿Vienes con mamá a buscar ropita para tu prima? ¿Sí? ¡Vamos!

Con María en la cadera, feliz después de haber conseguido su objetivo, Emilia salió hacia la habitación que sabía que Pepa había preparado para su niña. Porque siempre supo que iba a ser una hembra. Y como no podía ser de otra forma, una hembra fue.

Aquella habitación de colores claros era el lugar con el que cualquier niña habría soñado. En las paredes, un papel con dibujos de flores de un color pálido daba luz a una habitación en la que el sol entraba, ya desde la mañana, por un amplio ventanal. Aquella estancia era de las pocas partes de El Jaral que había escapado al incendio y, aunque, como toda la casa, tenía un ligero olor a madera quemada, que sin duda tardaría en desaparecer, ninguno de sus muebles había perdido el blanco de su laca. Emilia fue hacia un armario pequeño, cuyas puertas estaban forradas con el mismo papel de flores que las paredes y seleccionó, de uno de sus cajones, una camisola con florecitas bordadas en el cuello. María extendió la mano y alcanzó la prenda.

—Sí, cariño. Era tuya. Pero ahora se la prestamos a la prima, ¿quieres? —Emilia le había regalado a Pepa algunas de las prendas de María que se le habían quedado

pequeñas; aquella camisola era una de ellas. Emilia recordaba lo bonita que estaba su niña cuando la llevaba. Y de aquello no hacía mucho tiempo. María había crecido tan rápido...

Emilia confiaba en que el cielo los bendijera a Alfonso y a ella con un nuevo vástago al cabo de no mucho tiempo. Y que, este sí, fuera hijo de los dos. Porque aunque Alfonso era generoso y aceptaba a María como su hija y como a tal la cuidaba, no era el padre genético de la chiquilla. María era el fruto de un desliz de Emilia con Severiano, *el Guapo*, un amigo de Alfonso que anduvo una temporada por Puente Viejo, buscando trabajos para juntar unas perras e irse a América a hacer fortuna. Emilia, obnubilada por los indudables atractivos de Severiano, al que sin duda el mote le hacía justicia, no reparaba en que Alfonso se consumía de amor por ella. Reparaba tan poco que hasta tomó a Alfonso como confidente de sus cuitas amorosas con Severiano, sin darse cuenta del daño que le hacía al que acabaría convirtiéndose en su esposo, aunque ella no lo sabía. Y Emilia agradecía día tras día que el cielo le hubiera regalado a un hombre tan bueno y pensaba que si existía la justicia divina, el mismo cielo habría de enviarles un nuevo vástago; un chico, quería ella, que llevara por derecho y por sangre el apellido Castañeda.

Emilia reparó en que aquella camisola había sido un regalo de Francisca Montenegro a la pequeña María. Uno de tantos. Porque, inexplicablemente, aquella mujer de corazón oscuro y apretado perdía el oremus por su hija y no cesaba de hacerle regalos.

—Esta cosita ha de ser la niña más linda de la comarca, Emilia —decía mientras le hacía algún arrumaco y la sostenía en brazos—. Si tú no puedes, yo me ocuparé. Nada le ha de faltar a esta prenda mientras yo viva.

Y aquella pasión de la Doña por la pequeña Castañeda le había traído no pocas cuitas con Alfonso, que no podía evitar ver segundas intenciones en las atenciones de la señora hacia la niña. Sus razones tenía para desconfiar de ella, sin duda.

Francisca Montenegro era generosa en su crueldad y sus desplantes con todos los habitantes del Puente Viejo. Emilia era de las pocas personas que quedaba a salvo de sus malas maneras y de sus exigencias, gracias a varios años de servicio en La Casona con los que la Doña pareció quedar satisfecha. Y ese aprecio era extensivo a María.

Todos aquellos pensamientos, toda aquella frenética actividad doméstica no eran más que un subterfugio. El que encontró Emilia para no pararse a digerir la noticia que Tristán le había dado unos minutos antes. Y hasta el momento en que dejó vestida a la pequeña Aurora no tomó tierra y empezó a medir las consecuencias de la ausencia de Pepa. Aquella niña crecería sin madre, Tristán envejecería sin la mujer a la que más había amado en la vida, ella ya no tendría a su mejor amiga para contarle sus preocupaciones... Todos se habían quedado huérfanos. La realidad,

inmisericorde, golpeó con la dureza que la caracteriza. Y Emilia dejó la vista perdida y sus manos quietas sobre el cuerpecito de Aurora, que ya comenzaba a llorar de hambre.

—¿Qué tienes, hija mía? —Las palabras de Rosario la sacaron de su ensueño—. Anda, dame a la niña, que habrá que alimentarla.

Emilia se la tendió a Rosario en un gesto mecánico y Aurora dejó de llorar en cuanto comenzó a sorber de aquel biberón, que era lo más parecido al pecho de una madre que habría de tener.

—¿Qué va a pasar ahora, Rosario? ¿Qué voy a hacer sin Pepa? ¿Qué va a hacer Tristán? ¿Y esta niña?

—Pues llorarla, hija. Rezar por ella y por su alma, aunque es bien cierto que pocas oraciones precisa, de buena que era —decía Rosario mirando al cielo—. Y cuando todo haya pasado, seguir con la vida y con sus cuitas.

Aquellas mismas preguntas se hacía Tristán, tumbado en la cama que aún olía a Pepa, agotado, pero incapaz de conciliar el sueño. Los últimos días habían sido un cúmulo de circunstancias desgraciadas y extrañas que habían conducido a un desenlace fatal e imprevisto. Como si una mano negra hubiera movido ciertos hilos invisibles para conseguir un fin terrible.

Parecía que la desaparición de ciertos seres humanos sí era capaz de detener el mundo... o al menos el pequeño mundo que era Puente Viejo.

El grito desgarrado de Tristán no había llegado ni mucho menos a La Casona, pero, habiendo sido testigo del hecho Dolores Mirañar, sí llegó la noticia de la reaparición del capitán y de sus circunstancias. Agustina se había llegado de buena mañana al colmado y volvió corriendo, con las compras a medio hacer, para dar cumplida cuenta a su señora de las novedades.

—¿Cuándo aprenderás a llamar antes de entrar, Agustina? —dijo la Doña mientras tomaba su infusión del desayuno en la sala.

—Usted disculpe, señora. Pero traigo una nueva que no podía esperar —se excusó Agustina.

—Claro, claro. Como tu educación. ¿Crees que son horas de incomodarme, recién levantada, con alguno de tus cotilleos de mercado de pueblo y cargada con las verduras? ¡Jesús! ¡Qué sinsorga! —suspiró la Montenegro, tomando de nuevo la taza y llevándosela a los labios.

—Es sobre el señorito Tristán. —Agustina estaba convencida de que bien podía la señora disculpar los desatinos, visto el titular que acababa de darle.

Francisca Montenegro casi vierte el contenido por la mañanita morada con la que cubría sus hombros. Pero se recompuso rápidamente.

—Habla, pues, muchacha. ¿Qué tengo que saber? —dijo dejando la taza en su plato y recostándose en su sillón.

La Montenegro procesaba la información que Agustina desgranaba e iba dibujando una de sus sonrisas de triunfo.

—¡Vaya! Así que tengo una nieta —dijo sin demasiada alegría—. ¿Y de la partera? ¿Qué se sabe?

—Ahí andan los hombres a buscar su cuerpo —replicó Agustina—. Al parecer, quedó en la Quebrada de los Lobos —respiró para dar más dramatismo a su siguiente frase—. Muerta.

Francisca sabía que su sonrisa se estaba haciendo más grande y se tapó la boca, con la mano derecha, para ocultarla.

—Encuétrame a Mauricio. Dile que venga inmediatamente.

Aquel día empezaba bien para Francisca. Aunque era bien cierto que su plan no se había cumplido a la perfección, el resultado había sido relativamente satisfactorio. Había conseguido librarse de la partera del demonio. Querría haber eliminado su

estirpe del mismo plumazo, pero mala hierba nunca muere, pensó para sí, y la herencia de Pepa había quedado en este mundo. Un pequeño detalle sin importancia que ya solucionaría con el tiempo.

Francisca Montenegro podía negarlo hasta la muerte, pero ella había sido la responsable activa de la fatalidad de Pepa. La Doña había perdido el cariño de su hijo y estaba firmemente convencida de que la causa de aquella frialdad de Tristán había sido la aparición de la partera. Había hecho ímprobos esfuerzos para separarlos, pero ambos parecían destinados a acabar sus días juntos. Así que Francisca se encargó de que aquellos días fueran los menos posibles. Y no quería ser consciente de que eran precisamente esos esfuerzos, con los manejos consiguientes, lo que la alejaba de su primogénito.

Alguien golpeó suavemente la puerta, pero Francisca no contestó para darle paso. Al cabo de unos segundos, una cabeza asomó tímidamente y preguntó.

—¿Da usted su permiso, doña Francisca?

—Pasa, Mauricio, pasa —autorizó distraída—. ¿Tienes alguna nueva que narrarme?

—Buenos días, señora —saludó Mauricio con la ligera inclinación que solía hacer—. Sin duda hay alguna. Pero poco puedo añadir a lo ya relatado por Agustina, salvo que Alfonso Castañeda me pidió hace un rato que le prestara algunos braceros para ir a batir los montes en busca del cuerpo de la partera.

—¿Se los proporcionaste?

—Lo estimé conveniente, señora —dijo Mauricio temeroso, como siempre, de la reacción de su señora—. Consideré que, siendo la esposa del señorito Tristán, era un deber de caridad ayudar en la búsqueda. Y que la señora daría su beneplácito.

Mauricio, después de muchos años como capataz de la Montenegro, había ido aprendiendo los vericuetos para no provocar la ira de su señora. En este caso, ayudar a Tristán era sin duda la coartada perfecta. Aunque, en realidad, Mauricio lo hacía por Pepa, con quien le había acabado uniendo una sincera amistad. Y porque de algún modo se sentía responsable de su muerte. Mauricio la había ayudado a salir de El Jaral cuando todo el mundo insistía en someterla a una vigilancia estricta para que, en su estado de avanzada gestación, no fuera a la busca de Tristán. Pepa le había pedido su colaboración al capataz y éste se la había dado. Ciertamente lo había engañado diciéndole que había quedado con Raimundo en un punto del camino. Y él se lo había creído. No tenía ninguna razón para no hacerlo. Pero el hecho es que le pesaba en la conciencia.

—Muy acertado, Mauricio. Si ha sido por Tristán, bueno está. ¿En qué estado ha llegado mi hijo? ¿Ha dado alguna razón de dónde ha andado estos días?

—Ninguna por el momento, señora. Apenas abrió la boca cuando llegó a la plaza del pueblo. Solo para gritar a los cuatro vientos el nombre de Pepa, roto de dolor y

arrodillado sobre los adoquines del pueblo.

—¡Qué dado fue siempre al teatro este hijo mío! Ha salido a su padre, sin duda. —Mauricio no contestó. Acostumbrado al duro material del que estaba hecho el corazón de su señora, siempre esperaba la respuesta más desalmada. Y siempre llegaba—. Prepara la calesa. Habré de llegarme a ese lugar infame que es El Jaral a ver en qué estado se encuentra mi hijo. Pero no inmediatamente; cuando caiga el sol. Hace mucho calor para andar por los caminos.

En efecto, la muerte de Pepa iba a alterar muchas cosas. Francisca Montenegro nunca habría pisado aquellas tierras de haber estado su nuera viva. Pero para alegría de la Doña, estaba muerta. Los hombres encontrarían, si no lo habían devorado las bestias, el cuerpo de la partera. Una vez enterrada, comenzaría el olvido y Francisca podría trabajar para recuperar el amor de su primogénito. Pero todo eso podía esperar un poco. No había que mostrar demasiada ansiedad.

Mientras, las piedras de la Quebrada de los Lobos estaban siendo holladas por las botas de algunos hombres de Puente Viejo, encabezados por Alfonso. Fueron primero al lugar que describió Tristán como aquel en el que había quedado el cuerpo de la joven, cubierto con su abrigo. Fue Alfonso el que primero llegó, pero su sorpresa no fue pequeña al no encontrar ningún rastro de Pepa.

—Muchachos, hemos debido de equivocarnos de lugar —les dijo Alfonso—. Habremos de seguir buscando. Dividámonos y encontrémonos en el olmo del río cuando el sol esté en el mediodía.

Bien pudiera ser que Tristán, demasiado aturdido por los acontecimientos, se hubiera equivocado y aquél no fuera el sitio. O puede que Alfonso no hubiera entendido bien las indicaciones. Pero cierto era que un rayo de esperanza alumbró en el corazón de Alfonso. ¿Y si Pepa no estaba muerta? ¿Y si Tristán la había dejado solamente inconsciente y ella, recuperado el sentido, se había encaminado hacia el pueblo al verse sola? Sin duda, pensó Alfonso, tenía arrestos para caminar dos horas por el monte, incluso recién parida. Para eso y para más. Se paró a pensar que podía haber bajado al río para refrescarse y recuperar las fuerzas, que sin duda tendría mermadas. Así que bajó por entre los riscos, buscando el camino más fácil, el que con toda seguridad habría tomado Pepa.

Mirando atentamente, vio huellas recientes allá donde la roca dejaba asomar la hierba. Eran huellas que podían confirmar su teoría, y apretó el paso para bajar hacia la orilla. Las huellas no se detenían allí, sino que continuaban por la ribera, corriente abajo. Alfonso las siguió. Pepa podía haber continuado por la vera del río hasta el pueblo, sin duda. Pero en cierto punto, allá donde la tierra estaba más húmeda, vislumbró otra huella y, entonces, cayó en la cuenta. Aquélla no podía ser la huella del pie de una mujer. Levantó la vista y vio al Rubio, uno de los braceros de La Casona, unos metros más allá. Había tenido, evidentemente, la misma idea que él.

Alfonso había seguido el rastro equivocado. El hombre lo vio y se llegó cerca de Alfonso.

—No he hallado nada, Alfonso —le dijo.

—Yo tampoco. Sigue tú mirando por el río. Yo volveré al lugar donde dijo Tristán y buscaré con más atención. —Alfonso pensaba que, si había confundido aquellas huellas, bien había podido pasarle inadvertido algo entre las rocas que habían investigado antes.

Subió la loma y anduvo buscando de rodillas. Había huellas, pero bien podían ser de ellos mismos, de Tristán, de Pepa... Al pasar la mano por la hierba, Alfonso descubrió una mancha de sangre seca. Aquél era el lugar. Tristán no se había equivocado. Pero ¿dónde estaba Pepa?

Seguía mirando por los alrededores cuando le llamó la voz del Rubio. Subía la loma cargado con un bulto. Cuando llegó a la altura de Alfonso, este pudo ver más claro lo que era aquello.

—¿No es éste el zurrón de la partera?

—A fe mía que lo es —dijo Alfonso—. ¿Dónde lo hallaste? —preguntó mientras lo tomaba en su mano.

—Unos metros más allá de donde me encontraste a mí, cerca de la orilla.

—Bajemos, a ver si encontramos algo que nos dé más indicaciones de lo sucedido —propuso Alfonso.

Se apresuraron a llegar a la ribera del río y caminaron unos metros con cuidado.

—¿Y si cayó al río y quedó bajo el lodo del fondo? —aventuró el Rubio.

Alfonso ya se estaba quitando las botas y entrando en el agua. Su compañero, al verlo, lo siguió. Caminaban con cuidado sobre el terreno baboso del fondo, atentos a cualquier bulto que pudiera tener la forma de un cuerpo. Intentaban intuir, entre el limo que sus propios pies levantaban, qué podía hallarse en el lecho de la corriente. Cuando Pablo, *el Escocés*, otro de los hombres que los acompañaba en la búsqueda, llegó cerca de ellos, determinaron separarse. Alfonso decidió bucear como pudo. Tomaba aire y metía la cabeza bajo el agua, con cuidado de no tocar el fondo para no enturbiar su vista. En una de las veces, notó que algo se agarraba a su manga y se volvía a desasir con la misma rapidez. Sacó la cabeza del agua y, entre el pelo que no lograba apartar de sus ojos, vio como el Rubio era arrastrado corriente abajo. Intentó alcanzarlo, pero la fuerza del agua lo hacía tremendamente difícil. Alfonso y el Escocés, alertado también por el grito del Rubio, nadaban, pero vieron que se les escapaba su objetivo. Vapuleado por las aguas, el cuerpo del Rubio sufrió una repentina sacudida y su cabeza fue a impactar contra una piedra. Tan duro fue el golpe que perdió el sentido y flotó, ya inerte, aguas abajo.

—Lo perdemos, Alfonso —jadeaba el Escocés.

—Vayamos por la orilla. Será más rápido —apremió Alfonso.

Corrieron descalzos, sin perder de vista el cuerpo de su amigo, cuando, de repente, notaron que se detenía en su deslizar corriente abajo. El río continuaba fluyendo, pero el Rubio permanecía inconsciente, boca arriba y como anclado al fondo del cauce.

—Se ha enganchado con algo al fondo —observó Alfonso—. Alcancémoslo antes de que lo arrastren las aguas.

Entonces, el Rubio volvió en sí y vio que sus compañeros llegaban cerca de él. Notaba una presión en su espalda que aumentó y le hizo incorporarse, para darse cuenta de que no se encontraba en una parte profunda y que podía permanecer de pie sobre el limo. Aturdido, miró hacia abajo y solo pudo distinguir el fondo plano, sin rocas, como de una de las playas de arena de la orilla. Ni una roca, ni una hierba. Nada.

Sus compañeros se acercaron y lo ayudaron a llegar a la orilla.

—Menuda suerte, compañero —le decía el Escocés, mientras golpeaba con ademán cómplice su espalda. Pero el Rubio no dejaba de mirar hacia el río.

—¿Qué tienes, amigo? ¿Pasaste miedo? —preguntó Alfonso.

—No, Alfonso. Quiero decir, sí pasé miedo —replicó el Rubio pensativo—. Pero eso no es lo que me turba. Ahí pasó algo extraño.

Alfonso lo miró interrogante.

—Te enganchaste con alguna rama en el fondo, Rafael. Lo justo para detenerte y que te alcanzáramos.

—No fue una rama, Alfonso. Fue otra cosa. Fue una fuerza extraña. Como una... —Rafael titubeó, temiendo que le fueran a tomar por un iluminado— una mano.

—Estabas atontado, Rafa. Pudiste intuir algo diferente de la realidad —conjeturó Alfonso.

—Puede, pero yo sé lo que sentí. Algo me hizo incorporarme. Te lo aseguro.

—El hada de los ríos —se carcajeó el Escocés—. ¿Qué dices, Rafael? El golpe te ha mermado el seso.

—Déjalo ya, Escocés —quiso poner paz Alfonso, que veía avecinarse una discusión sin sentido.

—Piensa lo que quieras. Era yo el que estaba ahí, no tú —sentenció el Rubio amoscado por la incredulidad de su amigo.

—Deberíamos pensar en regresar. Mañana seguiremos la búsqueda. No me gustan esas nubes que se ciernen sobre la montaña —observó Alfonso—. Lloverá pronto y aún tenemos un trecho largo hasta el pueblo. ¿Vamos, Rafa?

El Rubio se levantó pensativo, y pensativo se mantuvo todo el camino hasta Puente Viejo. Sumido en el silencio, iba sentado al lado de Alfonso, en el pescante del carro. Tampoco Castañeda andaba muy parlanchín. Conocía bien al Rubio y sabía que no era hombre de fantasías. Pero bien podría ser que su aturdimiento lo hubiera

confundido. Alfonso necesitaba el silencio para organizar sus pensamientos. No habían encontrado a Pepa, pero sí su zurrón. Aquello podía ser una buena noticia, pero ¿tanto se había equivocado Tristán al dar por muerta a su esposa? ¿Era posible que la hubiera dejado desmayada y no se hubiera acordado de hacer algo tan simple como tomarle el pulso? El hecho es que el cuerpo de la partera no volvía con ellos en aquel carro. Y al día siguiente, la lluvia que ya empezaba a caer habría borrado las escasas huellas que de ella pudieran quedar.

Martín apretaba con fuerza su hatillo. Lo llevaba en la mano izquierda mientras su tía Calvario le tiraba de la mano derecha. Tenía serias dificultades para seguir el paso de aquella mujer por aquel camino irregular. Y ella, enfurecida, no caía en la cuenta de que un niño de la estatura de Martín no podía, por mucho que quisiera, seguir su ritmo. Tropezó y cayó, pero Calvario ni siquiera se giró para saber cómo estaba su sobrino. Siguió caminando, tirando de la mula y del niño, y durante unos metros Martín se arrastró sobre las rodillas, que acabaron desolladas. Calvario se giró por fin, para regañarle por poner tantas dificultades y, al verlo en el suelo, detuvo su marcha. Aquellas rodillas en carne viva la enternecieron ligeramente, pero, cuando se dirigió al niño, no era ternura lo que traslucía su discurso.

—¿Ves? Si caminaras más vivo, no habría pasado esto —dijo sacudiendo la gravilla que se había incrustado en la piel de Martín—. Anda, bajemos a ese río y te lavo un poco.

—Pero, tía, llevamos caminadas muchas leguas. Me duelen las piernas —se quejaba el pequeño.

—Pues aún quedan unas cuantas hasta llegar a Soria a tiempo para la diligencia —contestó la tía con voz agria—. Siéntate en esa roca y mete los pies en el río.

El agua helada de aquel arroyo proveniente de una montaña cercana alivió en un primer momento los doloridos pies del muchacho. Su tía frotaba las heridas sin ninguna consideración y Martín se quejaba.

—El dolor es una prueba que nos manda el Señor, Martín. Hay que aprender a soportarlo.

—¿Soria está cerca de Puente Viejo, tía? —preguntó el chiquillo mientras apretaba los dientes para aguantar el dolor.

—Realmente, no sé para qué quieres ir a Puente Viejo, Martín. Ya te he dicho que allí ya no hay nadie. Yo soy toda la familia que te queda en el mundo —mintió Calvario, que no tenía ninguna intención de acercarse a su sobrino a aquel lugar que ella consideraba infame.

Estaba convencida de que había salvado al pequeño de un entorno que no lo iba a favorecer en absoluto. Ella se había ocupado de investigarlo. Dejar a Martín en manos de una mujer con tan poco respeto por la religión habría sido un pecado. Se le figuró, pues, que la única forma de salvar a Martín era alejarlo de Puente Viejo y de

su entorno. Y la base de su plan era hacer creer al niño que toda su familia había desaparecido y que, en consecuencia, no había ninguna razón para volver a aquel pueblo. Ella era la única familia que le quedaba en el mundo.

Calvario Hernando rondaba la treintena. Era una mujer enjuta y poco cariñosa con su sobrino. Su único y verdadero amor era Dios. Realmente, no había tenido otra opción. Educada en una estricta moral católica, no era de extrañar aquel fervor que podría calificarse de enfermizo. Y aspiraba a que su sobrino accediese a una educación con las mismas restricciones. Tenía claro que el futuro de Martín era la carrera eclesiástica y no pararía mientes hasta conseguirlo. Dedicaría su vida y su fortuna a ello. Calvario era la hermana de Angustias Hernando, la primera esposa de Tristán Ulloa, quien, en su locura, había robado a Martín a Pepa, su verdadera madre, y lo había hecho pasar por su hijo. Angustias se creyó su propia mentira y se la hizo creer a todos, incluso a Tristán.

Y como primer paso iniciático de la carrera sacerdotal de Martín, lo había metido en el frío seminario de Teruel, en el que fue profundamente infeliz. Alejado de su familia, todas sus energías se concentraban en escapar de aquella férrea disciplina, demasiado dura para un niño de seis años. Varias veces intentó escapar y otras tantas fue capturado por el padre Fermín. Y con cada captura, la disciplina se tornaba más y más agobiante. Por fin, Calvario, que ya había averiguado todo lo que necesitaba saber sobre la familia del niño y sobre Puente Viejo, fue a recogerlo para que prosiguiera su educación en otro entorno, lejos del pueblo de origen del niño. El destino elegido era América. En concreto, una misión en la selva de Colombia: La Guajira.

—Si estás cansado, puedes ir a lomos de la mula —dijo la mujer cuando acabó de lavar las heridas de las rodillas de Martín—. Iremos más prestos.

No sabía realmente a qué distancia estaban de la población más cercana, pero tampoco importaba. Calvario sabía que la familia del niño andaría buscándolo y consideraba más prudente viajar por caminos poco transitados hasta que llegaran a su destino en La Coruña, donde se embarcarían rumbo al Nuevo Mundo. Así las cosas, Calvario prefería pernoctar en casas abandonadas o en pajares a alojarse en una posada de un pueblo, pues temía que en sitios como ése pudiera haber algún cartel anunciando la desaparición y la búsqueda de Martín. Pero ella confiaba siempre en que el Señor les proporcionaría un cobijo para la noche. Y era cierto que lo conseguía. El Señor siempre proveía. Y aquella tarde, que ya comenzaba a decaer y a proyectar las largas sombras de los árboles en el camino, no fue una excepción. Al subir un repecho, vio a lo lejos una agrupación de casas que, por su tamaño, no pertenecían a un pueblo pequeño. Sin duda aquel río donde había lavado las heridas a Martín debía de ser un afluente del Duero y aquella ciudad, pues eso era lo que veía, tenía que ser Soria.

Llegaron a las afueras de la ciudad y Calvario tiró de las bridas de la mula para encaminarla hacia el río. Fueron bajando con cuidado por un camino estrecho hasta la ribera del Duero. Entre las hojas de los árboles, que ya tomaban el color del otoño, se levantaba, como abrochada a la roca de la ladera, la figura de un edificio, con sus cimientos casi en las aguas del río. Era la ermita de San Saturio. Aquel iba a ser su refugio durante la noche, sin duda. A Martín le extrañó la entrada a aquel edificio. Se hacía por una cueva excavada en la roca viva. No era como la iglesia de Puente Viejo, en la que, según recordaba él, se entraba por una puerta. En vista de lo extraña que era la entrada a aquel edificio de fachada austera, Martín no esperaba encontrar en el interior lo que sus ojos vieron. Le llamaron particularmente la atención varias figuras de un ángel con alas doradas que sometía con su pie a un demonio. Martín sabía qué era aquella figura. Se trataba de san Miguel sometiendo al diablo. Don Fermín, en el seminario, le había contado la historia del arcángel, pero nunca había visto una representación material de aquello.

Mientras su tía Calvario hablaba con el santero de la ermita para que les diera cobijo por aquella noche, el niño investigaba el curioso edificio. Subió una escalera pegada a la roca y salió a un balcón. La vista de aquel atardecer sobre aquel río, mucho más ancho que el de Puente Viejo, emocionó a Martín y le quitó algo del pesar que lo atenazaba desde que lo habían separado de sus padres. Su paz duró poco. Oyó tras de sí los pasos de su tía.

—¿Qué zascandileas, Martín? —Martín no contestó—. Precioso lugar, ¿verdad? ¿No es increíble la labor del Señor?

Martín asintió con la cabeza. No sabía de quién era obra aquel sitio. Él pensaba que de los hombres. Pero, sin duda, era precioso. Calvario se situó a su lado y murmuró una oración, de gracias al Señor, supuso Martín. Cuando hubo acabado, tomó a su sobrino de los hombros y le indicó que bajaran de nuevo al interior de la ermita.

—El santero nos acoge por esta noche. Mañana seguiremos camino.

—Pero, tía, ¿adónde vamos?

Calvario sonrió con una ternura que Martín sabía que dedicaba a los demás, nunca a él.

—Bajemos. Te lo contaré durante la cena.

Cuando bajaron, el santero ya había dispuesto una cena frugal de pan negro con queso y algunas uvas, de las primeras de aquel otoño.

—Hola, hombrecito —le dijo a Martín—. Toma asiento. ¿Te gusta la leche de oveja?

—No lo sé —contestó Martín—. Me gusta la leche.

El padre Crispulo le sirvió un gran tazón, que el niño, hambriento, bebió dejando una traza blanca sobre su labio superior. El santero sonrió y acarició la cabeza de

Martín en un gesto amable. Era un hombre delgado, alto, de mirada clara y bondadosa. Hablaba con voz grave y tranquilizadora. Era natural de Soria, y conocía la provincia, su historia y sus leyendas como la palma de su mano. Crispulo se había dedicado a la enseñanza, por eso tenía esa buena mano con los niños que ahora desplegaba con Martín. Pero sus superiores lo encontraban demasiado permisivo con sus alumnos y por ello lo apartaron de la docencia y le encargaron la custodia de la ermita de San Saturio. En realidad, su «permisividad» con los alumnos consistía en transmitirles su atávico amor por la naturaleza y la historia de su comarca; así se los llevaba a menudo por los campos para acechar a algún buitre y explicarles su vuelo perfecto o para hablarles del pasado de algún enclave templario de los que aquella zona no andaba escasa. Aquellas clases de naturaleza relajaban la disciplina del seminario y, por muy enriquecedoras que fueran, no estaban bien vistas por la curia dirigente. El padre Crispulo no tuvo más remedio que aceptar el nuevo destino, pero prefirió mirar el lado bueno de las cosas y alegrarse de que su vida continuara en un lugar de tanta belleza e, irónicamente, de profundo pasado templario.

—Eres un buen niño, sin duda.

—No se fíe, padre —intervino Calvario—. Es un niño rebelde.

—¿Y quién a su edad no es rebelde, hermana? —y, mirando a Martín, añadió—: No sabes cómo era yo a tu edad.

Martín sonrió con complicidad, pero ésta duró poco porque Calvario volvió a interrumpir enseguida.

—No le demos alas, padre. Bastante me cuesta meterlo en vereda. Y aún nos queda un viaje largo por delante para andar tirando de él.

—Y ¿adónde se dirigen, si puedo preguntar?

—A La Coruña, padre.

—¿A La Coruña? —dijo Martín sorprendido—. ¿Dónde está La Coruña?

El santero se levantó, rebuscó en unas baldas y regresó con un pliego enrollado que extendió sobre la mesa. Puso su dedo sobre un punto que representaba una ciudad al borde del mar. Martín sabía que cerca de Puente Viejo no había mar, así que se inquietó. Miró atentamente el mapa y preguntó al santero.

—¿Y ahora? ¿Dónde estamos?

El santero paseó su dedo por el papel, lo alejó de la franja azul y se paró en otro punto.

—Aquí, en la ribera del Duero, ¿ves este río? —miró a Calvario—. ¿Tienen ustedes familia allí?

—No —dijo la mujer—. Ése no es nuestro destino final, padre. Aspiro a un futuro mejor para mi sobrino. De La Coruña tomaremos un vapor rumbo a América. A Colombia. Llevo cartas para el padre Celso. Él se ocupará de la educación religiosa de Martín y de hacer de él un buen sacerdote.

Martín miró el mapa. Sus ojos volvieron a la franja azul de La Coruña y se dirigió al santero.

—¿Dónde está Colombia? —dijo manteniendo su dedo sobre el punto de la ciudad gallega.

El santero tomó el dedo del niño y lo desplazó por el mapa, atravesó todo el océano Atlántico y, luego, dibujó con él un perímetro relativamente pequeño.

—Esto es Colombia, Martín. Y todo esto —explicó mientras trazaba un perímetro mucho más extenso— es América. Grande, ¿no es cierto? —Martín no contestó. Solamente le preocupaba una cosa:

—Y ¿dónde está Puente Viejo?

—Me temo que no está en este mapa, muchacho. Es un sitio muy pequeño, pero calculo que debe de andar por esta zona —repuso el santero mientras contorneaba algo muy tierra adentro—. ¿Qué hay en Puente Viejo?

—Mi fami... —Martín no pudo completar la frase. Calvario le dio un tremendo pescozón que levantó el pelo del pequeño.

—Ya vale de decir tonterías, Martín —conminó Calvario alzando el tono—. Tú no tienes familia. Yo soy todo lo que te queda en el mundo.

—¡Sí la tengo! Está mi padre y... —Otro pescozón, esta vez más fuerte, volvió a detener el discurso del niño, que se llevó la mano a la zona trasera de la cabeza.

—Discúlpeme, padre —dijo ahora la tía adoptando de nuevo un tono melifluo—. ¿Ve como es indómito?

El santero contempló aquella discusión con inquietud. No le cuadraba la reacción de la mujer, opuesta a la actitud pía y servil que había tenido al llegar. Y sabía que si la verdad andaba por algún lado de aquella diatriba, más probable era que estuviera del lado de un niño que de una mujer adulta que conjugaba tan seguidas una actitud piadosa con otra iracunda.

—Así son los chiquillos, hermana. ¿Pero cuál es la próxima etapa de su viaje? —El santero detectó la tensión de Calvario e intentó tranquilizarla—. Puedo ayudarles con cartas a algún amigo para que no les falte cobijo.

Pero Calvario se arrepentía de haber dado tantas pistas sobre sus planes. Había algo en el santero Crispulo que despertaba su más profunda desconfianza.

—Veré cómo descansa esta noche Martín y mañana le diré cuán largo es el camino que podremos hacer. Ahora deberíamos retirarnos, si al padre no le importa prescindir de nuestra compañía, ¿verdad, Martín?

—Como guste, Calvario. Quedo, pues, a su disposición y mantengo mi ofrecimiento.

Además del cuarto del santero, la ermita solo contaba con otra habitación, en la que se acomodaron sobre el suelo Calvario a un lado y Martín al otro. Calvario lo hizo arrodillarse, como todas las noches, para rezar sus oraciones. Martín se giró

hacia la pared e intentó conciliar el sueño, pero, aunque sus párpados le pesaban y su cuerpo le dolía, la imagen de aquel mapa con aquella enorme franja azul, con una ballena dibujada en medio, a tanta distancia de Puente Viejo y de su familia, le impedía descansar. Tampoco ayudaba el murmullo de los rezos de su tía, que siempre se prolongaban durante varios minutos, interrumpidos por leves jadeos y ligeros quejidos. Calvario era consciente de sus arranques de ira y del pecado capital que aquello suponía y, como no eran infrecuentes, castigaba su carne con un cilicio cuando pensaba que Martín dormía. A veces lo hacía oculta en algún rincón de los pajares o de las ruinas donde habían dormido desde que lo sacó del seminario de Teruel, hacía ya varias semanas. Pero aquella noche, aunque compartían estancia, la mujer no cambió sus costumbres.

Sobre el fondo de la retahíla del Confiteor recitado una y otra vez con voz monótona, Martín fue fraguando la clara idea de que si no escapaba de aquella mujer, jamás volvería a ver a su familia.

Bajo aquella misma lluvia que iba borrando las huellas que pudieran quedar de Pepa, otras, las de la calesa de Francisca Montenegro, iban hollando el camino que unía La Casona con El Jaral. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que hizo aquel recorrido, pero, muerta la partera —razón fundamental por la que había jurado no pisar nunca El Jaral—, era su deber de madre ir a expresarle sus condolencias a su hijo y ofrecerle su ayuda. Vestida del más riguroso luto que podía dictar la etiqueta, más por obedecer el protocolo que por manifestar un sentimiento de dolor, esperaba, protegida de la lluvia dentro de su vehículo, a que alguien en la casa abriera la puerta ante los aldabonazos de Mauricio. Se sorprendió de que fuera Rosario la que acudiera a abrir. Sin esperar señal de nadie, puso pie a tierra y se dirigió a la casa.

—Buenas tardes, señora —saludó Rosario—. No sé si el señor Tristán querrá recibir a nadie.

—¿Qué monserga es ésa, Rosario? —replicó la Montenegro mientras sacudía de sus faldas unas pocas gotas de lluvia—. Yo no soy cualquiera. Soy la madre de don Tristán.

—No se encuentra bien, señora. No ha salido en todo el día de su cuarto. Ni la comida me ha aceptado.

—¿Y tú qué haces en esta casa? ¿No te ibas a Sevilla con tu hijo Ramiro? ¿Para esto has dejado de estar a mi servicio? —preguntó Francisca despectiva.

—Ésa era mi idea, señora. Pero las circunstancias se han tornado adversas y estimo que se me necesita en Puente Viejo más que en Sevilla. —Rosario habló con ese respeto que los de ciertas clases tienen con los de clases pudientes. El respeto que nace del miedo.

—Tan sacrificada como siempre. ¿Puedes avisar a mi hijo de que deseo verle?

—Enseguida, doña Francisca.

La Montenegro entró en el salón y miró a su alrededor. Los restos del incendio eran evidentes, pero no la estremecieron. Había vivido varios. Solo el recuerdo de uno le seguía erizando el vello. Aquel en el que murió su hermano Miguel cuando ardieron las propiedades de La Casona. Aquel fuego se había llevado a la persona a la que más había querido en toda su vida. O al menos a una de ellas. La otra estaba en algún cuarto de esa casa, roto de dolor por la muerte de una mujer de la que nunca

debió haberse enamorado. Unos pasitos rápidos y ligeros la sacaron de sus recuerdos. María se acercaba a ella, caminando, más bien corriendo, sobre las puntas de sus pies diminutos. Esta niña era otro de los objetos del amor de aquella mujer dura y venenosa.

—¡Pero mira quién está aquí! —dijo tomándola en brazos y besando la cara de la niña—. Pero si es mi princesa.

María jugueteaba con las perlas del cuello de Francisca cuando entró su madre a buscarla con un bebé en los brazos.

—Señora, ¡qué sorpresa! —exclamó Emilia.

—¿Qué sorpresa hay en que venga a ver a mi hijo, Emilia?

—Cierto es. Pero no la esperábamos tan pronto. —Aquella conversación de convenciones incomodaba a Emilia, así que acercó a Aurora a la Montenegro y dijo —: Ésta es su nieta, Aurora.

Francisca giró ligeramente el cuello, pero no se movió hacia la niña. Acariciaba, en cambio, la cabecita de María, que no dejaba de tirar del collar.

—Muy bonito el blusón que le has puesto. Pero no me gusta que se hereden ciertas cosas, Emilia —dijo secamente.

—Creí que, siendo su nieta, le agradaría, señora.

—*Creiqué y pensequé*, los hermanos de *tontequé*... ¿Verdad, María? —dijo dirigiéndose a la niña—. ¡Qué cosas tiene tu madre! ¡Con lo linda que tú estabas con esa camisola! ¡Y lo que has crecido ya!

Rosario entró y se dirigió a su antigua ama.

—Don Tristán pide que lo excuse, señora. No se encuentra bien. Prefiere que se vean en otro momento.

En realidad, Rosario había suavizado una única frase de Tristán: «¡No quiero verla!», pero había que tener muchos redaños para transmitir aquello a la señora de forma literal. Rosario no los tenía. Como anunciando el estado de ánimo que debía de tener Francisca Montenegro tras la negativa de su hijo, la tormenta arreció y un relámpago iluminó la estancia.

—Emilia, ¿me prepararías una tisana? —solicitó la señora al tiempo que se sentaba y ponía a María sobre sus rodillas. Emilia y Rosario se miraron sin entender —. No sé de qué os extrañáis. No pretenderéis que salga con esta lluvia. Ve, Rosario. Y dejadme disfrutar un ratito de María, que siempre me la traes menos de lo que quisiera.

María tiró del collar de Francisca con fuerza y las perlas cayeron sobre las negras faldas de la mujer. Rosario y Emilia se pusieron tensas, esperando la reacción de la Doña durante un segundo que se les hizo eterno.

—¡Vaya! —exclamó la otra mientras miraba a la niña, que sostenía en su manita el hilo con las pocas perlas que habían quedado intactas—. Pues habremos de

enfilarlo de nuevo. Rosario, alcánzame mi bolso y ten un momento a María mientras recojo las perlas que cayeron en la falda. Y busca las que rodaron por el suelo. Y cuida de que no se trague ninguna de las que tiene en la mano.

Emilia puso a Aurora en brazos de Rosario.

—Yo lo hago, madre. Vaya con Aurora a la cocina y prepare la tisana de la señora.

—Trae a mi niña María a mis brazos, Rosario —dijo la Doña cuando Emilia iba a hacerse cargo de su hija.

La tormenta arreciaba y la puerta de entrada, al abrirse, dejó entrar en casa el sonido de la lluvia. Con él entró Alfonso sacudiéndose el agua de su gabán. Su rostro se puso tenso al ver a Emilia arrodillada a los pies de la Montenegro y a su hija en brazos de la Doña.

—¿Qué haces de rodillas, mujer? ¡Levanta! —le ordenó, y la agarró con brusquedad del brazo.

—¡Alfonso! ¡Templa! —Emilia rió ante lo que entendía que era la idea que se había hecho su marido. Solo recogía unas perlas de un collar que María había roto.

—¿Qué pensabas, Castañeda? ¿Que tu mujer me rogaba? —repuso Francisca con hiriente sorna.

Alfonso tuvo una idea muy clara pero muy equivocada de lo que sucedía. Y respondía a sus más profundos terrores y fobias. La imagen que se había hecho él era la de una Emilia rogando a la Montenegro que no se llevara a su hija. Y Emilia sabía que era aquello exactamente lo que su hombre estaba pensando. Así que le explicó la situación con claridad, conjurando los fantasmas de Alfonso.

—Pero ¿qué haces aquí? ¿Qué ha pasado? ¿Y... Pepa? —Emilia apenas se atrevía a preguntar. Esperaba que su marido hubiera entrado con el cuerpo de su amiga y la hubiera llevado a su alcoba. Pero había entrado empapado y en las manos solamente tenía el zurrón de Pepa.

—No la encontré, Emilia.

—¿Cómo que no la encontraste? —intervino Francisca—. ¿Acaso se ha levantado por su propio pie y ha escapado a la muerte para atender algún parto? —miró el zurrón y añadió—: ¡Claro! A atender un parto no habría ido sin su zurrón.

—¿Ni muerta merece respeto? —inquirió una voz desde la entrada del salón. Era Tristán.

—¡Hijo mío! —Francisca se levantó y fue a abrazar a Tristán, que la detuvo antes de que llegara a su altura.

—Contésteme, madre. ¿Ni muerta merece respeto? —Tristán no esperó una respuesta y se dirigió a Alfonso—. ¿Qué ha pasado, Alfonso?

El Castañeda contó punto por punto su búsqueda del cadáver de Pepa por la quebrada, pero omitió la anécdota con el Rubio, pues para él no pasaba de ser eso,

una mera anécdota emanada de las supersticiones.

—Mañana volveremos a buscar, Tristán.

—¿Miraste bien donde te dije? Puede que mis indicaciones no fueran claras.

—Lo fueron, Tristán —lo tranquilizó Alfonso—. Las huellas del parto estaban donde dijiste. Pero su zurrón estaba lejos del lugar y no hallamos rastro de ella.

El rostro de Tristán fue relajando sus rasgos y un aura de esperanza lo iluminó.

—¿Está viva? —se preguntó en voz alta ilusionado y, al mismo tiempo, incrédulo—. ¿Cómo puedo haberme equivocado tanto?

—Hijo mío, que no hayan encontrado su cuerpo no significa que esté viva —dijo Francisca con sequedad—. ¿No murió en tus brazos? Nadie mejor que tú puede saber si fue así o no.

El capitán no se dignó contestar a las últimas impertinencias de su madre. Recuperando una fuerza que había perdido con lo que él creía que era el último aliento de Pepa, salió hacia la puerta de entrada, pero Alfonso lo retuvo.

—¡Templa, Tristán! La quebrada es mal sitio para cabalgar con lluvia. Lo sabes bien. Y más de noche. Por eso hemos vuelto.

—¿Y si está malherida? Como dices, es mal sitio. No en vano se llama Quebrada de los Lobos.

—¿Me vas a obligar a salir de nuevo? ¿Crees que voy a dejarte ir solo? —Alfonso tenía razón. Si Pepa estaba aún viva, el cielo tendría que protegerla—. Mañana saldremos al despuntar el alba.

—Sea, pues. Mañana iré contigo y, como sea, la hallaremos —acató Tristán.

—Parece que a alguien no le interesa demasiado esta conversación. No, hijo, no hablo de mí —concluyó Alfonso señalando a María, que se había quedado dormida plácidamente en el regazo de la Montenegro—. Emilia, dime dónde va a dormir este ángel y la llevo para que no se despierte.

Alfonso miró a Emilia, que optó por desatender el mensaje de su esposo. Emilia y la Montenegro salieron y fueron a la habitación de Aurora, que ya dormía en su cunita después de que Rosario le hubiera dado de comer. Francisca aún sostenía a María en brazos:

—Duerme bien, mi princesa —le dijo. Y sin mirar a su nieta Aurora, salió de la habitación.

Aún no había amanecido sobre la curva de ballesta del Duero, pero el aire comenzaba a llenarse de sonidos. El canto de una abubilla, parecido a una flauta de caña, llegó a los oídos de Martín, que aquella noche había sido incapaz de conciliar un sueño profundo. De hecho, no había cesado de dar vueltas en el jergón y, ahora, en la postura en que estaba podía vislumbrar la silueta de su tía Calvario y escuchar la regular cadencia de su respiración. Sin duda, dormía. Pero Martín quiso asegurarse.

—Tía —murmuró muy quedo. Y, al no obtener respuesta, lo repitió—. Tía.

Entonces su cerebro comenzó a funcionar a toda velocidad. Muy despacito se levantó. Palpó para buscar su hatillo y lo encontró enseguida a los pies de su camastro. Lo acercó a la puerta, que estaba entreabierta, y lo deslizó fuera de la habitación, escondiéndolo pegado a la pared. Buscó sus botas y, en la oscuridad, ató un nudo con los cordones e hizo la misma operación que con su hatillo. Solo le quedaba un detalle. Pero éste era más peligroso. Gateó hasta los pies de la cama de Calvario y palpó hasta encontrar el zurrón de su tía. Allí estaba lo que buscaba. Tomó la bolsa con las monedas, volvió gateando a su camastro y esperó.

—Tía —volvió a murmurar. Temía que los latidos de su corazón, desatados por la tensión que le generaba lo que estaba haciendo, la hubieran despertado. Pero tampoco esta vez hubo respuesta. Ni un leve movimiento. Solo la misma cadencia regular y tranquila. Inspirando y espirando.

Abrió un poco más la puerta con el pie, implorando que los goznes estuvieran bien engrasados, y amplió el espacio entre el quicio y la hoja. Fue a deslizarse a gatas, pero pensó que, en caso de que le pillaran, sería más fácil explicar que había sentido una necesidad perentoria si estaba de pie que a cuatro patas. Y además, el espacio que necesitaba para pasar de pie sería más estrecho, por lo que no pondría a prueba los goznes de la puerta, de los cuales, a pesar de todo, no se fiaba mucho.

Un paso más y salió a la estancia donde la noche anterior el padre Crispulo le había aclarado muchas cosas sobre las distancias. Un rescoldo del fuego de la noche anterior iluminaba tenuemente la sala. Y Martín pudo ver sobre la mesa un paquete que parecía estar preparado para un viaje. Lo abrió con cuidado y un delicioso olor a queso invadió su nariz. No se entretuvo en mirar qué más podía haber dentro. Lo tomó y lo metió en su hatillo. Se puso las botas al hombro y salió por la puerta. Esta vez no tuvo que poner a prueba los goznes, pues estaba abierta. El siguiente paso era

la ermita; la cruzó bajo los ojos de san Miguel, iluminado su camino por unas pocas lamparillas que ardían.

«San Miguel, ayúdame —así pensaba Martín mientras avanzaba, porque los goznes que sí le daban miedo eran los de la cancela que cerraba la cueva por la que se accedía a la ermita. Pero san Miguel le ayudó. ¡La cancela estaba abierta de par en par!—. ¡Gracias, san Miguel!».

Y echó a correr, cuesta arriba, dejando atrás el río y la tutela de su religiosa tía.

Pensó que, desde Soria, con toda certeza, podría encontrar algún transporte que lo acercara a Puente Viejo, pero también se le ocurrió que su tía se maliciaría que aquella había sido su primera idea. Así que optó por aventurarse por el camino hacia alguna villa cercana. En una encrucijada vio una indicación con varios nombres: Valladolid, Burgos, San Esteban de Gormaz. Aquella última era la localidad más cercana. Doce leguas —que era lo que decía el cartel— era mucha distancia como para cubrirla caminando en tan solo un día de viaje, pero Martín confió en que algún carro lo recogiera y le hiciera el recorrido más liviano. Al fin y al cabo, aquel parecía su día de suerte. Caminó durante aproximadamente una hora. El alba ya había roto y estaba seguro de que su tía ya debía de haberse despertado. Sintió que aún no se había alejado lo suficiente de ella y echó a correr por el camino, tan rápido como se lo permitían sus pequeñas piernas. Con cada zancada, se iba sintiendo más cansado, pero más feliz y sobre todo más libre.

Cuando Calvario despertó y vio el camastro vacío de Martín, supo que había escapado. No era la primera vez que lo intentaba. Pero aquella noche ella había dormido tranquila, pensando que debía franquear muchas puertas y que alguna de ellas haría algún ruido que la alertaría. Salió del cuarto y vio la puerta que daba acceso a la iglesia cerrada. Atravesó el atrio, que seguía iluminado por las lamparillas. Fue hasta la cancela, que también estaba cerrada con una cadena. No podía haber escapado, pues. Y se le ocurrió que tal vez estuviera en el balcón al que el niño se había asomado poco después de su llegada. Pero allí tampoco estaba Martín. Y, desde luego, por allí no podía haber escapado. La caída habría sido tremenda.

Cuando volvió al interior, encontró al hermano Crispulo arrodillado en el primer banco de la iglesia. Estaba rezando.

—¡Padre! —le interrumpió—. Perdone que le interrumpa. Es importante. ¿Vio usted a Martín esta mañana?

—No, hermana. No lo he visto.

Una tremenda sospecha se apoderó de ella. Fue a su zurrón y lo que halló en él la confirmó. Mejor dicho, lo que no halló. Una de las bolsas en que llevaba el dinero había desaparecido. La otra, afortunadamente, seguía pegada a su falda, en un falso bolsillo interior.

—¡Maldito niño! ¡Maldito sea! —escuchaba el padre Crispulo desde el otro lado de la puerta—. Pero te encontraré, aunque tenga que remover cielo y tierra, y recibirás tu castigo. ¡Juro que te encontraré!

Salió del cuarto como un huracán y apremió al padre Crispulo.

—¡Ábrame la cancela, deprisa!

—Hermana, ¿usted no reza sus oraciones por la mañana? —preguntó Crispulo, molesto por el apremio de Calvario.

—El señor sabrá perdonar mi falta, padre —dijo la mujer, consciente de nuevo de haber caído en la ira—. No me cabe la menor duda. ¡Ábrame la cancela, hombre de Dios!

—Déjela sobre la piedra de la derecha al salir —indicó el padre mientras le tendía la llave del candado—. Que la paz del Señor sea contigo, hermana. Y que Él te ayude a ser justa.

Por toda respuesta, Calvario tiró de la llave y salió hacia la puerta.

Mientras todo aquello sucedía, Martín no había dejado de correr y comenzaba a sentir hambre. Desde la frugal cena de la noche anterior, no había comido nada y, aunque estaba acostumbrado a pasar necesidades desde que viajaba con su tía, el recuerdo del aroma del queso que había aparecido sobre la mesa de la sala del padre Crispulo hacía que sus papilas empezaran a salivar más de lo habitual. Así que se apartó del camino y, a la sombra generosa de los olmos, decidió hincar el diente al manjar que le esperaba. No había solo queso en aquel hatillo. Media hogaza de pan blanco, unas manzanas de reineta y un trozo de mantequilla que, cuando Martín la probó, estaba dulce. Y lo mejor de todo, al fondo había media tableta de chocolate. Si algo echaba de menos Martín desde que salió de Puente Viejo era el chocolate que Rosario le preparaba para merendar, con aquellos picatostes crujientes cubiertos de azúcar. Más al fondo, tocó algo suave y plano. Buceó en la bolsa y encontró un papel. En él había dibujado un mapa de forma rudimentaria. Mediante flechas, había indicado un camino. De Soria las flechas llevaban a San Esteban de Gormaz. Al lado de las flechas, había dibujado un monigote que a Martín le daba la sensación de que caminaba. En San Esteban de Gormaz había dibujada una iglesia y escrito un nombre: «Padre Fulgencio, iglesia de San Miguel».

—¡Claro! ¡San Miguel! —dijo Martín riendo.

Siguió mirando la ruta que, desde San Esteban, continuaba con flechas, esta vez flanqueadas por un rudimentario carro. Acababan en Valladolid. Allí el camino dibujado se dividía en dos. Hacia el norte terminaba en dos palabras: «La Coruña»; un poco hacia el sur, el trazo se hacía más grueso, iba flanqueado por el dibujo de una diligencia y solo tenía dos puntos señalados: La Puebla y Puente Viejo. Allí se terminaba el trazo.

Aquel hombre bueno había sabido leer su historia y le había proporcionado una

enorme ayuda para salir del aprieto. El padre Crispulo había puesto en aquel pequeño hatillo la llave de su libertad. Y Martín lloró emocionado. No toda la gente que se encontraba en el camino era mezquina. No todos eran como la tía Calvario o el tío Carlos. También había gente como don Anselmo o como su madre, a la que ardía en deseos de ver. Aquel mapa le llevaba hacia ella.

Con esos cielos claros de amanecida que siguen a las noches lluviosas, Tristán y Alfonso se encaminaron hacia la Quebrada. Raimundo quiso ir con ellos, pero, en verdad, sus piernas ya no estaban para andar subiendo por aquellos riscos y alguien había de ayudar a Emilia en la posada. Volvieron a peinar la Quebrada, anduvieron el camino hasta La Puebla, por si Pepa hubiera optado por llegarse allí, al estar más cerca que Puente Viejo, y buscar la ayuda del doctor. Anduvieron preguntando, pero nadie pudo dar razón de la partera. Y así pasaron muchos días. Buscando, oteando, preguntando y conjeturando sin encontrar ninguna pista nueva del destino de la mujer. Con los días, mermaban las esperanzas de encontrarla con vida y aumentaba la tristeza que Tristán había dejado a un lado aquella noche lluviosa en que Alfonso volvió sin el cuerpo de su amada.

El regreso siempre se desarrollaba de la misma manera: Alfonso al pescante y Tristán callado. Llegados a El Jaral, Alfonso detenía el carro y Tristán bajaba murmurando un «hasta mañana». El capitán entraba en casa, se sentaba en la sala y apuraba una copa de brandi. La primera vez fue una sola. Y la segunda también, pero día tras día el número fue aumentando. Y también, día tras día, Rosario lo encontraba dormido en el diván sin que hubiera tocado ni un bocado de la cena que ella le servía. Algunas noches lograba levantarse y se tambaleaba hasta su dormitorio. Otras ni siquiera despertaba para eso.

Pero la última tarde fue distinta. Cuando entró en la casa, Raimundo estaba esperándolo. Se había mantenido al margen de la búsqueda y, aunque conocía por Rosario el estado de su hijo, había preferido dar un poco de tiempo al sentido común de Tristán y confiar en que todo volviera a su cauce. Los duelos, pensaba Raimundo, tienen su proceso y, aunque era consciente de que aquél estaba lejos de haber terminado, había llegado el momento de vapulear un poco la conciencia de Tristán. Así que decidió llegarse a la casa para esperarlo a la vuelta de una búsqueda que, sin duda, iba a ser de nuevo infructuosa.

Entraba el soldado, cabizbajo, como siempre, prisionero de una pena que iba cerrando sus mandíbulas cada día con más fuerza. Estaba desharrapado, con ojeras, encorvado, como si sobre sus hombros llevara todo el peso del mundo.

—No aparece, padre —dijo sin saludar. Raimundo asintió con la cabeza, sin una palabra—. Ya hace casi un mes.

—Tristán, tienes que parar este despropósito.

—¿Qué despropósito hay en buscar a mi esposa, padre?

—No es solo la búsqueda. Es todo. Mira tú en qué estado te encuentras. —Tristán comenzó a buscar con la vista algo por la habitación.

—No sé si necesito discursos moralizantes, padre.

—Pues has de escucharlos de quien bien te quiere —replicó Raimundo con voz severa pero cariñosa. Tristán abría armarios, buscaba en cajones, cada vez más inquieto—. No lo vas a encontrar. Le pedí a Rosario que retirara todo.

—¿Qué no voy a encontrar?

—El licor, Tristán. Ésa no es la forma.

—Es la mía, padre.

—Mira, hijo. Sé que cada uno se apaña con su dolor como sabe, como puede o como le dejan, y que ese dolor es tuyo, pero solo te pido que escuches a quien también pasó dolor antes que tú.

—¿Acaso no usaste la misma forma que yo, padre? —espetó Tristán amargamente, sin conseguir que Raimundo acusara un golpe que, por otra parte, esperaba.

—Por eso mismo sé de lo que hablo. No es algo de lo que me sienta orgulloso, lo sabes. Y no me perdonaría si no intentara evitar que pases por el dolor de la misma manera estúpida.

—Hay cosas que se heredan, padre. Ninguno de los dos parece poder ser feliz con la mujer a la que ama y los dos lo ahogamos en alcohol.

—Contra ese destino de amores malogrados yo no puedo hacer nada. Pero sí puedo evitar que te conviertas en algo que yo fui y de lo que me arrepiento.

Tristán se giró hacia la puerta de entrada y llamó.

—¡Rosario!

—No va a venir, Tristán. Está con la niña. Alguien tiene que cuidarla, ya que tú no lo haces.

—Eso ha sido un golpe traicionero, padre.

—¿Acaso miento? —Tristán calló y Raimundo prosiguió—: Y conste que sé lo que pasa por tu cabeza y por qué lo haces. Sé que la visión de la pequeña te trae la memoria de Pepa y que, por una aberración absurda, la culpas de la muerte de su madre. No te aflijas. Mucha gente haría lo mismo. Piensa, no obstante, que esa niña es víctima de un destino tan injusto como lo fue el de su madre o el tuyo propio. Pero con una diferencia. Ella lleva solo un mes en este mundo. Y comienza su vida sin madre. No le niegues también a su padre. Si no te tiene a ti, ¿qué le queda?

Tristán se sentó al lado de su padre. Puso la cabeza en las manos y lloró, como ni siquiera había conseguido hacer aquel día en que se derrumbó en la plaza del pueblo.

—Llora, hijo mío —lo abrazaba Raimundo—. Tenías que haberlo hecho hace

días. Y aún llorarás muchos más, hasta que se seque ese dolor que llevas.

Como identificándose con su padre, Aurora también rompió a llorar en su cuarto. Y al escucharla, Tristán sonrió entre las lágrimas.

—Ve a buscarla, anda. Es una buena razón para vivir. Te lo aseguro —dijo Raimundo.

Tristán lo intentó. Caminó hacia la habitación en la que Rosario sostenía en brazos a su hija. Raimundo lo siguió, pues no quería dejar de ser testigo de aquella reconciliación con una pequeña que ni siquiera alcanzaba a reclamar justamente el cariño de su padre. Tristán se acercó y vio aquellos ojos. Los mismos de su madre. Y se quedó paralizado. No podía. Le costaba respirar igual que el día que murió Pepa. Y, tras girar sobre sus talones, salió de la habitación dejando a Rosario y a Raimundo mirándose decepcionados.

Salió corriendo de la casa. Ensilló su caballo y cabalgó sin rumbo fijo. Solo le importaba ir rápido y lejos. Como si la velocidad de su caballo pudiera ganar a la de los pensamientos más negros. Se consideraba un cobarde. Estaba incumpliendo lo que su esposa le había pedido con su último aliento.

—La única vida que ya me queda es ésta. Y no quiero que muera. Necesita calor, alimento, o morirá, como yo —le había dicho Pepa.

Aquel capitán, curtido en cien batallas, podía mirar de frente a la muerte, pero no tenía el valor de enfrentarse a los ojos de su propia hija. Puso rumbo al pueblo y entró hasta la plaza como una exhalación, alertando a los pocos vecinos que quedaran despiertos y despertando a los que dormían con el golpeteo de los cascos de su montura contra los adoquines. Se fue directo a La Posada. Alfonso ya estaba de recogida a aquella avanzada hora de la noche.

—¿Qué tienes, cuñado, que llegas como alma que lleva el diablo?

—Ponme un vaso de vino, Alfonso —dijo Tristán mientras se sentaba a una de las mesas—. Mejor una botella.

—Un vaso y suficiente, Tristán. No son horas de andar empinando el codo. — Alfonso estaba al corriente de los problemas que Tristán tenía con el licor.

—¿He de rogarte acaso?

—Ni aunque me ruegues será más de un vaso.

Por toda respuesta Tristán se giró y se dirigió a la calle.

—El colmado está cerrado y, aunque despertaras a los Mirañar y a toda su parentela, te dirían lo mismo que te estoy diciendo yo —afirmó Alfonso, que ya recogía el vaso que había puesto sobre el mostrador.

—Los Mirañar abrirían al mismo diablo por una perra gorda, Alfonso —replicó Tristán riendo con amargura.

—Tristán, para un vino y un hombro en el que llorar aquí me tienes y me tendrás siempre. Para ayudarte a pasar la pena y a seguir con la vida —dijo sacando de nuevo

dos vasos y llenándolos de vino tinto—. Pero para convertirte en un borracho destrozado, no cuentes con mi ayuda. Y probablemente con la de nadie de este pueblo.

Alfonso fue hacia una de las mesas, bajó los taburetes que ya estaban recogidos y los puso en el suelo. Se dirigió hacia la puerta con intención de cerrar y tener así un espacio íntimo para que Tristán pudiera conversar sobre sus penas. Se escuchó el sonido de los cascos de otro caballo, esta vez más pausado. Alfonso vio como el sargento Novo, uno de los guardias civiles de La Puebla, descabalgaba y apretaba el paso en dirección a la posada.

—Temí no hallarte, Alfonso. Sé que ya es tarde —dijo Novo cuando llegó a la altura del Castañeda.

—Lo es, Novo —afirmó Alfonso—, pero buena ha de ser la razón que te trae tan de atardecido. ¿Qué precisas de mí?

—Entremos, amigo. Tengo un asunto delicado que narrarte. Pero además de delicado también es privado —dijo al ver a Tristán dentro del local.

—Es mi cuñado. Pierde cuidado. Lo que yo pueda saber, él lo puede escuchar. ¿Quieres un vino o estás de servicio?

—Efectivamente. Un vaso de agua fresca me valdrá.

Novo se sentó en el tercer taburete que rodeaba la mesa. Bebió un trago de agua y preguntó:

—Es sobre tu hermana Mariana, Alfonso.

—¿Mi hermana? ¿Qué tiene? ¿Qué le ha pasado?

—Vino de tarde al cuartelillo. —Novo hizo una leve pausa—. A entregarse.

—¿Entregarse?

—Eso mismo. Se ha declarado culpable de haber matado a su prometido, Antonio.

—¿Mariana? ¿Matado?

—Entregó el arma del crimen. Una pistola que dice era de vuestro hermano Juan —iba desgranando Novo—. Quise venir a informarte. Cierto es que hace unas semanas encontramos el cadáver de Antonio, pero no pudimos identificarlo, al no portar ningún tipo de papel entre sus ropas ni ninguna joya que permitiera identificarlo. Pensamos que había sido asaltado por bandoleros, dimos carpetazo al asunto y lo dirigimos a la capital.

Mariana había estado rumiando su culpa durante todas esas semanas, refugiada en el convento de La Almunia, pero la paz que buscaba no podía hallarla al no existir dentro de ella misma. Al cabo de unos cuantos días, no pudo aguantar más y se llegó a La Puebla para declarar su crimen. Dio rendida cuenta de dónde había acabado con la vida de su prometido y de cómo iba vestido el día del hecho.

—Se la han llevado a la capital para juzgarla. Pidió que no se dijera nada a su

familia, especialmente a vuestra madre, pero, por la amistad que nos une, estimé necesario informarte.

—Te lo agradezco, Novo. ¿Dijo por qué lo había hecho? No me cabe en la cabeza que Mariana cometiera semejante monstruosidad. Acaso se defendió de un ataque de Antonio...

—Se niega a dar las razones de su acto, Alfonso. Pero habrá de exponerlas ante el juez.

—He de ir a verla. Inmediatamente. ¿Dónde está?

—En la casa de corrección de la capital, pero en este primer periodo estará aislada. No podrá recibir visitas.

—¿Y cartas?

—Eso sí. Pero para verla habréis de esperar a que termine el periodo de aislamiento, que durará lo que determine el juez y dependerá también de su comportamiento. —Novo esperaba alguna pregunta más de Alfonso, pero al no recibirla, optó por levantarse—. No puedo decirte más, amigo, he de volver a mis tareas. Siento ser emisario de tan amargas nuevas.

—Te lo agradezco —repuso Alfonso circunspecto e intentando ordenar en su cabeza qué era lo que tenía que hacer respecto a la noticia que acababa de recibir.

Cuando Novo hubo salido, Alfonso pasó al otro lado del mostrador y tomó una garrafa de vino que puso sobre la mesa en la que Tristán lo esperaba en silencio. Apuró el vaso que había dejado lleno durante la conversación con el sargento Novo y se sirvió otro. Tristán lo imitó y rellenó el suyo.

—Esto, Tristán, quede entre tú y yo. Que nadie sepa nada de momento —pidió Alfonso. Tristán asintió y tomó su vaso de un trago.

Puente Viejo dormía, ajeno a la tragedia que estaba sucediendo a otro de sus más queridos habitantes. Parecía como si, desde la muerte de Pepa, una negra sombra se hubiera cernido sobre el pueblo sin ninguna intención de abandonarlo.

San Esteban de Gormaz estaba dominado por las impresionantes ruinas de una fortaleza que, situadas sobre una colina, constituían una atalaya excepcional desde la que se divisaban los campos de la vieja Castilla. La tradición narraba que había sido inaccesible a los caballeros más audaces. Tan buena era su ubicación que cuando el ojo alcanzaba a apreciar el horizonte, éste no parecía una línea recta, sino que se podía percibir una ligera curvatura. En la cara sur de aquella colina, abigarradas en la ladera, aparecían las casas de la villa, sobre cuyos tejados destacaba el campanario cuadrado y austero de una iglesia.

Martín había hecho parte del camino a pie, pero había tenido la fortuna de dar con un carretero que lo subió a su carro y le ahorró las últimas leguas hasta su destino. Él fue quien le indicó que aquel campanario que sobresalía entre los tejados rojizos era el de la iglesia de San Miguel.

Todo lo que tenía que hacer Martín en aquel pueblo era llegar a aquella iglesia, buscar al padre Fulgencio y solicitarle su ayuda, de parte del padre Crispulo. Seguro que aquél le daría los medios para llegar a Puente Viejo y toda aquella pesadilla habría acabado.

Un tañido lúgubre empezó a extenderse por todo el pueblo. Primero una campana grave dejaba una vibración en el aire y, después, otra más aguda emitía su sonido sobre las últimas ondas del primer tañido. Aquella secuencia se repetía con una lenta cadencia y acompañaba a Martín en su camino hacia San Miguel. Subió la escalinata de aquella iglesia levantada en el siglo XI, cuyo pórtico de siete arcos aguantaba, silente, el paso de los años. Martín accedió al interior por el arco central y bajo el sonido de las campanas, ya ensordecedor, procedente del campanario de aquella misma iglesia. La nave central estaba casi vacía, solo había unas pocas personas, arrodilladas en los bancos delanteros. Bajo el altar, había un ataúd abierto. Mirando más detenidamente, el niño se dio cuenta de que todos los que estaban arrodillados, en clara plegaria, eran sacerdotes. Escuchó a su espalda un ruido de pasos, escasos al principio y cada vez más numerosos, y un buen número de personas fue llenando el recinto.

Un sacerdote subió al altar y comenzó a officiar su misa de difuntos. Aquél, sin duda, era el padre Fulgencio, pensó Martín. Tendría que esperar a que acabara la misa antes de poder hablar con él, así que decidió quedarse y se ubicó en el lateral de uno

de los bancos, cercano al confesionario. Buscó con la vista alguna estatua de san Miguel, para pedirle que renovara su protección. No la halló. Pero cuando examinó con más calma el pie que estaba más cercano a él, pudo leer en la piedra una inscripción que decía «San Miguel arcángel». La figura de san Miguel no estaba. Martín se inquietó, pues no sabía a quién le iba a pedir su protección ahora. Miró hacia el altar y se tranquilizó. El padre Fulgencio seguía oficiando su misa y, por primera vez, Martín escuchaba atento.

—Tú que eres nuestro camino y nuestro guía. Señor, ten piedad —decía el padre Fulgencio.

—Señor, ten piedad —repitió la muchedumbre.

—Tú que nunca nos dejas, aunque nosotros te olvidemos. Cristo, ten piedad —prosiguió el cura.

—Señor, ten piedad —corearon de nuevo los asistentes, y Martín se les unió.

—Tú que has muerto para darnos vida. Señor, ten piedad.

—Señor, ten piedad.

—Que Dios, nuestro Padre, tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén.

—Amén —repitieron todos.

Don Fulgencio levantó las manos y prosiguió:

—Oh, Dios, que tienes en tus manos la vida de los hombres, escucha nuestra oración por nuestro hermano Fulgencio, y acógelo en tu seno. Por Cristo nuestro Señor.

—Amén —repitieron todos menos Martín, que se había quedado sin voz. El oficiante no era el padre Fulgencio. ¡El padre Fulgencio era el muerto! No se atrevía a preguntar a la mujer que estaba a su lado, que parecía concentrada en sus oraciones, y esperó para confirmar que había escuchado correctamente. En efecto, el nombre del padre Fulgencio, pronunciado varias veces cuando se le pedía al Señor por su alma, no dejaba lugar a dudas. La baza de Martín a su llegada a San Esteban de Gormaz no estaba en el altar oficiando. Era el objeto de aquella misa de difuntos.

Martín podía haber buscado ayuda en alguno de los curas que estaban en el funeral del difunto amigo del padre Crispulo, pero tenía la intuición de que aquél no era su día de suerte. Ciertamente que era desconfiado con los extraños, pero es que, a pesar de su corta edad, la vida no le había dado razones para pensar de otra forma. En el seminario de Teruel, los castigos que le imponía el padre Fermín eran desmedidos; su tía Calvario no era precisamente una mujer cariñosa; los titiriteros que lo habían recogido después del accidente en la carreta con su tío Carlos lo habían maltratado y solamente se libró de ellos cuando su tía Calvario compró su libertad. Para él, el padre Crispulo era una excepción y confiaba en que don Fulgencio también lo fuera. Aparte de eso, prefería guardarse. Tenía un alma de plomo en un cuerpo de un niño

de seis años. Así que, en lugar de pedir ayuda, temiendo que alguno de aquellos hombres lo devolviera a la potestad de su misericordiosa tía, prefirió aventurarse y hallar por sí mismo la forma de reencontrarse con su familia.

Caminó hacia las afueras del pueblo, en el sentido contrario al que había llegado. Según el mapa, por allí debía de ser posible llegar a Valladolid. Pero también tomó conciencia de otra cosa. El día comenzaba a decaer y era poco probable que fuera a pasar ninguna carreta con alguna mercancía para la ciudad. Esperó un poco más, pero, efectivamente, lo que había imaginado acabó resultando cierto. Intentó buscar algún lugar para pasar la noche y, aunque tenía dinero para pagar una posada, no quería gastarlo, pues no sabía cuánto podía costar el pasaje en una diligencia hasta su pueblo. Y, por otra parte, era posible que en una posada le hicieran preguntas sobre qué hacía un renacuajo como él alojándose solo por allí. Así que, como había aprendido de su tía Calvario, buscó algún pajar o algún chozo de pastores donde pudiera pasar la noche a salvo de la amenaza de las fieras y de los asaltantes de caminos.

Lo encontró. Aquella noche durmió en un chozo a cuyo olor acre tardó en acostumbrarse. Y fue otra vez un sueño intranquilo, consciente de que a pesar de que era cruel con él, su tía Calvario constituía un cierto refugio contra desconocidos y alimañas. Era su mal conocido y él tenía miedo de los males por conocer.

De vez en vez, un ruido extraño le despertaba. Era un traqueteo, no demasiado lejano. Regular y mantenido durante un tiempo limitado. Lo escuchó varias veces a lo largo de la noche, pero no llegó a averiguar qué podía ser aquello. Ya de amanecida, el ruido volvió a sonar y se detuvo, aunque el traqueteo quedó sustituido por un breve pitido.

No muy lejos de aquel chozo, se alzaba un edificio de piedra blanca, con el tejado de teja y unas bonitas ventanas pintadas de verde. A su lado una máquina de vapor aguardaba, dejando salir un denso humo por su chimenea.

Martín vio el cielo abierto. No sabía cómo sonaba un tren, pero sí sabía cómo eran. Los había visto en ilustraciones de libros de su padre y un tren había sido su regalo de Reyes Magos la última Navidad que pasó con su familia. Puente Viejo no tenía tren, pero San Esteban sí.

Martín no pudo evitar mirar aquella máquina maravillado. Con su hatillo al hombro, recorrió el andén, observando embelesado los vagones pintados de verde, en los que los pasajeros conversaban, dormían o leían. Más atrás estaban los vagones de mercancías, en los que algunos hombres estaban cargando sacos y cajas.

—El tren con destino Valladolid efectuará su salida dentro de dos minutos. ¡Pasajeros al tren! —gritó un hombre al otro extremo, al lado de la locomotora.

Fue solo un instante. La actividad cesó, el andén quedó desierto... y la puerta de aquel vagón permaneció abierta. Y Martín saltó dentro y se escondió tras unos sacos.

Un pitido estridente y el traqueteo que le había despertado por la noche comenzó, lento al principio, y fue acelerando paulatinamente. Ese traqueteo le acompañaría sin interrupción hasta Valladolid.

Fue Raimundo quien, al ver cómo su hijo iba deslizándose día a día por una pendiente sin remedio sin que nadie a su alrededor pudiera hacer nada por ayudarlo, acabó tomando la decisión. Aunque, ciertamente, Tristán no era el único que se había visto afectado por la ausencia de Pepa. Y era ausencia, porque su cadáver seguía sin aparecer. En la casa de comidas, en el colmado, en la plaza, cada día se escuchaba un nuevo punto de vista sobre lo que le había sucedido a la partera. No había una explicación sobre su desaparición, pero si alguien tenía algún interés en encontrar todas las versiones posibles compiladas en un solo lugar, ya sabía adónde debía acudir.

Dolores Mirañar era la perfecta tesorera de todos los dimes y diretes de Puente Viejo y de alguno de La Puebla. Ella se sentía en la obligación de mantenerse informada y de informar a sus vecinos. Era parte de sus obligaciones como «alcaldesa consorte», según decía ella, y su colmado, en la plaza del pueblo, era, desde luego, el sitio perfecto para que confluyeran los que proporcionaban información y los que deseaban recibirla.

—Yo creo, Emilia, que lo que en realidad ha sucedido es que Pepa se ha ido a buscar a su hijito Martín —decía Dolores mientras preparaba el pedido de la casa de comidas. Y tal y como se lo contaba a Emilia, lo hacía con cualquiera que apareciera por su negocio.

—Pero, Dolores, ¿cómo se va a ir así, sola y sin decirle nada a nadie? Ni que usted no la conociera —respondió Emilia—. Póngame unos cuantos caramelos de violeta para María, que le encantan.

—Te digo yo que sí, Emilia. O eso o ha desaparecido para torturar a la Montenegro.

—Eso nos torturaría a todos, no solo a doña Francisca.

—Entonces, ¿qué explicación le das tú? A ver... —respondió Dolores—. ¿Necesitas garbanzos? No te llevaste la semana pasada.

—Sí, que se acerca el frío y es tiempo de cocidos. —Emilia comprobaba la calidad de la legumbre—. No sé qué explicación darle, Dolores. Pero no creeré ninguna en la que Pepa haga algo que pretenda causar daño.

—La verdad sea dicha: el señorito Tristán no levanta cabeza.

—Ni nadie. No crea que a mí no me falta presencia de ánimo. Hay días en que me

despierto con la idea de acercarme a El Jaral a verla y al poco caigo en la cuenta de que ya no puedo hacerlo —replicó Emilia con la mirada húmeda.

—Por ahí pasa tu padre. Otra alma en pena, ¿adónde irá? —se preguntó Dolores en voz alta al tiempo que dejaba la pala de la legumbre y se acercaba a la puerta—. Parece que se dirige a casa de don Anselmo. Siempre me llamó la atención la amistad de esos dos hombres. Raimundo tan ateo y el padre..., pues eso. De ateo nada.

—Dolores, los garbanzos. Que tengo a María con Alfonso y tiene faena.

—¡Ay, Señor! Si es que se me va el santo al cielo con tantas cuitas —suspiró la otra volviendo a tomar la pala.

Efectivamente, Raimundo entró en la casa de don Anselmo. Llevaba una idea clara de qué hacer para acabar con aquellas habladurías y, sobre todo, con el decaimiento de su hijo.

—Creo que Tristán necesita un sitio donde llorar su dolor, padre —decía mientras observaba cómo don Anselmo le servía una copita de mosto.

—Ya sé que tu hijo no levanta cabeza. Es una situación inusual, sin duda. Y es cierto que, mientras no se encuentre el cuerpo, la herida del alma seguirá abierta.

—Eso creo yo.

—Un funeral sería de ayuda, sin duda —dijo el cura meditabundo.

—Voy más allá, padre. Estoy hablando de algo menos espiritual.

—No sabes lo que ayuda la fe en estos casos, amigo ateo —respondió el cura con socarronería.

—No hablo de misas, padre. Hablo de poner una tumba a Pepa.

—¿Vacía?

—Vacía.

—¿Quieres engañar a tu hijo, Raimundo? Con mi connivencia no será —sentenció don Anselmo seriamente.

—No hablo de engaños, páter. Él sabrá que está vacía. No voy a inventarme ninguna monserga. —Don Anselmo se relajó—. Pero me barrunto yo que, aunque la imagen de aquella tumba y la ceremonia de un entierro no han de ser plato de gusto para nadie, puede que supongan un buen vapuleo y harán que Tristán tome conciencia de que su esposa no está; de que no va a volver y de que él ha de seguir con su vida y cuidar de su hija.

—Duro medio para un buen fin, sin duda —meditaba don Anselmo—. ¿Sigue bebiendo?

—Todos sus días son iguales. —Raimundo enunció contando los hechos con los dedos—: Se levanta de mañana, ensilla su caballo y cabalga y cabalga sin descanso hasta que, con la caída de la tarde, regresa a casa exhausto. Viene sobrio, bien es cierto, pero, además de buscar infatigablemente por la quebrada, me consta que busca a Pepa en La Puebla y por toda la comarca. Y de paso, se trae a casa alguna botella

que apura en el día, sabedor como es de que ni en la casa de comidas ni en el colmado le proporcionarán licor alguno. Tampoco le importan ni mis intentos ni los de toda la familia para hacerle entrar en razón.

—Pobre muchacho —se santiguó don Anselmo.

—Y al día siguiente lo mismo. —Raimundo se recostó en la silla—. Sin ni siquiera echar una mirada a su hija, que depende de los cuidados de Emilia y, sobre todo, de Rosario.

—Busca su destrucción, sin duda.

—Cierto es —asumió Raimundo sombrío—. Y yo ya no sé qué más hacer, padre.

Don Anselmo se quedó en silencio durante un buen rato. Calculaba las consecuencias de establecer en suelo sagrado una tumba vacía, aunque sabía que aquello se había hecho a menudo. No en Puente Viejo, o al menos no que él supiera. Pero si una tumba vacía salvaba a un vivo, bienvenido fuera el espacio ocupado en el camposanto.

—Sea, Raimundo. Hagámoslo. Las heridas hay que cerrarlas y los duelos hay que acabarlos.

Raimundo se encargó de los detalles mundanos y don Anselmo de los espirituales. El padre encargó cavar una fosa y el de Ulloa se llegó a La Puebla para encargarse de un ataúd con unas medidas aproximadas. La lápida era algo más delicado. El epitafio no debía estar de su mano, sino de la de Tristán. Esperó a la noche y fue a El Jaral a aguardar su regreso para contarle sus planes. Pero el capitán no quiso saber nada de entierros. No pensaba asistir a ninguna ceremonia fúnebre. Tan solo consintió en pensar el texto de la lápida. Lo escribió en un papel que le dio a su padre: «A mi esposa, mi vida toda, que ahora goza en la luz de nuestro Martín. Siempre nuestro».

El otoño comenzaba ya a ofrecer su cara más suave y a amarillear las copas de los árboles; con sus lluvias había comenzado a regar los campos agostados por el sol infernal de Castilla. Pero la ocultó pronto para dar lugar a la primera nevada, que fue inesperada, por lo temprana. Sobre aquel manto blando y helado, varias huellas de pasos confluían en un mismo lugar: la tumba de Pepa. Casi nadie de Puente Viejo faltó a las exequias, como forma de rendir homenaje a aquella mujer a la que quien más, quien menos, todos tenían algo que agradecer. Poco les importaba que aquella tumba fuera a estar vacía. Dondequiera que estuviese, Pepa les vería y con eso les bastaba.

Casi nadie no significa todo el mundo, en efecto.

Un hombre solo, sentado ante un fuego vivo, apuraba una copa de licor. Era Tristán Ulloa.

Otra mujer, también sola, ante otro fuego, sorbía una tisana. Era Francisca Montenegro.

Cada uno había tenido su razón para no acudir. Tristán, por miedo a abrir heridas

que aún no habían terminado de cicatrizar. Francisca por desprecio. O eso pensaba ella. En realidad también era miedo. Uno de los rumores que recorrían las calles del pueblo era que Francisca Montenegro había hecho desaparecer el cadáver de su nuera con el único fin de torturar a su hijo. Y, verdaderamente, Tristán estaba torturado, fuera su madre o no la causante.

Ante su infusión, Francisca meditaba como únicamente lo hacía cuando estaba a solas. Entonces, solamente entonces se reconocía a sí misma sus errores de cálculo y sus escasos fracasos. Y aquello lo había sido. Todo había salido a pedir de boca hasta un momento. Ella había ordenado el secuestro de Tristán y había hecho llegar a oídos de Pepa lo que todos le ocultaban sobre la verdadera razón de la ausencia de su esposo. Y Francisca había previsto correctamente la reacción de la partera, que, en un estado avanzado de gestación, no dudó en ir a buscar a su amado esposo. Francisca había puesto en juego todos los engranajes para propiciar la muerte de su odiada partera y éstos habían encajado a la perfección. Pero la segunda parte del plan era lo que estaba fallando. La Montenegro había calculado que, habiendo eliminado del camino a la «partera del demonio» —tal era la perífrasis que siempre usaba para referirse a Pepa y evitar decir su nombre—, Tristán se volvería a su madre para encontrar su consuelo y ella recuperaría el amor de su varón primogénito. Pero habían pasado las semanas y Tristán seguía sumido en una tiniebla de dolor y muy alejado de ella. Podía ser cuestión de tiempo, pensaba Francisca, pero aquel retraso en la consecución de sus planes le dolía y la dejaba, en cierta forma, fuera de juego. Había fallado con aquel que más quería y al que mejor debería conocer.

Para Tristán su madre no era ningún consuelo. No podía serlo alguien cruel que despreciaba a quien él había elegido como esposa. Y aunque no tenía ninguna razón ni prueba alguna para pensar que su madre hubiera tenido algo que ver con todos los trágicos sucesos que, como una maquinaria perfecta, habían provocado la muerte de Pepa, en el fondo de su corazón pensaba que había sido su progenitora la que había ordenado envenenar sus tierras, la que había hecho que lo secuestraran y la que había convencido a Pepa de que fuera en su busca. Tristán sabía que su madre era ducha en manejar los hilos precisos para causar dolor y para mover a sus enemigos a hacer aquello que ella deseaba.

A lo largo de sus interminables días, este pensamiento rondaba su cabeza varias veces, junto a otros igual de perturbadores. Y aquél era uno de esos momentos, mientras el pueblo celebraba aquel falso entierro. Así que apuró de un trago su enésima copa del día y se encaminó a la cuadra.

Emilia volvió la mirada y a lo lejos vio que un jinete se alejaba del pueblo. Reconoció a su hermano Tristán y su corazón se encogió por él. Porque había rehusado estar presente en aquel homenaje a su amor. Él había elegido llorarla solo y los demás solo podían ayudarlo siempre y cuando él se dejara.

Su caballo hollaba la nieve con una seguridad pasmosa. Galopaba como sobre el terreno más firme. Y casi cuando anochecía, Tristán llegó a la Quebrada de los Lobos. Al mismo lugar en el que había abrazado a Pepa por última vez. Ató su caballo y se sentó sobre la fría roca. El vapor salía de su boca y de los ollares de su montura. Y bajo aquel cielo que una luna redonda y llena dejaba escaso de estrellas, lloró; y, entre sollozos, comenzó a hablarle a su amada Pepa.

—Buenas noches, mi amor. Dondequiera que estés, deseo que sepas que no he querido olvidarte. No es que no pueda. Es que no quiero hacerlo, Pepa... Todos me dicen que debo seguir adelante. Por Aurora. Tiene tus ojos, ¿sabes? Pero yo no tengo el valor de mirarla, ni de abrazarla porque mirar sus ojos oscuros es ver los tuyos y no puedo soportarlo. Quiero irme contigo. Quiero que Dios o quien sea me lleve a tu lado.

Tristán se levantó para calmar a Camilo, su caballo, que comenzaba a piafar inquieto.

—¡Sooooo! Calma —le decía al tiempo que le acariciaba el belfo—. Calma, amigo. ¿Qué has atisbado?

Agarró las riendas y subió a su lomo y siguió acariciando el cuello del animal desde atrás. Lo espoleó suavemente, pero Camilo se arrancó con una velocidad descontrolada, lo cual pilló desprevenido a Tristán, que no lograba dominarlo. Cabalgó como loco en línea recta y de repente fintó; Tristán entendió entonces la razón de su desasosiego. Tuvo una visión fugaz de tres figuras caninas entre los árboles. Camilo se encabritó; Tristán no pudo controlarlo y, finalmente, cayó. Su cabeza golpeó contra una roca oculta bajo la nieve y Tristán perdió el sentido. No pudo ver nada más. No pudo ver cómo Camilo detenía su loca carrera al dejar de sentir el peso del jinete y se giraba para volver a buscarlo. No pudo ver tampoco cómo los tres lobos le rodeaban buscando sus ijares o algún punto débil donde poder atacarlo y terminar aquella pesadilla de relinchos y coces que Camilo lanzaba a diestro y siniestro. Tristán habría estado orgulloso de su animal si hubiera visto como, de una tremenda coz, reventaba el cuerpo de una de las alimañas. O como daba buena cuenta de la segunda pisoteándola con sus patas delanteras. O como finalmente ahuyentaba a la tercera, que se internaba en el bosque con el rabo entre las patas.

Tristán escuchaba una voz lejana, pero clara:

—Despierta, Tristán. Despierta, amor mío. Aún no ha llegado tu hora.

Sintió primero unas ligeras sacudidas y, por fin, una más fuerte que le hizo dar con la cara en la nieve. Aquel frío le hizo reaccionar y despertó aturdido con el nombre de su amada entre los labios.

—¿Pepa? —masculló mientras se levantaba para encontrar de dónde había venido aquella voz tan clara y familiar. Pero no halló nada. Solo Camilo, calmado, permanecía firme a su lado y le daba un nuevo empujoncito con su morro.

Cuando miró a su alrededor y vio los cuerpos de los dos lobos, quebrados sobre la nieve, batida por las huellas de garras y de cascos, entendió la hazaña de su fiel compañero y abrazó su cuello, agradecido.

—Hubiera sido una buena noche para que me dejaras a mi destino, pero gracias, amigo —dijo a su caballo juntando su cara con la suya.

Subió a lomos del animal, que inició un andar pausado e irregular, lo cual era corriente en terreno abrupto. Sin embargo, aquel paso extraño prosiguió hasta que llegaron al camino que enfilaba hacia casa. Tristán desmontó y comprobó entonces que Camilo estaba herido. Sus corvejones traseros tenían varias dentelladas y otra más profunda sangraba en el muslo del animal. Prefirió seguir el camino a pie para librarle de su carga. Serían casi dos horas a buen paso, y la herida de la cabeza le dolía, pero el frío lo mantenía despierto y así tendría tiempo de pensar en aquella voz que le había dicho que debía seguir adelante. Los campos blancos de nieve reflejaban la luz de la luna llena e iluminaron su camino hacia Puente Viejo.

A finales de 1903, Valladolid era una ciudad vestida de gala. No era aquel su estado habitual, pero, en los días en que Martín llegó por vez primera a la capital pucelana, sus habitantes esperaban una egregia visita. Nada más y nada menos que la del rey, Alfonso XIII. No es que aquella ciudad, que había sido en su día capital del reino, no estuviera acostumbrada a las visitas insignes. Muchos reyes habían pasado por ella anteriormente, Fernando VII, María Cristina, Isabel II y Alfonso XII la habían tenido en algún momento en su agenda de viaje. Pero en aquellas circunstancias, cualquier acontecimiento que revitalizara su vida industrial, y desde luego social, era importante.

Valladolid había sido una ciudad pujante y próspera gracias al comercio de la harina, de la que era la principal proveedora para las colonias de ultramar. Pero tras la guerra de 1898 y con la pérdida de aquellas tierras, había comenzado a decaer.

Sin embargo, Martín no podía percibir nada de su pasado. Solamente podía absorber extasiado toda la barahúnda de ruidos, de imágenes, de personas y luces que se presentaba ante sus ojos. Aquellas calles anchas, transitadas por una multitud heteróclita y apresurada, no tenían nada que ver con las de su pueblo. Por la calle de Santiago, repleta de tiendas con bonitos escaparates iluminados, señoras con sombreros elegantes paseaban del brazo de señores repeinados, despreciando la petición de ayuda de mendigos: ambas clases sociales convivían por sus aceras, probablemente en proporciones muy parecidas.

Martín no se sentía seguro en aquel entorno. Era demasiado grande para él. Y él era aún muy pequeño. Cierto era que nadie había notado su presencia. A nadie le llamaba la atención un niño de seis años, que caminaba solo por las calles. Pero él necesitaba preguntar a alguien para averiguar cómo llegar a su pueblo.

Se dirigió a una de aquellas señoras empingorotadas, que miraba el escaparate de una tienda de sombreros. Tiró de su vestido suavemente para llamar su atención.

—Señora, por favor —dijo con una voz tan pequeña como él.

—¡Niño! ¡No hay limosna! —replicó la señora con voz aguda mientras retiraba su falda bruscamente.

Martín se dirigió entonces a un señor con bombín y un poblado bigote, que, sin darle tiempo a que hablara, profirió un tajante: «No hay nada».

Otras cinco veces lo intentó y otras tantas fracasó. Martín no pedía limosna. Pero

como no le escuchaban, no lo sabían. Quizá había equivocado su estrategia y debía buscar a alguien de clase social inferior. Una mujer rubia y joven, que iba cubierta con un mantón alfombrado que sujetaba un niño a su cadera, le pareció más accesible.

—¡A buen sitio fuiste a dar, zagal! —le espetó sin darle tiempo a abrir la boca. Y siguió caminando apresurada como camina el que conoce perfectamente su destino.

Descorazonado, se sentó en el escalón de la entrada de una tienda de paños, pero, rápidamente, el aprendiz —un niño que no debía de tener más de doce años— le dijo que se levantara y se fuera.

—Estos días no necesitas de la caridad de los ricos, zagal —dijo una voz de mujer a su espalda—. Como viene el rey, a los pobres nos llenan el colete gratis en los albergues de misericordia.

—No busco caridad. ¡Tengo mi dinero! —replicó Martín ofendido. Aquella afirmación despertó el interés de la mujer.

—Y si no buscas caridad, ¿a qué andas tironeando las levitas de los señores?

—Quiero que alguien me diga cómo llegar a mi casa.

—¿Acaso te has perdido? ¿Dónde están tus padres?

A Martín le dio mucha pereza contar su triste historia, así que optó por dar la información justa respecto a su destino.

—Quiero llegar a Puente Viejo —dijo a la defensiva—. ¿Usted sabe cómo se va?

—No sé dónde está eso, zagal. Te hacía de aquí. De Valladolid.

—No. Puente Viejo es pequeño. Mis padres están allí.

Olvido, que así se llamaba la mujer, tuvo claro, desde la primera frase de Martín, que aquel niño no se le podía escapar. Ya había barruntado ella que algo de dinero debía de llevar encima, pues, aunque estaba flacucho y ojeroso, las ropas que llevaba eran de buen paño, a pesar de sus arrugas. Olvido era una mendiga de las muchas que pululaban por las calles de la ciudad. Había venido a trabajar en la fábrica de harina, pero, desde que aquel comercio se hundió, había ido sobreviviendo con salarios miserables como sirvienta en casas de la burguesía. No debía de ser muy mayor, pero unos cuantos meses en las calles corroen la piel más lozana, y eso era lo que le había sucedido a Olvido. Su pelo revuelto y prematuramente encanecido, sumado a unos dientes que escaseaban, le daban un aspecto de mujer de cincuenta, aunque lo más probable era que tuviera muchos menos.

—Pues no sé cómo se llega a Puente Viejo, pero, si quieres, te ayudo a averiguarlo.

—No, no —Martín comenzó a desconfiar.

—Como gustes. Pero, por la noche, la calle no es buen sitio para un crío de tu edad. Y no tardará en oscurecer —aseveró mientras se giraba para marcharse. Martín vio desvanecerse su oportunidad de escapar. Al fin y al cabo, aquella mujer era la

única que le había prestado algo de atención.

—¡Espere! —Olvido sonrió triunfante. Su pez había picado el anzuelo.

—No, quita, quita. No me gusta que desconfíen de mí —articuló la mujer para asegurar que el pescado tragaba bien el señuelo.

—Por favor, ayúdeme —suplicó Martín.

—Bien está. Nos vamos entendiendo —dijo la otra con voz falsamente tranquilizadora—. Ven conmigo, anda. Tendrás hambre, ¿no?

—Un poco —dijo Martín agachando la cabeza.

—Vayamos a comer algo caliente a la casa de beneficencia, anda. Ya que nos lo regala el rey, habrá que llenar la andorga. ¿No te parece? —Martín asintió con la cabeza—. Y luego averiguaremos cómo llegar a tu pueblo. ¿Cómo te llamas?

—Martín.

—Yo Olvido. Encantada —dijo sacudiendo la mano del niño con una fingida solemnidad que consiguió arrancar de Martín la primera sonrisa en muchos días. Martín percibió, ahora que la tenía cerca, el olor acre de una suciedad de días.

Ya la luz de la tarde iba perdiendo su brillo a favor de la oscuridad de la noche mientras Martín y Olvido caminaban por la calle de Santiago. A Martín le llamó poderosamente la atención que todas las farolas de la ciudad se encendieran a la vez y, en un momento determinado, sin que nadie llevara una llama a su cima. Él estaba acostumbrado a que las luces se encendieran una a una con una llama. No sabía lo que era la luz eléctrica, y Valladolid, como la gran ciudad que era, la tenía ya desde hacía años gracias a La Electra, la central eléctrica de la ribera del río Esgueva.

Cenaron en el albergue, junto con otros muchos desharrapados; ya con la barriga llena, Olvido le pidió que la acompañara. Martín la seguía a unos metros de distancia, pues iba mirando los edificios, cuya altura llamaba poderosamente su atención. Tan distraído iba que caminaba por en medio de la calle y no vio venir el tranvía que hacía su último recorrido del día. Olvido se dio cuenta y giró sobre sus pasos para apartarlo de los raíles. El tranvía pasó muy cerca de ellos, creando un remolino de aire.

Olvido lo había salvado por segunda vez, así que Martín fue confiando más y más en ella.

—Mira, Martín. Ya va cayendo la noche y, como bien sabes, ninguna diligencia viaja con semejante oscuridad. Hagamos una cosa. Yo no tengo casa. No puedo ofrecerte un techo. Los pobres nos juntamos para dormir y protegernos. Pasa la noche conmigo y mañana buscamos el medio de llegar a tu pueblo.

Martín dudaba.

—No es bueno que estés solo. Cualquiera podría hacerte cosas que no quiero ni imaginar. Esto no es un pueblo. Hay mucho y muy malo —hizo una pausa cargada de intención—. Podrían robarte tu dinero. Si es que no lo has perdido ya. Y entonces,

¿cómo llegarías a tu pueblo?

—Está bien. Iré con usted.

Olvido comenzó a caminar y Martín se retrasó para asegurarse de que su dinero estaba donde lo había puesto. En su calcetín derecho. Se agachó y palpó; en ese momento, Olvido se giró y el gesto de Martín le reveló la información que necesitaba. Aunque ya sospechaba que era allí donde el niño guardaba su tesoro.

Llegaron al parque de Campo Grande y cruzaron su alameda. Pasaron tras unos castaños de indias cargados de castañas y lo que Martín descubrió tras aquella frontera arbórea lo dejó estupefacto. Entre los árboles había varios grupos de personas diseminados. Algunos conversaban en torno a hogueras. Otros, hechos ovillos, intentaban conciliar el sueño a pesar de las risotadas y las voces de los que aún estaban despiertos.

—No te juntes con ellos —le advirtió Olvido—. Quédate pegadito a mí. ¿Estamos?

Olvido anduvo buscando por entre unos matorrales y volvió con un hatillo. Dentro había una manta que extendió un tanto alejada de las de los demás mendigos. Le dijo a Martín que descansara mientras ella averiguaba cómo llegar a su casa. La vio sentarse en el grupo que reía en torno a la hoguera y conversar con ellos. Pero no pudo discernir de qué hablaban. Cuando volvió, Martín aún estaba despierto.

—Ya está. Tu pueblo está cerca de La Puebla, ¿verdad?

—¡Sí! —exclamó Martín incorporándose, loco de alegría.

—Pues mañana te acerco a la diligencia que va para allá. Ahora duerme, zagal.

Por primera vez en muchas noches, el sueño de Martín fue tranquilo. Aquella mujer de la que tanto había desconfiado iba a ser la que lo ayudara a llegar a su casa. Y una vez allí, toda su pesadilla habría acabado. Por puro instinto de supervivencia, Martín buscó el calor del cuerpo de Olvido en aquella noche fría con viento de nieve cercana. Igual que buscaba el de su madre cuando era pequeño y tenía la suerte de que estuviera a su lado.

La Quebrada ya comenzaba a ser un lugar de leyenda. El Rubio había ido contando a los habitantes del pueblo cómo se había salvado de morir ahogado en el río. Cierto era que lo exageraba, pero estaba cada vez más convencido de que en su salvación había habido una mano mágica. Y el pueblo enseguida puso nombre de pila a aquella mano. Uno de cuatro letras: Pepa.

Así que cuando Tristán contó lo que deducía que había sucedido la noche anterior en aquel mismo lugar, maldito para él, aquella leyenda no hizo más que aumentar, y la salvación de Tristán se atribuyó a la misma mano mágica. Claro que un caballo podía reventar las entrañas de un lobo, pero que reventase dos ya se veía menos factible; y, desde luego, hacer huir al tercero rozaba lo milagroso. Así que alguna fuerza extraña debió de actuar, pensaron todos.

Los muy allegados a Tristán también interpretaron aquellas señales. El que más, Raimundo. Pero como era un hombre pragmático, huía de cualquier explicación divina y prefería ver la aplicación humana de aquel hecho. Esperaba que aquella forma inesperada de haber salvado la vida hiciera reaccionar a su hijo Tristán y lo ayudara a sobrellevar el dolor de forma más digna. Raimundo podía no creer en el dios que su buen amigo don Anselmo representaba y al que todos en el pueblo adoraban, pero no era tan soberbio como para creer que estaba en posesión de una explicación racional para todas las cosas que ocurren sobre la faz de la tierra. Sabía que a veces sucedían hechos extraños que excedían a la ciencia y al empirismo, y que para los católicos tenían la simple explicación de la intervención divina, mientras que para él eran misterios que permanecían sin resolver. Pero en lo que sí creía firmemente es en que las cosas suceden para algo. Y, en este sentido, prefería buscar en lo sucedido a Tristán alguna utilidad.

Pero Tristán no parecía querer aprender la lección y seguía sumido en el dolor y en el licor. No lo hizo voluntariamente, pero consiguió alterar las vidas de todos. Rosario renunció definitivamente a abandonar el pueblo e irse a Sevilla con su hijo Ramiro, para ocuparse de El Jaral y de Aurora. Y también de Tristán, aunque, para su frustración, sacara de él escaso partido. Emilia echaba también una mano, preocupada por su hermano, y pasaba por su casa tan a menudo como podía, llevándose con ella a María y desatendiendo la casa de comidas, que Alfonso sacaba adelante sin la ayuda de su mujer.

Muchos días, Tristán oía que Rosario lloraba, pero poco le importaban aquellos sollozos que pensaba que eran por él. No encontraba qué problema había en que él llevara la vida que quería llevar o en que buscara la muerte de la manera que más le conviniera. A veces, pensaba para sí, su familia sobreactuaba.

Por mucho que penara por Tristán, aquellas lágrimas de la buena de Rosario no eran exclusivamente por él. Lloraba por Mariana. Lloraba a su hija encarcelada, de la que no había sabido nada en meses. Tristán debería haber sido consciente de que ésta y no otra era la razón, pero en su nube ética a menudo perdía la noción del bien y del mal.

En un primer momento, Alfonso le había ocultado a su madre la noticia del encarcelamiento de su hermana. Por lo menos, hasta que supiera más al respecto y viese si se podía hacer algo para librarla del castigo. Supo que aquel tipo de crímenes se pagaba con la prisión en Melilla y, efectivamente, allí fue enviada Mariana. Cuando Alfonso averiguó su paradero, le escribió y esperó pacientemente una respuesta que, pese a todo, no llegaba.

Alfonso recurrió incluso a Hipólito Mirañar, por ver si las relaciones políticas que su puesto le proporcionaba en Madrid podían facilitar algo. Aunque Hipólito hubiera estado encantado de hacer algo por su adorada y bella Mariana, sus agarraderas políticas estaban lejos de ser lo suficientemente fuertes. Alfonso le pidió a Mirañar que mantuviera toda la discreción del mundo respecto a este tema y la obtuvo. Hipólito no era como su madre, Dolores. Pero mantener un secreto de tanta enjundia en un pueblo tan pequeño no es tarea fácil y Rosario acabó por enterarse del asunto de la forma más inusitada.

Aquella mañana sonó la escala del silbato del afilador y Rosario salió en su busca, pues necesitaba vaciar la herramienta de la cocina.

—¡Pepe! —le llamó desde la puerta de El Jaral.

El afilador salió del camino empujando su rueda cuesta abajo hacia Rosario.

—¡Buenas, rapaza! —dijo con su fuerte acento gallego.

—Tente aquí, que voy a buscar los cuchillos y las tijeras de cocina, que no cortan ni el agua.

El afilador aprestó su tarazana, humedeciéndola ligeramente, y se sentó a esperar en el banco de piedra de la puerta de la cocina. Llevaba, por su oficio, muchas leguas caminadas y no pocos años a sus espaldas, así que un momento de descanso era una bendición para sus piernas. Tenía las uñas de las manos ennegrecidas y comidas por la piedra y en su labio inferior una cicatriz corría paralela al mentón, bajo su labio inferior. Pepe contaba que se la había hecho afilando unas enormes tijeras de sastrero. Uno de los ojos de la herramienta se enganchó en la piedra y le saltó a la cara. Su labio casi quedó colgando, pero don Pablo, el médico de La Puebla, hizo un trabajo fino, como siempre le gustaba decir a Pepe. Desde entonces, agradecido, le hacía la

herramienta gratis.

Pepe era parlanchín. Cómo no iba a serlo un hombre que viajaba siempre solo de pueblo en pueblo; además, gustaba, como buen gallego, de contar historias, con esa habilidad que tienen los pueblos celtas para hacer épicos los hechos cotidianos. Tenía una *muller*, decía él en gallego, en su pueblo de Lugo, Candamil, pero apenas la veía. Lo justo para preñarla y volver a recorrer los caminos en busca del condumio para la prole.

—Tenga, Pepe. Con esto tiene para un buen rato. —Rosario salía de la cocina con la herramienta en la mano—. Ahora le traigo un vinito y unos trocitos de queso para hacer la tarea más liviana.

Rosario entró en la cocina y Pepe accionó con su pie derecho el pedal de la tarazana e hizo girar vivamente la piedra. Al poner el primer cuchillo para afilar, un chirrido se coló hasta la cocina. Las chispas saltaban de aquella hoja que rápidamente comenzó a perder la apariencia de una sierra mellada. Sus dedos quemaban por el calor del acero, pero Pepe, acostumbrado, lo aguantaba perfectamente. Rosario salió con un platillo y un vaso; los dejó sobre el poyo de piedra y se sentó a charlar con el afilador.

—Da gusto encontrarse con buena gente como usted, Rosario —decía mientras palpaba el chaflán con su dedo pulgar para comprobar cómo iba el filo. El chaflán era la firma por la que un afilador reconocía su trabajo. Aquél era delgado y perfectamente paralelo al filo del cuchillo. Era la firma de Pepe en la herramienta que había vaciado. Nadie podía engañarle diciéndole que una herramienta había pasado por su mano si no era verdad. En cuanto veía la forma en que estaba afilada, Pepe sabía si era cierto o no.

—Mucha gente buena hay por el mundo, Pepe. Afortunadamente.

—No tanta, Rosario. Hay mucha mala sangre. Se lo digo yo. Pero las cosas malas le pasan a la gente buena.

—A sufrir que hemos venido, dicen —suspiró Rosario.

—Mire que quería yo hablar con usted. Pero pasé por La Casona y no la hallé. Agustina me dijo que se había ido.

—¿Y para qué quería usted hablarme, Pepe? Ya sabe que siempre que lo necesito me tiene de clienta.

—¡Quia! De eso no. Quería hablarle para decirle que sentía lo de su hija —dijo mientras tomaba otro cuchillo tras dar por terminado el primero.

—Pepa no era hija mía, aunque la quisiera como a tal.

—Una lástima también lo de Pepa. Me gustaba encontrarla por los caminos cuando iba a atender algún parto. Pero yo hablo de Mariana.

—¿Mi Mariana? ¿Sentir? ¿El qué, Pepe? —Rosario comenzó a inquietarse y Pepe tragó saliva. Aquella mujer no sabía nada del destino de su hija.

—Nada, nada. Pudiera ser que estuviera errado.

—Pepe, no me deje así con este reconcome. ¿Qué sabe de mi hija?

El hombre dejó de accionar el pedal, consciente de que estaba ante una situación delicada. A medida que el afilador iba contando la desgracia de Mariana, Rosario iba perdiendo el color. Pepe la informó de que se lo había dicho el sargento Novo, con el que tenía buena relación, pues era de un pueblo cercano al suyo.

Emilia veía la escena de lejos. Rosario lloraba y el afilador estaba sentado a su lado. Aquella situación la extrañó y aceleró el paso todo lo que le permitía la carga de María y una cesta de provisiones del colmado.

—¿Tú también lo sabías? —preguntó Rosario a Emilia cuando esta hubo llegado a su altura.

Pero Emilia tampoco sabía nada. Dejó caer la cesta cuando Rosario comenzó a relatarle lo que había acontecido con Mariana, y las primeras naranjas de aquel otoño prematuramente frío rodaron por las baldosas de granito de la entrada. Pepe se levantó y le cedió el sitio al lado de Rosario. Emilia la abrazó fuerte mientras intentaba reprimir las lágrimas y mantenía a María, ajena a la tragedia de su familia, en su regazo.

—Vamos dentro, madre. Déjeme que le haga una tila —dijo por fin Emilia invitando a Rosario a levantarse.

—Vayan, vayan. Yo acabaré esta faena y dejo la herramienta en el poyete —dijo Pepe lleno de tribulaciones—. Madre mía, *filla*. ¿Por qué no me habré quedado calladito?

Le llevó un buen rato terminar y, cuando lo hubo hecho, dejó todo sobre el poyete y se marchó, en silencio. Hasta que se hubo alejado de El Jaral, no comenzó a tocar la escala con su silbato.

—¡El afiladoooooor! —comenzó a pregonar cuando ya se iba acercando al pueblo, anunciando a las mujeres su llegada.

A aquella hora del día, unos militares estaban bebiendo el vermú en una de las mesas. Y Martín pensó que debían de ser gente de bien. Como su padre. Así que, hartado de recibir empellones de todo el mundo, probó suerte con ellos. Estaba convencido de que lo ayudarían. Se acercó a un joven rubio con bigote y le tiró de la manga del uniforme.

—Señor, por favor. Necesito ayuda.

Sin mediar palabra, el joven sacó unas monedas de su bolsillo y se las tendió a Martín, que negó con la cabeza.

—No quiero dinero, señor.

—¿Qué quieres, pues, zagal? ¿Has perdido a tus padres?

—No. Bueno..., sí.

—¿En qué quedamos?

—Quiere un trago, capitán Cañellas —dijo entre risotadas otro de los soldados, visiblemente mayor—. ¿Verdad, chaval?

—Calla, Olea. Deja que hable. —Cañellas, a diferencia de los otros dos soldados, llevaba estrellas en la manga de su uniforme azul con puños rojos. Martín dedujo que debía de ser un oficial, a pesar de que era el más joven de los tres. Martín recordaba que el uniforme de su padre también tenía estrellas.

—Mi padre también es capitán, señor —dijo Martín con voz temblorosa—. Seguro que usted me ayuda a llegar a mi casa.

—¿Pero cuál es tu casa? ¡Rediez! —volvió a intervenir Olea. Martín solo miraba a Cañellas, que fulminó al patoso soldado con la mirada.

—Vivo en Puente Viejo. Mi padre es el capitán Tristán Ulloa Montenegro. Es capitán de caballería. Su caballo se llama Camilo. —La risotada de Olea interrumpió el discurso de Martín e hizo brotar también una carcajada de la boca de Cañellas.

—Olea, ¿quieres dejar hablar al chaval? ¡Vive Dios, qué mal beber tienes! —le reprendió su superior. A Olea no le sentó bien aquella llamada de atención, pero se calló—. Prosigue.

—Me he escapado de mi tía Calvario. Ella no quiere que vuelva a mi casa. Me quiere llevar a América. Y si me lleva a América, nunca veré a mis padres. —Al decir esta frase, a Martín se le saltaron las lágrimas, que conformaron un surco sobre su carita sucia.

—Mira, chaval. Vamos a hacer una cosa. Tienes cara de hambre —resolvió el capitán—. Voy a traerte algo de comer y vemos cómo podemos hacer. La perspectiva de llenar el estómago, vacío desde hacía varios días, hizo que Martín aceptara.

Desde que el rey había abandonado Valladolid, ya no era tan fácil encontrar comida en los albergues. Y Martín estaba sin un céntimo. Olvido lo había engañado. Cuando, al romper el alba, se despertó en aquel parque, se encontró solo. Ninguno de los pobres de la noche anterior estaba en los alrededores. Pero tampoco estaba su hatillo ni quedaba ni rastro de su dinero en el calcetín derecho. Durante días volvió al parque, con una levísima esperanza de encontrar a Olvido, pero lo más que recibió fue una patada de un mendigo desdentado cuando le preguntó por ella.

Olea miraba al niño, que esperaba inseguro.

—¿No quieres un traguito? Verás como entras en calor —le propuso socarrón—. Así comes con más apetito.

Martín se negaba y el militar volvía a insistir; tanta fue la insistencia que Martín reaccionó como cualquier animal acorralado. Tomó el vaso que le tendía Olea y, por toda respuesta, se lo arrojó, manchando su uniforme. El niño salió corriendo a toda la velocidad que le permitían sus debilitadas piernas, pero Olea era un hombre grande y de paso amplio, así que lo alcanzó rápidamente. Lo agarró de una oreja y solo dijo una cosa:

—Te vas a enterar, renacuajo.

Y sin soltarlo, lo llevó por la calle abajo hasta el cuartelillo de la Guardia Civil. Cuando estaba contando toda una sarta de mentiras sobre lo que había hecho Martín, al que pintaba como un raterillo que había intentado robarle, apareció el capitán Cañellas.

—Eso no es así, cabo.

Olea cesó de hablar. El guardia civil se cuadró ante un mando superior y escuchó al capitán, que le contó lo que sabía de Martín y le rogó que se hiciera cargo del chico.

—Seguramente, alguien habrá denunciado su desaparición —dijo el capitán.

—Aquí lo custodiaremos y procuraremos que sus familiares lo recojan —aseveró el guardia civil.

—Buen día, pues. —El capitán miró a Martín por última vez—. Buena suerte, chaval.

—Adiós y gracias, capitán.

Ambos militares salieron. Olea sin despedirse, avergonzado.

«¿Así de fácil?», pensó Martín. Solo tenía que ir al cuartel de la Guardia Civil y decir que se había perdido. Eso era todo. El cabo le dijo que se podía quedar allí hasta que buscara el registro de desaparecidos, pero que tendría que dormir en una celda. A Martín no le importaba pagar ese precio si aquello lo devolvía con su familia. Pasó

todo el día en aquel calabozo. Pero no fue ni mucho menos una pesadilla. El guardia civil le dio de comer y, cuando llegó la noche, al cambiar el turno, le explicó al compañero las condiciones del niño.

Por primera vez en muchos días, Martín dormía bajo techo y a salvo. Esta vez, a salvo de verdad. En una celda, es cierto, pero sin cerrojos.

El ruido de la cancela lo despertó.

—Martín. Han venido a buscarte. Levanta.

Martín esperaba ver la cara de su padre y, durante un segundo, lo invadió la felicidad mientras se imaginaba que lo abrazaba. Pero cuando se giró, lo que encontró no era lo que esperaba. Su tía Calvario estaba de pie tras las rejas y le sonreía con aquella sonrisa tan beatífica y tan suya. Llevaba su hábito completo de monja. Martín miró al guardia civil.

—¡No! Con ella no. Por favor —suplicó.

—¿No le dije que diría eso? No quiere comprender que soy su única familia. Ya le advertí. Me roba, se escapa y miente.

En efecto, Calvario llevaba un buen rato en el cuartelillo contando su versión de la historia. La del niño rebelde sin familia que se negaba a reconocer que ella era todo lo que le quedaba en el mundo. Lo llevaba a América para hacer de él un hombre de bien, ya que allí, dijo, tenía familia que podría ayudarla con la educación del niño.

—Martín, has de ir con tu tía. Aquí no puedes estar.

—Pues prefiero estar por las calles a estar con ella.

—Martín, escucha —dijo el cabo flexionando las rodillas para estar a su altura—, si alguno de mis compañeros o yo te encontramos por las calles de Valladolid, no tendremos más remedio que enviarte al orfanato. Una tía es mejor que eso. Hazme caso.

—¡Pero yo tengo a mis padres! —protestó el chico—. No soy un niño huérfano.

—¡Qué manía! ¡Deja de mentir, Martín! ¿Es que nunca vas a parar? —Olvido se dirigió al cabo—. Ahora me entiende usted, ¿verdad?

—Sin duda, hermana. Tiene usted una papeleta que no le deseo a nadie.

Martín se dio cuenta de que estaba todo perdido. Era o su tía Calvario o la inclusa. Y si ya había escapado de su tía en otra ocasión, bien podría volver a hacerlo. Era solo cuestión de pillarla en otro descuido. Eso sí, antes de llegar a embarcar en La Coruña. Si no lo había conseguido antes de ese momento, su vida continuaría con un océano entre él y Puente Viejo.

Empezó otro peregrinar de caminos agotadores, de noches en ruinas abandonadas, pero esta vez todo fue mucho más duro. El invierno iba acercándose, las noches eran frías y Calvario no iba a dejarse burlar tan fácilmente. El primer castigo fue poner un cilicio alrededor del muslo del niño, que lo obligaba a ceñirse aún más por las noches. Y además, para evitar cualquier nuevo intento de fuga, Martín dormía esposado a su

tía Calvario. Así las cosas, sus posibilidades de escapar eran inexistentes. Y Martín lloraba cada noche, sin recibir ni el más mínimo consuelo de su tía.

Se había quedado sin razones para salir de La Casona. O más bien tenía muchas para no abandonar la protección de aquellos muros. Cumplía con sus obligaciones religiosas. Iba a misa debidamente todos los domingos y se confesaba con el padre Anselmo, al que hacía acudir a su despacho. La Casona no tenía capilla; de haberla tenido, Francisca Montenegro habría hecho su propia misa. Habían pasado cuatro años desde la muerte de Pepa y aquel vapuleo de los primeros días que parecía haber detenido la vida de Puente Viejo ya se estaba prolongando demasiado.

No acudía al pueblo porque tenía esa sensación incómoda de que se la acusaba de algo. Tampoco acudía a El Jaral porque no era bien recibida por su hijo Tristán, inmerso como seguía en su dolor. Y, por otra parte, su nieta Aurora no conseguía interesarla. La veía cuando no tenía más remedio. Y es que a veces, Emilia, que había adquirido con la Doña el compromiso de llevarle a María de vez en cuando, acudía con las dos niñas. La crianza de Aurora, con un padre que no se había preocupado por ella desde que nació, se repartía entre Rosario y Emilia. Así que Aurora y María pasaban casi todo su tiempo juntas. Ahora que las dos primas caminaban, tenerlas juntas era lo más cómodo, con diferencia, para quien las cuidara.

En los últimos meses, Emilia había ido espaciando sus visitas a La Casona porque realmente empezaba a faltarle tiempo para todo lo que no fuera cuidar de su hermano y de su hija y arrancar el nuevo enfoque que, con su marido Alfonso, estaba dando a la casa de comidas para convertirla en una posada que hospedara viajeros.

Cualquier extraño que hubiera llegado de nuevas a Puente Viejo habría diagnosticado que los hombres se habían quedado anclados cuatro años atrás y que las mujeres eran las únicas capaces de sobreponerse al inmovilismo. Porque si Tristán seguía con su agotadora melancolía, Raimundo, puede que lastrado por su incapacidad para conseguir que su hijo recuperara las ganas de vivir, estaba entrando en una gris espiral de tristeza.

Como era hombre amigo de reflexionar sobre esas cuestiones trascendentes del origen y la razón de la existencia humana, meditaba a menudo sobre lo que había sido su vida y charlaba con don Anselmo, que, ayudado por su fe, aceptaba las desgracias como parte de una prueba para ganar el cielo. Para Raimundo, en cambio, todo aquello que estaba sucediendo no era más que otra prueba de la injusticia del mundo, sobre todo con los necesitados. Pero, poco a poco, aquellas charlas filosóficas o

políticas con don Anselmo fueron espaciándose hasta que terminaron por desaparecer.

Al tiempo que perdía esa inquietud intelectual, Raimundo también perdía la ilusión por jugar con sus nietas. María era, al fin y al cabo, una mujer de Puente Viejo en miniatura. Ajena a las cuitas de su familia, crecía en un entorno que le permitía ser una niña feliz. Y su prima Aurora, aún demasiado pequeña para entender que su padre y su abuela no le daban todo el amor que le debían, corría detrás de su prima como los polluelos detrás de las gallinas. Llamaba *abuela* a Rosario, pues ésta era, verdaderamente, la que adoptaba este papel en mayor medida.

A veces Raimundo revivía su infancia, tomaba a las niñas de la mano y se las llevaba a pasear por los campos. Disfrutaba enseñando a su nieta a hacer las cosas que a él mismo le gustaban cuando apenas levantaba un palmo del suelo. Recordaba las tardes de caza de gusarapos, con su gran amigo Miguel, el difunto hermano de Francisca. También se le venía a la mente la imagen de esta palmoteando, rodeada de libélulas, cuando todas aquellas vainas reventaron para dar salida a la vida. Les enseñaba a las niñas el nogal al que solían encaramarse para otear el horizonte y que constituía su refugio en los momentos de tristeza. Su copa ya era inaccesible tras todos aquellos años y lo único que podía subir hasta aquella altura era el recuerdo de la primera vez que abrazó a Francisca para consolarla de la muerte de su hermano Miguel. Aquellas ramas conocían muchos secretos, habían sido testigos de muchas alegrías y también de las tristezas más amargas.

Aquella primavera de 1908, María había descubierto la diversión de coger amapolas. Los campos y los bordes de los caminos estaban cubiertos de un brillante manto rojo y la niña arrancaba tantas amapolas como podía y se las llevaba a su madre, que las ponía en un jarrón de cristal tallado en un lugar principal del mostrador de la posada, consciente de lo efímero de aquellas flores. Cuando, a los pocos minutos de cortarlas, María veía que las cabezas rojas colgaban, fenecidas, por los bordes del jarrón, se enfadaba y volvía a escaparse al camino para cortar algunas más, que tenían el mismo final ineludible.

Emilia amaba a su hija, pero en aquel momento de su vida tenía tantos frentes de los que ocuparse que María, en ciertas ocasiones, tenía que pasar a un segundo plano. Y cuando vio la cara de decepción de su hija por las flores muertas, le propuso una cosa.

—Verás, María. Vas a ir a buscar al abuelo y le dices que te enseñe a coger amapolas para que no se estropeen tan pronto. —Con aquella propuesta, mataba dos pájaros de un tiro. Tenía a la niña cuidada y obligaba a su padre a salir de la apatía en la que últimamente notaba que había caído.

—¿Él sabe?

—Claro que sabe.

María hizo caso de su madre y fue corriendo a su casa. Raimundo aceptó la propuesta de su nieta con la condición que puso la niña, a saber, que fuera con ellos también la prima Aurora. Antes de salir, Raimundo tomó el candil con una vela que había encima de la chimenea.

—Abuelo, ¡que es de día! —dijo María riéndose de la ocurrencia de su abuelo de ir a esas horas con un candil.

—¿Tú no quieres que te enseñe a coger amapolas? ¿En qué quedamos?

—Sí, pero ahora. No por la noche —volvió a reír María.

—Tú confía en tu abuelo.

A pesar de los pesares, Raimundo aún podía hacer el esfuerzo de poner algo de misterio en algo tan simple como cortar amapolas, hasta el punto de convertirlo en toda una aventura. Puede también que su nieta María fuera la única capaz de despertar ese sentimiento en él. Así que ambos recogieron a Aurora en El Jaral y fueron caminando por los campos, portando una lámpara con una vela encendida, a esas horas en que los rayos de sol caen tan verticalmente que ningún objeto puede proyectar la más mínima sombra.

El misterio de la longevidad de las amapolas consistía en algo tan simple como poner un botón de cera derretida en el borde del tallo cortado. Parecía que la vida de la flor se escapara por ese corte y que la cera consiguiera evitar que se marchitara.

—¡Vamos a coger muchas! —decía María entusiasmada—. Le llevamos a la abuela Rosario y a mamá y a doña Francisca.

Raimundo aprobaba que su hija Emilia o Rosario sacaran partido del secreto de las amapolas. Lo de la Montenegro ya le hacía menos gracia. Era consciente de que se había desarrollado un vínculo extraño entre su nieta y la Doña, alimentado por las frecuentes visitas que Emilia hacía con María a La Casona. Para una Francisca Montenegro que había optado por permanecer casi encerrada, María era de las pocas alegrías que había. Y el amor que sentía por la niña desde muy pequeña no había ido sino aumentando con los años.

De bebé, María era una niña graciosa y, ahora, con cinco años era pizpireta, alta para su edad y muy bonita. Y sí, quería a doña Francisca. Con ese amor inocente que tiene un niño incapaz de discernir, por su corta edad, los oscuros vericuetos de la maldad que habita en un corazón adulto. Y Raimundo respetaba esa relación para no hacer infeliz a María. Y porque, mirado el asunto desde un punto de vista práctico, tener de cara a la Montenegro era sin duda mucho más conveniente para la niña y para todos.

Dejaron a Aurora en El Jaral, pues llegaba la hora de comer, y de vuelta al pueblo pararon en La Casona para que María le entregara a la Doña su cosecha. Todas las fiestas eran pocas para el regalo de María y toda ocasión para arremeter contra Raimundo era sistemáticamente aprovechada por la Doña. Así como Raimundo

conservaba la compostura cuando estaba delante su nieta, Francisca no sentía ningún pudor en decir lo que pensaba, siempre que pudiera fastidiar a su antiguo amor.

María dio cumplida explicación del secreto de la longevidad de las amapolas atribuyendo, orgullosa, el mérito a su abuelo.

—Sí, cariño. Tu abuelo sabe mucho de cosas sin importancia —dijo la Doña con ternura hacia la niña y veneno hacia Raimundo.

—Sí que tiene importancia. Si no las amapolas se mueren muy deprisa —defendió María a su abuelo.

—No sé adónde quieres ir a parar, Francisca, pero no es el momento —intervino Raimundo, consciente de que, dijera lo que dijera María con todo su candor, Francisca lo emplearía contra él. A algún sitio quería ir a parar. La conocía de sobra. Y sabía que no iba a arredrarse, así que prefirió ahorrarle la escena a la niña—. María, si no ponemos las amapolas en agua, se van a mustiar. Ve a la cocina y dile a Agustina que las ponga en agua. ¡Corre!

—Muy protector —dijo Francisca con sorna.

—Alguien tiene que serlo.

—Y con alguien tenías que serlo, ya que con tu hijo eres incapaz.

—Bueno, ya llegamos adonde había que llegar. —Raimundo no tenía intención de provocar una pelea, pero, ahora que María no estaba, desde luego que no iba a eludirla. Se reclinó en la butaca y esperó el próximo ataque.

—No, Raimundo. Hemos arrancado. Llegaremos cuando yo diga.

—Pues diga usted, doña Francisca.

—¿Cómo consientes que tu hijo esté en el estado en que está sin hacer absolutamente nada por evitarlo?

—Creo que también es hijo tuyo, Francisca. ¿Acaso has hecho tú algo?

—Ya estamos eludiendo las dificultades. Como siempre.

—No. Solo haciendo un justo reparto de las responsabilidades.

—Sabes que no consiente en verme.

—Sus razones tendrá.

—Su cabezonería. Nada más. Pero a ti sí te ve.

—Poco. Y me escucha aún menos. ¿Acaso crees que no llevo cuatro años intentando hacerle entrar en razón?

—Pues, desde luego, eres el más indicado para convencerlo. Al fin y al cabo, de ti ha aprendido a diluir los problemas en licor.

Unos años atrás, aquella afirmación, desgraciadamente cierta, hubiera herido a Raimundo, pero después de tantos ataques de Francisca había desarrollado una especie de inmunidad. O al menos eso creía él.

—No me enorgullezco de esa parte de mi vida, pero no voy a ponerme a los pies de los caballos contigo, Francisca Montenegro.

—Asumes, pues, tu culpa en el estado de Tristán.

—Asumo que, desgraciadamente, no he sido capaz de sacarle del agujero en el que le ha sumido la muerte de Pepa. Pero tú tampoco.

—Te repito que a mí no me quiere escuchar.

—Y yo te repito que a mí no me hace caso. ¿Qué quieres?, ¿que me inmole delante de él?

—A veces tienes ideas brillantes, Raimundo. He de reconocerlo. Y ésa ha sido una de ellas. La vida sería mucho más agradable si hicieras ese sacrificio.

—Vete al infierno —replicó Raimundo aunque sin elevar la voz.

—Insulta quien no tiene argumentos.

—Los argumentos sirven con las personas que tienen conciencia —espetó él levantándose de la butaca—. Hasta aquí ha llegado esta conversación.

—He dicho que acabaría cuando yo dijera —respondió Francisca irritada.

—Perfecto. Puedes seguir hablando todo el tiempo que desees —dijo Raimundo tomando su sombrero—. Sola, por supuesto.

Y se dirigió a la cocina para buscar a María y volver a casa. Caminaron a buen paso, en parte para llegar a la hora del almuerzo, que ya estaba cercana, y en parte porque para Raimundo era la forma de liberar la tensión que acumulaba cada vez que veía a Francisca. La irritación, la furia. Francisca era de todo punto incapaz de ver el mundo desde un prisma que no fuera el suyo. Jamás se pondría en la piel de otra persona para comprenderla o compadecerla.

Pero aquella vez había herido a Raimundo porque él mismo se reprochaba su incapacidad para ayudar a su hijo. Y aquello lo torturaba. La melancolía de Tristán era un agujero negro que se estaba tragando las fuerzas de vivir de todos los que lo rodeaban. El duelo por la muerte de un ser querido es algo que hay que pasar, sin duda, pero cuatro años de duelo son demasiados.

Cuando María y su abuelo llegaron a casa, Emilia aún no había llegado. Raimundo comenzó a sentir que, en torno a él, todo daba vueltas. Fue a buscar una silla para sentarse hasta que se pasara el mareo, pero no le dio tiempo. En cuanto dio el primer paso, cayó al suelo con un golpe seco. María, asustada, fue hacia el cuerpo de su abuelo y lo sacudió llamándole, pero Raimundo seguía inerte.

María echó a correr tan rápido como pudo y fue a la posada a buscar a su madre. Emilia y Alfonso llegaron a la casa y, tras llevar a Raimundo a su cama, mandaron a buscar al doctor de La Puebla, don Pablo. Éste, tras examinar al enfermo, no dio un diagnóstico inquietante.

—No es más que una subida de tensión —dijo con seguridad—. No es nada grave si no se repite. Que pase unos días descansando y comiendo bien y nada ha de sucederle.

Emilia acompañó al doctor a la puerta y salió con él. No quería que Raimundo

escuchara lo que iba a preguntarle.

—Doctor, tengo que decirle que no estoy del todo tranquila respecto a mi padre —susurró Emilia.

—Debes estarlo, Emilia. No es nada. Créeme.

—Pero, doctor, últimamente lo encuentro muy alicaído. Antes disfrutaba de la compañía de María, en cambio, ahora casi tengo que engañarlo para que la cuide, por no hablar de que ha perdido sus ganas de discutir con don Anselmo. Y ya sabe usted cómo les gustaba una buena charla.

—Sé de qué me hablas, Emilia —dijo el doctor en tono confidencial—. A veces el cuerpo nos avisa de cuándo algo falla en el alma. Y si he de dar un diagnóstico, creo que ése es el caso de tu padre.

—Explíquese, doctor.

—Las preocupaciones sin duda lo están mermando y no descarto que hoy en concreto haya tenido algún episodio que lo haya afectado especialmente. Pero, en mi opinión, esto ha sido una advertencia sobre un estado más general.

Emilia miró al suelo preocupada. Y el doctor prosiguió:

—No soy ajeno al estado de Tristán y sin duda a tu padre le está afectando no poder sacar a tu hermano del pozo.

—A todos, doctor. Pero es cierto que a mi padre en especial.

—Es la edad, Emilia. Los años no pasan en balde. Y mucho me temo que tu padre ha perdido ilusiones por el camino.

—¿Qué se puede hacer entonces?

—Pues o es capaz de forjarse ilusiones por algo nuevo o su cuerpo, que ahora está fuerte como un roble, acabará por resentirse. Confiemos en su fuerza de espíritu, Emilia.

El de Ulloa pasó varios días alicaído. Y Emilia andaba asustada y desbordada. La única vez que había visto a su padre en cama, la enfermedad había sido tan seria que hubo que operarle a vida o muerte. Fue aquel coágulo en su cerebro que, gracias a la ayuda nunca revelada de Francisca Montenegro, pudo ser operado con la celeridad precisa para salvar la vida al paciente. Pero que Raimundo, sin ningún mal físico aparente, estuviera postrado en el lecho era extraño y preocupante. Emilia se preguntaba si la compañía de María y de Aurora podría ser beneficiosa para él, pero, aunque las niñas pasaran a menudo las tardes en casa con su abuelo, no conseguían animarlo. Pidió ayuda a Tristán, pero éste, sumido en sus propios padecimientos y en sus vapores etílicos, no prestó ni la más mínima atención al estado de su padre. Emilia sentía que su mundo se estaba derrumbando y que ya eran demasiados los platillos con los que tenía que hacer malabarismos. Su padre y su hermano no eran su única preocupación, Alfonso y Rosario también andaban entristecidos con la suerte de Mariana, a la que escribían constantes misivas que nunca obtenían respuesta

alguna. Emilia era fuerte, pero no indestructible y sentía que no iba a poder aguantar mucho más aquella sensación de que su mundo se estaba desmoronando. Se encontraba sola sin nadie a quien contarle sus cuitas. Pepa habría sido un hombro firme sobre el que descansar, pero ella ya no estaba. La única vía de escape que encontró fue la de escribir a su hermano Sebastián.

Proscrito en España, Sebastián había huido a América y había conseguido hacer una fortuna con el negocio del caucho. Emilia siempre había querido a su hermano, pero aquel amor fraternal se volvió aún más fuerte cuando él y su padre la animaron a seguir adelante con su embarazo a pesar de las convenciones sociales. Y gracias a aquel apoyo, se casó con Alfonso, que estuvo dispuesto a aceptar a Emilia, incluso aunque portara el hijo de otro hombre.

Los ancianos dicen que cuando Dios cierra una puerta, abre una ventana y por aquella ventana que Dios efectivamente abrió, entró una carta de América. Sebastián, preocupado por las noticias que había recibido de Emilia sobre la salud de su padre, hacía una propuesta que podría revivir la llama de la ilusión en Raimundo. Lo reclamaba a su lado. Necesitaba su ayuda con los negocios y no podía confiar en nadie mejor que en su propio padre.

Lo que se organizó para decidir si Raimundo debía o no viajar allende el océano fue prácticamente un concilio familiar. El propio Raimundo se mostraba dispuesto a emprender la aventura, pues era cierto que había recuperado algunas fuerzas ante la expectativa de aquel viaje, de reencontrarse con su hijo, de dejar de vivir, en fin, una vida sesgada. Pero no sabía si debía abandonar a Tristán a su suerte y brindarle más argumentos a Francisca para arremeter contra él.

Decidió dar una última oportunidad a Tristán. El ultimátum era claro. O dejaba el alcohol e intentaba vivir una vida digna, recuperado y en la que se ocupase de su hija y de su hacienda, o Raimundo se marcharía a América. Si iba a luchar, Raimundo sería su báculo, si no, él tenía que vivir los años que le quedaran lo mejor posible.

—Cuatro años de duelo son suficientes, hijo —le dijo Raimundo a Tristán.

—¿Dónde está escrito lo que ha de durar el dolor de una pérdida, padre?

—Es ley de vida. No hay cuerpo que aguante el dolor constante durante mucho tiempo.

—¿Sabe cuál es la diferencia entre usted y yo, padre? Usted necesita ser feliz para vivir. Yo no. Yo solo necesitaba a Pepa —contestó el hijo llenando su enésima copa.

—Si te veo como te veo, no podré ser feliz.

—Váyase, pues. Así no me verá.

—No te importa nada la gente que te quiere, Tristán. No te reconozco.

—Solo me importa que soy tan cobarde que no me atrevo a acabar con mi vida y reunirme así con Pepa —repuso Tristán dando otro trago.

—Hay muchas formas de acabar con la propia vida. Tú has elegido la tuya —

señaló Raimundo con un gesto de su cabeza a la copa ya vacía—. Lenta, pero inexorable.

Raimundo sabía que había utilizado los mismos argumentos durante años con el mismo resultado. Pero esperaba que este argumento nuevo de su partida tuviese una contundencia de la que los otros carecían. Estaba equivocado. Tristán era de pedernal ante cualquiera que intentara hacerle entrar en razón mediante la empatía.

Pese a todo, dejando al margen El Jaral y a Tristán con sus ganas de morir, Raimundo mantenía la duda de si debía partir o quedarse. Don Anselmo se la disipó cuando lo vio llegar a la posada cabizbajo.

—Amigo Raimundo —le dijo el cura—, a los ojos de Dios ya has hecho suficiente.

—Gracias, padre —contestó el amigo, demasiado compungido para entrar en diatribas religiosas.

—Creo que ha llegado el momento de que mires por ti mismo, Raimundo. Parece mentira que un cura incite al egoísmo, pero creo que, en este caso, es lo más sensato.

Mientras Raimundo tomaba la decisión de dejar el viejo mundo detrás de sí, Tristán, por enésima vez, rememoraba a Pepa. Encerrado en su despacho, abrió el cajón de su escritorio y sacó de él una caja grande. Estaba forrada con un bonito papel de flores. Dejó su copa de lado y abrió la tapa. Allí estaban las cosas que le recordaban un tiempo pasado, feliz, junto a ella. Había guardado aquellas cosas que encerraban una parte de la esencia de lo que había sido su atribulada y finalmente desgraciada historia de amor. Allí estaba el cuaderno de caligrafía con el que le había enseñado a escribir y la novela de *Pepita Jiménez* con la que le había enseñado a leer. Sonrió al recordar los titubeos de ella en cada palabra o en cada trazo de aquellas páginas. Y por un instante, aquel peso que sentía sobre el pecho desde el día de su muerte desapareció. Solo fue un momento de calma.

Aurora entró correteando para decirle que la cena estaba lista. Al pasar cerca de la mesa, golpeó con su ímpetu la caja, que cayó al suelo. No fue nada grave. Nada que no fuera normal en una niña de cuatro años que reclama a un padre al que tiene menos de lo que necesita. Pero la reacción de Tristán fue desmedida, cruel. Vapuleó a Aurora, preguntándole sin parar «¿Qué has hecho? ¿Qué has hecho?», como quien reprende a un cachorro al que se intenta enseñar que no mordisquee las cortinas. Tan fuerte la agarraba de los brazos que Aurora, asustada, comenzó a llorar. Cuando Rosario, alertada por las voces de Tristán y los llantos de Aurora, acudió al despacho, aun desconociendo el origen de la crisis, se asustó ante la cara desencajada de Tristán, el cual reprendía a su hija, que lo miraba, sin decir una sola palabra, con los ojos anegados en lágrimas.

—¡Señor! ¡Por Dios! —suplicó Rosario.

Tristán salió entonces como de un sueño. Se detuvo y soltó a su hija, que corrió a

refugiarse entre las faldas de Rosario llorando.

—Ven, cariño. Te seco esas lágrimas y te doy una cosa que he traído para ti. ¿La quieres?

—¿Qué cosa? —consiguió decir Aurora entre dos pucheros.

—Un pirulí de La Habana que te he comprado en el colmado.

La niña tomó la mano de Rosario y tiró de ella hacia la puerta del despacho. De refilón vio como Tristán se agachaba a recoger la caja del suelo y colocaba las cosas en su interior. Y Rosario entendió lo que había pasado. Pero no podía justificar aquella violencia. Y tampoco pudo evitar echar una mirada de reprobación a su amo.

Tristán se dio cuenta de que su reacción había sido desmedida y, en ese mismo momento, tomó una decisión que marcaría la vida de su hija.

13

(1908)

Apenas eran las cinco de la tarde y ya había empezado a anochecer. En este caso, lo extraño no era lo temprano de la hora. En Puente Viejo había visto anochecer alrededor de esa hora en los inviernos duros y nevados de la comarca. Pero él estaba acostumbrado a que el sol fuera ocultándose lentamente tras las montañas y prolongando las sombras. Allí todo era de repente. Empezó a anochecer y al cabo de quince minutos ya era noche cerrada.

Además, se desencadenó uno de esos aguaceros que caen como cataratas sobre esa misma tierra que un sol vertical ha estado abrasando durante todo el día. A menudo es una lluvia tan densa que cuesta discernir con claridad a quién pertenecen las figuras que se encuentran a más de tres palmos de uno mismo.

Así era la selva colombiana. Así era la misión de La Guajira. Había cambiado las tierras duras donde el cereal crecía gracias a la constancia y al esfuerzo humano por aquellas tierras fértiles donde cualquier semilla brotaba con facilidad y crecía de forma salvaje sin necesidad de que los hombres les proporcionasen cuidados.

Había cambiado también su nombre. Ya no era Martín, el renacuajo de seis años al que su tía Calvario había arrastrado por los caminos, alejándolo de los suyos. Ahora era Gonzalo y estudiaba en el seminario de la misión de La Guajira, en la selva de Colombia. Se había convertido, a sus once años recién cumplidos, en un niño delgado y alto para su edad. Sobre su rostro, algunos rasgos estaban perdiendo la redondez de la infancia, y se cincelaban unas facciones que anunciaban la inminencia de un adolescente apuesto.

Calvario no quería dejar rastro sobre su destino, ni dar en su nuevo hogar demasiadas pistas sobre el pasado. Así que tan pronto como subieron al vapor de la Transatlántica en el puerto de La Coruña y la proa comenzó a cortar las olas rumbo a Sudamérica, le impuso a Martín un nuevo nombre: Gonzalo. Pero lo disfrazó como que aquel cambio de identidad era, en realidad, ventajoso para él. Le contó que la Guardia Civil le perseguiría por haberse escapado y por haberle robado su dinero. Y Martín, con un miedo cerval a perder su libertad, había aceptado, sin percatarse de que eso borraba aún más las posibilidades —si es que quedaba alguna— de que su familia diera con él. Un nuevo mundo, un nuevo nombre, una nueva vida. Eso era lo

que había obtenido Gonzalo al pisar tierras colombianas.

La Guajira era una misión de reciente creación. Llegar hasta allí fue toda una aventura que los hizo atravesar caminos selváticos y navegar en canoa ríos tan anchos que a menudo no se veían sus orillas. No fue suficiente padecimiento la travesía del Atlántico, en la tercera clase de un buque que los dejó en Río de Janeiro tras varias semanas de una navegación insoportable. La tercera clase de los viajes transoceánicos viajaba amontonada en camarotes comunes, con escasas condiciones higiénicas y una ventilación casi inexistente, donde el aire se hacía irrespirable. En tantas semanas de travesía siempre alguna tormenta alteraba los estómagos casi vacíos de aquellos pasajeros hacinados, y los humores que expulsaban de sus cuerpos tornaban el aire casi venenoso.

Por si todo aquello fuera poco, Calvario no relajó la vigilancia ni las torturas que infligía a Gonzalo. Estaba dispuesta a aprovechar aquel tiempo, en un espacio donde el niño no podía escapar, para entregarlo a la misión lo más domado posible. Así que, sin ninguna razón, mantuvo el castigo del cilicio en el muslo de su sobrino durante todas las noches que duró la travesía. Y como desconfiaba de él de forma absurda, lo esposaba a los barrotes de la litera con los grilletes que había comenzado a ponerle tras haberlo encontrado en Valladolid. La mayor distracción que le permitía era subir a la cubierta para ver a los pasajeros de primera clase pasearse por el barco del mismo modo que aquellos señores empingorotados que lo habían despreciado en el paseo de Alfonso XIII. Pero al menos podía respirar aire puro.

La primera vez que Martín vio el océano le pareció excitante, con aquella habilidad que tienen los niños para poner alegría en las cosas más pequeñas de una vida aciaga. Pero después de varios días, aquel azul inmenso dejó de llamarle la atención. Calvario lo mantenía vigilado y aislado en la medida de lo posible. No le dejaba entablar conversación con nadie, por miedo a que revelara su verdadera identidad y encontrara un medio para escapar. Claro que Gonzalo buscó medios para escapar, pero realmente nada podía hacer en aquel mundo flotante tan grande y tan reducido a la vez.

Cuando llegaron a Río de Janeiro, Calvario tomó las esposas y ató a su sobrino a su muñeca. Y así hicieron el viaje, siempre que fue posible. Al cabo de un tiempo, Gonzalo comenzó a hacer caso omiso de su cautiverio y prefirió observar todo aquel nuevo mundo que se abría ante sus ojos. Tenía un recuerdo especialmente agradable de su llegada a La Guajira. Tras atravesar ríos, navegando en canoas, Gonzalo y Calvario pusieron el pie en territorio de la misión. La noche caía de esa forma repentina a la que Gonzalo ya se había acostumbrado y, caminando por una estrecha vereda, ganada a la selva a golpe de machete, Gonzalo miró a un lado del camino y vio el suelo sembrado de pequeñas lucecitas. Las había a cientos y palpitaban sobre la hierba húmeda. Eran luciérnagas. Puente Viejo también las tenía, pero encontrarlas

era difícil. En cambio, allí había tantas que alfombraban el camino, restando oscuridad a la repentina noche.

El edificio más importante de la misión era la iglesia y a ella se encaminaron cuando llegaron. Calvario se arrodilló a rezar y musitaba las gracias al Señor por haberlos llevado sanos y salvos hasta su destino. También obligó a Martín a que hiciera lo mismo. Luego fueron al edificio anexo, donde la mujer preguntó por el padre Celso. Aquel edificio y la iglesia eran los únicos que estaban contruidos de ladrillo. Otros del mismo material estaban en construcción, pero el resto de las edificaciones eran de madera y caña, con las paredes hechas de guano. En aquella misión había aún mucho por hacer, sin duda.

Don Celso era un hombre enjuto, que rondaba la cuarentena, de nariz aguileña y mirada de un gris metálico. Su boca era fina y sonreía de manera sincera. No era desagradable físicamente y a Gonzalo le pareció que podía confiar en él.

Don Celso hizo que tomaran asiento frente a su mesa, un sólido mueble de caoba tallada, que destacaba por su belleza en un entorno austero que tenía una cruz por único adorno. Mientras Calvario explicaba la historia de su sobrino y lo presentaba como un desgraciado niño huérfano al que su familia había abandonado para dejarlo en sus manos, el padre Celso miraba a Gonzalo sonriendo. La intención de Calvario era dejarlo allí, al cuidado de los padres de la misión, para que recibiera una formación católica y abrazara después el sacerdocio.

Aquello del sacerdocio era nuevo para Martín y dio un respingo en su silla cuando su tía lo dijo.

—¡Pero yo no quiero ser cura! —protestó.

—No me ha dado tiempo de decirle, padre, que Gonzalo es un niño rebelde —dijo la tía mirando con cara de reproche a su sobrino—. Como bien puede usted observar.

—Pocos niños conozco que a esa edad tengan una vocación por el sacerdocio —replicó el padre mirando a Gonzalo con complicidad—. En cambio, niños rebeldes conozco más de los que puedo contar.

Definitivamente, a Gonzalo aquel sacerdote le caía bien, así que le devolvió la sonrisa.

—¿No es acaso éste el lugar para despertar su vocación, padre? —preguntó Calvario.

—Lo es, sin duda. Pero esa llamada le vendrá a Gonzalo con los años, si el Señor así lo decide. Nosotros lo único que podemos hacer es facilitar el camino para que, si es designio divino, se convierta en un digno servidor de la fe.

—¿No tengo que ser cura?

—Solo si tú lo quieres, Gonzalo. El Señor no quiere servidores sin vocación.

—Es el mejor camino para ti, Gonzalo —le dijo su tía Calvario.

—Lo primero que haremos con Gonzalo, hermana, será acomodarlo en una litera junto con sus compañeros. Hay niños más o menos de tu edad, ¿sabes? —dijo a Gonzalo mientras continuaba sonriendo—. Aquí tendrás amigos y aprenderás cosas. Muchas cosas. Nosotros nos ocuparemos de él, hermana. Puede ir tranquila.

—¿Tú no te vas a quedar aquí? —preguntó Martín, al que aquella conversación lo llevaba de sorpresa en sorpresa.

—No, pequeño. Yo tengo un lugar en el convento de Santa Clara, en Cartagena de Indias. Si el padre te acepta, me iré hoy mismo. —Calvario sacó un sobre de su zurrón y lo tendió al padre Celso—. Confío, padre, en que esto sea suficiente para proporcionar a la misión medios para la educación de mi sobrino. Y alguna cosa más para el bien común.

Don Celso abrió el abultado sobre y pasó unos instantes contando la cantidad que contenía. Lo dejó de lado y aseguró:

—Cuidaremos bien de Gonzalo. Pierda cuidado. Y lo que el Señor designe así se hará.

Calvario se levantó y dio a su sobrino un beso en la frente. Ésa fue toda su despedida. Gonzalo permaneció sentado en la silla, viéndola marchar, con una mezcla de alivio y preocupación. El padre Celso parecía buena persona. También lo había sido el padre Crispulo, pero había encontrado tanta gente en los últimos tiempos que no era lo que aparentaba ser que Gonzalo no las tenía todas consigo.

Cuando hubo despedido a Calvario, el padre Celso regresó junto a Gonzalo. Ocupó la silla que había dejado su tía y le contó con palabras perfectamente inteligibles para un niño de su edad que su obligación a partir de ahora sería estudiar, obedecer y rezar. El sacerdote se dio cuenta de que había un bulto en el muslo del niño y, señalando el cilicio, le dijo:

—Eso te lo puedes quitar. Eres aún muy pequeño para llevarlo. Dudo mucho que tus pecados merezcan esa penitencia.

Gonzalo sonrió aliviado y feliz. Era, después de muchos meses, el primer momento de alegría que aquel pequeño tenía. El padre Rafael fue quien lo acompañó al dormitorio. Era un espacio alargado, con camas a ambos lados. Algunas de ellas estaban hechas, otras tenían los colchones enrollados, como esperando a que alguien las ocupara para extenderse.

A Gonzalo le dieron ropas más acordes con la región en la que se encontraban. Eran más ligeras y de algodón, así que enseguida dejó de pasar calor con aquellos pantalones de franela que servían de mucho en España, pero que, en Colombia, no hacían sino entorpecer.

Y Gonzalo se adaptó a un lugar del que había desconfiado en un principio, pero que le proporcionaba una libertad que había desconocido desde que su tía Calvario lo separara de sus padres.

Ahora, cinco años después de aquella primera noche en La Guajira, Gonzalo se había aclimatado por completo a aquel mundo exuberante. Aceptaba sin problemas la disciplina de estudio y de horarios, demostrando que no es que fuera un niño rebelde. Simplemente, no se plegaba a decisiones injustas. Y así como su tía Calvario había sido pródiga en ellas, en La Guajira, hasta el momento, no había tenido que sufrir ninguna.

Pero las personas y las cosas cambian e, inexplicablemente, el padre Celso había cambiado. Y no lo había hecho para bien.

14
(1908)

María entró en el colmado, con el puño derecho cerrado con fuerza. Tiró del delantal de puntillas de Dolores.

—¡Hola, bonita! ¡Cuánto bueno por aquí! ¿Vienes a hacer un mandado de tu madre?

—No —replicó la niña refrendando su monosílabo con la cabeza—. Quiero caramelos.

—¿De violeta? ¿De los que te gustan?

—Pirulís de La Habana. ¿Cuántos puedo comprar con esto? —abrió el puño, que ocultaba varias monedas de cinco céntimos, y miró a Dolores.

—¡Huy! Con eso puedes comprar diez pirulís.

—¿Solo?

—¿Solo? No puedes comer tantos caramelos de una sentada, María. Hoy te doy uno y guardas el resto de las monedas y mañana vienes por otro.

—No, no. Son para Aurora. Para que se los lleve a Suiza.

—¿A Suiza? ¿Tan lejos?

—Sí, está muy lejos y allí no hay pirulís, ¿verdad?

La campana de la puerta sonó y la silueta de Emilia se dibujó en el umbral. Llevaba ropa de viaje y venía buscando a su hija.

—María, ven a dar un beso a mamá y a la prima —le pidió a su hija con voz triste.

—Espera, que estoy comprando unas cosas para vuestro viaje —repuso la niña con vocecita clara. María resultaba una niña un poco redicha para su edad, pero ése era el destino de los niños avispados y su madre lo entendía.

—¿Me vas a contar algo, Emilia? ¿Qué es eso de Suiza? —inquirió Dolores, que atisbaba un cotilleo jugoso.

—No es momento, Dolores. Salimos para La Puebla y vamos con el tiempo escaso. —A Emilia no le apetecía dar explicaciones sobre un viaje que hacía a desgana, por lo injusto de su fin—. María, cariño. Acaba ya.

—¡Que quiero los pirulís, mamá! Para Aurora. —Dolores miró interrogante a Emilia, pidiendo su autorización para vender semejante cargamento de dulces.

—Déselos, Dolores. Le hace ilusión regalárselos a su prima.

Aurora se iba a Suiza, efectivamente. Tristán así lo había decidido. Aquel día fatídico en que zarandeo a su hija, tomó conciencia de que no podía controlar su ira cuando la veía. Y antes de infligirle algún daño irreparable, decidió separarla de él y llevarla a un internado en Suiza. Lausana era famosa por los buenos internados que había allí para la educación de señoritas; o eso era lo que Tristán había oído y ésa era la educación que quería para Aurora.

Bien pudo intentar Emilia hacerlo entrar en razón. Ella pensaba que Raimundo lo habría convencido, pero ya debía de estar sobre la cubierta de algún barco, atravesando el Atlántico para reunirse con su hijo en tierras americanas. Alfonso también hizo sus intentos, aludiendo a la crueldad de separar a una niña de cinco años de sus seres queridos, para llevarla a educarse durante no se sabía cuánto tiempo. Por mucho francés e inglés y buenos modales que aprendiera. Y estaba además, argumentaba Alfonso con su cuñado, la cuestión crematística. Si ya los ingresos para mantener El Jaral eran escasos, pagar tantos años de una educación tan cara no iba a ser tarea fácil. Alfonso no concebía cómo un padre podía separarse de su hija. Solo pensar en que María estuviera lejos de él le provocaba un vértigo terrible. Prefería que su María estuviera churretosa y feliz, pero cerca de él, a que se convirtiera en una señoritinga endomingada, a kilómetros de los suyos.

Cada puenteviejino que se sentía con fuerza le argumentaba a Tristán, pero él seguía erre que erre con lo de Lausana. La única que había callado era Rosario. No solo sobre el destino de Aurora, sino también sobre la escena que había contemplado en el despacho entre padre e hija. Aunque, probablemente, pensaba igual que su hijo Alfonso sobre que padres e hijos estuvieran separados, vivía de otra forma, con mucha más nitidez, el día a día en El Jaral y sentía que la única fuente de amor constante que tenía Aurora en su propia casa era la suya. Y ésta, aunque inmensa y tierna, a Rosario se le antojaba insuficiente. Rosario no reconocía en aquel Tristán al apuesto capitán que había luchado contra viento y marea para conseguir el amor de Pepa. En realidad aquel viento y aquella marea eran su madre, Francisca Montenegro, no precisamente un enemigo pequeño. Pero Tristán había consentido incluso en ser desheredado, antes que renunciar a Pepa.

Y ahora —y esto era lo que Rosario no comprendía— no era capaz de amar al fruto del vientre de la mujer a quien tanto había amado y que, además, iba convirtiéndose en el vivo retrato de su madre. Los mismos ojos, la misma boca perfectamente perfilada, el mismo pelo ondulado y los mismos arrestos.

Emilia fue la responsable de emprender el viaje con su sobrina y de depositarla en el colegio Sacré Coeur de Marie en Lausana. El día de su partida, Aurora se aferraba de una mano de su tía Emilia. María de la otra. Ésta se soltó de la mano de su madre y se acercó a su padre.

—¿Me das dinero para comprarle una cosa a Aurora, por favor? —susurró al oído de su padre.

—¿Qué cosa? —preguntó Alfonso.

—¡Sshhhh! Habla bajito. Es una sorpresa —dijo María poniendo el dedo índice sobre sus labios.

Alfonso sonrió y le dio unas cuantas monedas de cinco céntimos. Cuando la niña las tuvo en la mano, salió corriendo hacia el colmado. Emilia tuvo que ir a buscarla y Alfonso las vio venir a ambas, a María con un paquete en las manos, resplandeciente de alegría.

—¡Toma, prima! Pero no te los comas todos o te empacharás. Hoy uno y mañana otro —dijo repitiendo como un lorito lo que había oído de Dolores.

Aurora abrió unos ojos enormes al ver tanto pirulí de La Habana reunido. Tomó uno del paquete y se lo tendió a su prima.

—Éste es para ti.

Subieron a la diligencia y María no dejó de saludar con la mano a su madre y a su prima, hasta que desaparecieron tras un repecho del camino. María y Aurora. Aurora y María. Siempre juntas, siempre metidas en aventuras... y ahora se separaban, no sabían por cuánto tiempo, pero sospechaban que mucho. María guardaría aquel caramelo como un tesoro.

—¿Y yo ahora con quién juego? —le preguntó a su padre.

—Con otros niños, María.

—Pero es que no son Aurora, papá. Y tampoco está el abuelo. Y mamá tardará en volver. Lausana está muy lejos —reflexionó María sentándose en el borde de la fuente—. ¡Menuda faena!

Alfonso entendía perfectamente el drama de su hija. Pero sobre todo tomó conciencia de los días que se le avecinaban hasta que Emilia regresara. Ahora que estaba arrancando el negocio del hotelito, poco margen iba a tener para ocuparse de su niña. Él no poseía la habilidad de Emilia para aprovechar las horas con todos sus minutos y abarcar la misma actividad que su mujer desplegaba en un día. Claro que Rosario lo ayudaba con la ropa de la niña, pero él no tenía en cuenta cosas que Emilia cuidaba al detalle y, si un vestido no estaba demasiado sucio, consideraba que su hija se lo podía poner una vez más.

Sin embargo, María empezó a desarrollar, por puro instinto de supervivencia, una independencia inusitada. Sabía que no debía desaparecer del campo de visión de su padre, que andaba atareado en sus cosas, y convirtió la plaza del pueblo en su reino particular. Los días de mercado, jugaba con los niños de los vendedores ambulantes que ponían sus puestos. Aprendió a pedir lo que quería en el colmado y a decirle a Dolores que lo pusiera en la cuenta de sus padres. Todo ese reino fue posible mientras duró el buen tiempo, pero cuando llegaron los fríos ya no era tan agradable jugar en

la plaza. Así que María se veía encerrada tras los cristales de la posada. Y se aburría. A veces se escapaba e intentaba hacer incursiones al campo o a El Jaral para ver a su abuela, pero siempre la encontraba algún lugareño caminando por las lindes del pueblo y la devolvía con su padre.

Pero tanto lo intentó que, finalmente, un día consiguió alejarse lo suficiente. Quería ver a su abuela y no encontró a nadie en su camino que pusiera fin a su aventura. María trotaba feliz, libre de su encierro. Corría y saltaba como lo que era, un potrillo que había estado encerrado y al que por fin habían liberado. Casi volaba sin mirar el suelo.

Se alejó tanto que llegó a las tierras de La Casona. Y decidió acortar por ellas en lugar de seguir el camino para llegar a El Jaral. Y sucedió que la Montenegro había dado orden de plantar árboles nuevos. Quería higueras que dieran sombra fresca en el verano, así que Mauricio y algunos braceros habían cavado los agujeros para plantar los árboles que llegarían de Amunia al cabo de pocos días. Y en uno de esos agujeros se cayó María, con tan mala suerte que todo el peso de su cuerpo cayó sobre un brazo y éste se rompió. Tanto fue el dolor que la niña se desmayó.

Cuando María volvió en sí no sabía cuánto tiempo había pasado, pero, cuando reaccionó, el sol había bajado bastante. Intentó salir, pero el agujero era demasiado profundo para una niña de su estatura y trepar con un brazo roto era una misión imposible. Así que empezó a gritar:

—¡Socorro! ¡Estoy en un agujero! ¡Que alguien me saque!

Y quiso la casualidad que Francisca Montenegro estuviera dando un paseo supervisando el futuro emplazamiento de sus nuevos árboles. Andaba a la busca, cómo no, de alguna imperfección en el diseño que pudiera echar en cara a Mauricio. Escuchó la vocecita de María, que ya empezaba a rozar el llanto, desesperada porque nadie la escuchaba y aterrorizada ante la idea de pasar la noche en aquel agujero. Con Aurora a veces jugaban a meterse en los agujeros preparados para los árboles nuevos. Los tapaban con ramas y se hacían su casa de juegos. Pero con Aurora era un lugar seguro. Y podían salir, pues ninguna estaba lesionada. Pero ahora la situación era muy diferente.

Cuando vio aparecer la cara de Francisca Montenegro, sonrió feliz, con su carita llena de barro.

—Pero ¿qué haces aquí, princesa? —Sacarla de allí fue tan fácil como tenderle una mano; con esa ayuda, María trepó hasta la salida—. ¿Te has hecho daño?

—Me duele mucho el brazo. Por eso no podía trepar. Si no habría salido. Ya he salido de muchos agujeros de árboles —dijo orgullosa.

—No me cabe ninguna duda. Déjame ver ese brazo. —Francisca le tocó la extremidad y el grito de dolor de María le reveló que aquello debía ser una rotura—. Vaya. Tendremos que llamar al doctor. Ven conmigo a casa.

—Pero mi padre me va a regañar si no vuelvo —protestó la niña, temerosa de la bronca que, sin duda, la esperaba con Alfonso por haberse escapado.

—No padezcas. Le daremos aviso de que estás en La Casona, ¿conforme?

Y es que Francisca Montenegro no iba a desperdiciar esa oportunidad de hacer sufrir a Alfonso y, por qué no, de disfrutar de María.

—Mauricio, cabalga a La Puebla a buscar al doctor. Cuando llegue a su casa, manda a buscar a don Pablo —ordenó a su capataz—. Y de que la niña está aquí, ni chus ni mus a nadie. ¿Está claro?

Mientras esperaban a que Mauricio regresase con el doctor, la propia Francisca se ocupó de dar un baño a la niña y mandó limpiar su vestido lleno de barro. Francisca conservaba ropa de dormir de cuando Soledad era niña, así que le dijo a Agustina que la buscara, la planchara y la trajera.

María durmió aquella noche en La Casona, con el brazo en cabestrillo, confiada en que su padre estaba avisado y no la buscaría. Pero, naturalmente, Alfonso buscó por las lindes de La Casona y miró en los agujeros para las higueras, pero María ya había sido rescatada y, ajena a la preocupación de su padre, dormía plácidamente.

Francisca la miraba dormir. Aquella niña era el único resorte capaz de imprimir una mirada de ternura en el rostro de la Montenegro. María tenía muchas cosas que ella misma tenía cuando era pequeña. Esa rebeldía, esa independencia le recordaban a una versión de sí misma cuando aún su corazón no se había vuelto de piedra. Cuando aún creía en las personas y en las cosas buenas. Cuando aún vivía su hermano Miguel y comenzaba a amar a Raimundo. Hacía tanto tiempo de aquello... Aquella noche, La Casona, demasiado vacía en los últimos tiempos, cobró la vida que le faltaba. Y eso se debía a la presencia de María. Dadas las circunstancias, Francisca comenzó a acariciar la idea de que aquél era el lugar en que aquella niña debía estar y no cerca de un padre al que se le despistaba. Ella sabría cuidar mucho mejor de ella y darle una educación adecuada.

—Mañana irás a buscar de buena mañana a Alfonso y lo harás venir a La Casona —ordenó a Mauricio—. No quiero que sufra más de lo necesario. Pero sí que aprenda la lección.

Al día siguiente Alfonso se acercó a regañadientes a La Casona para recoger a su hija. No le gustaba la Montenegro, ni aquel lugar. Francisca se había encargado de que María estuviera resplandeciente cuando su padre la viera. Sus ropas estaban perfectamente limpias y planchadas, sus botitas inmaculadas y su pelo recogido en dos trenzas con lazos de seda blanca. María estaba hecha un primor. Y llevaba un brazo en cabestrillo.

Al primer vistazo, Alfonso entendió perfectamente el mensaje que pretendía enviarle Francisca, pero ésta quería asegurarse de que lo entendiera.

—Así es como tiene que estar tu hija todos los días, Alfonso Castañeda. No hecha

una zarría, sucia y desgredada —espetó la Montenegro sin molestarse ni siquiera en dar los buenos días.

Alfonso tuvo que morderse la lengua, pues se sentía culpable de haber descuidado a la niña. Por eso Francisca prosiguió.

—Esta vez tan solo se ha roto un brazo. Pero ¿y si no llega a tener la suerte de que yo la encontrara? ¿Y si otro día no es un brazo?

—Le agradezco los cuidados, doña Francisca —masculló entre dientes el Castañeda.

—No lo he hecho por ti, evidentemente. Si fueras sensato, dejarías aquí a la niña hasta que Emilia vuelva de ese estúpido viaje a Lausana.

—¡Ni por todo el oro del mundo! —contestó espontáneamente Alfonso, aunque luego bajó el tono—. Tendré más cuidado de ahora en adelante. Además, Emilia no tardará en regresar.

—Bien. Pues cuando llegue, dile que quiero verla. Hay una cosa que quiero hablar con ella.

—¿Qué cosa?

—He dicho con ella, Castañeda. No contigo. Que tengas un buen día —zanjó Francisca girándose. Cuando Alfonso ya había tomado a María por el hombro para llevársela de vuelta a casa, la Montenegro añadió una última frase—: ¿Sabes cuánto tiempo tiene que estar con el brazo en cabestrillo, Alfonso?

—No, señora, no.

—Cuatro semanas. ¿Ves como hay cosas que se te escapan?

Alfonso optó por no contestar al aguijonazo de la Montenegro y salió con María de aquella odiada Casona.

La niña se había asustado mucho con su accidente y abandonó por unos días sus aventuras y escapadas. Hasta que por fin regresó su madre. María le mostró orgullosa su cabestrillo, pero a Emilia aquello le causó una preocupación que no hizo sino aumentar cuando Alfonso le contó cómo había sido la aventura. Lo malo de la nueva situación era que Emilia no iba a poder vigilar a su hija más de cerca. Sin embargo, viendo cómo se desarrollaba el carácter de la niña en aquel momento de su infancia, Emilia sospechaba que iba a necesitar una atención constante que ella no iba a poder brindarle. Estaban arrancando el nuevo negocio y esto les reclamaba, tanto a ella como a Alfonso, mucho tiempo. Además, Alfonso no había visto con buenos ojos el viaje a Lausana y, en su fuero interno, la hacía también responsable de lo que le había sucedido a la niña.

Emilia recibió el recado de ir a visitar a la Doña y se acercó con María a La Casona. La propuesta de la Montenegro fue clara. Quería hacerse cargo de la educación de María. Argumentaba que la chiquilla andaba por los campos sucia y descuidada, casi como un muchacho. En La Casona tendría a alguien constantemente

encima de ella, y además recibiría la educación digna de una señorita que sus padres nunca podrían permitirse.

—Le agradezco mucho su ofrecimiento, doña Francisca. Es muy generoso. Pero no quiero ni imaginar el disgusto que se llevaría Alfonso si no tuviéramos a María con nosotros.

—No seas dramática, Emilia —contestó la Doña con una sonrisa—. No me la llevo a Lausana, como otros hacen con sus hijas. Solo cambiaré de residencia en Puente Viejo. Podréis verla siempre que queráis.

—Es de todo punto imposible. Créame, doña Francisca.

—¿Le niegas a tu hija la posibilidad de una buena educación por la cabezonería de tu marido? Te tenía por una mujer práctica.

—Lo natural es que los niños se críen con sus padres, doña Francisca.

—Pues cuando sus padres no los tienen vigilados y los dejan sueltos como salvajes desaliñados, no sé yo si es lo más natural.

—Eso ya no va a volver a pasar.

—Puede que no se rompa otro brazo, pero puede que algún desaprensivo intente robártela. No sería la primera vez, ¿verdad?

Francisca había tocado una fibra sensible. A Emilia la aterraba el recuerdo de su prima Adolfina. Había confiado en ella y le había permitido ayudarla en el cuidado de María, pero aquella mujer traicionó su confianza e intentó suplantarla tanto en el corazón de su hija como en el de su marido. Quiso arrebatarse su vida. Para Emilia aquél había sido un episodio negro y amargo.

—Eso no va a volver a pasar, señora.

—Te veo obcecada, Emilia. Verás como el tiempo me da la razón. Cuando lo decidas, ya sabes dónde encontrarme.

La Montenegro estaba segura de que, tarde o temprano, el destino pondría a María en sus manos. Y si el destino le daba la espalda, ya se ocuparía ella de ponerlo a su favor.

15

(1910)

Cuando el padre Celso se hizo con el poder en La Guajira, el gobierno colombiano empezó a poner en duda el papel de la misión. Aquello había sucedido dos años antes. La ampliación de la misión había sido paulatina y satisfactoria. Se había construido un orfanato que daba cobijo a niños de la región, a los que se ofrecía una calidad de vida que no habrían podido tener sin sus padres; además, se les impartían clases y se los formaba como creyentes en Cristo.

Las misiones se ubicaban en lugares fronterizos y servían para organizar un territorio cedido por el gobierno de Colombia. Eran, al fin y al cabo, un muro de contención contra las tribus que aún sobrevivían en estado salvaje en la selva y la pujante civilización urbana que el siglo xx y la independencia estaban aportando al país. Las misiones, además, organizaban explotaciones agrícolas y forestales de maderas nobles. En La Guajira se hacía todo eso y, además, se explotaba una mina de esmeraldas, probablemente una de las mayores del mundo. Aquella mina se encontraba en territorio motilón, la tribu más numerosa que poblaba la zona. La explotaba una corporación a cuyo mando estaba un capataz, buen perro de sus amos: Vicente Pacheco. Era hijo de india y español, y sus jefes lo consideraban la figura perfecta para gestionar la explotación minera.

Pacheco había llegado al lugar dos años antes, al descubrirse una veta que prometía dar unas esmeraldas de una pureza especial. Y en abundancia. Mientras en Europa y en el norte de América crecían los movimientos sindicales entre la clase obrera, en las colonias recientemente independizadas, la preocupación por el bienestar de los trabajadores pasaba a un segundo plano, en aras de consolidar su autonomía como país. Vicente Pacheco estaba especialmente dotado para hacer trabajar a sus hombres sin descanso. El sistema de trabajo de una mina de esmeraldas era simple: los trabajadores picaban la tierra por un salario miserable y entregaban a sus jefes las piedras que encontraban. Si se quedaban, tan solo, con la más diminuta de las que hubieran encontrado, podrían vivir toda una vida, pero el castigo por no entregar alguna de aquellas piedras era severo y, en función del capataz que tocara, aquel acto podía llegar a pagarse con la muerte. Vicente era uno de esos capataces que no conocía límites a la hora de imponer castigos.

Con aquella explotación que se hacía de la selva, muchas tribus autóctonas perdieron la posibilidad de conservar su forma de vida. La tala de árboles mermaba su territorio de caza y recolecta y, a algunas tribus pacíficas, el único medio de vida que les iba quedando era adaptarse a las prácticas del hombre blanco. Así, feroces guerreros guajiros y motilones se convertían en trabajadores de corporaciones lejanas, con sedes en ciudades de cemento, muy lejos de aquellas selvas cada vez menos salvajes.

Una de las funciones de una misión, aparte de evangelizar a las tribus autóctonas, era velar porque no se produjeran abusos con los indígenas que adoptaban esa nueva forma de vida. Ésa tendría que haber sido la función de La Guajira. Y lo fue, hasta que don Celso se convirtió en su nuevo vicario apostólico.

El anterior vicario, el padre Leonardo, había muerto en un accidente en el río. El padre Leonardo Madero era, a pesar de su avanzada edad, un hombre de acción y, aunque disminuyera la frecuencia de sus viajes evangelizadores a las selvas obligado por la mermada resistencia de sus huesos, seriamente afectados por un reuma que en aquellas tierras húmedas era especialmente doloroso, de cuando en cuando, gustaba de ir río arriba, para transmitir la palabra de Dios. Y no transmitía únicamente la palabra de Dios como evangelio. También se aplicaba en velar por que sus «almas indias», como había dado en llamar a los habitantes de la zona, hubieran abrazado o no la fe católica, recibieran un trato adecuado.

Era especialmente escrupuloso con la vigilancia en la mina de esmeraldas y con su capataz. Así que el padre Leonardo y el capataz Pacheco estaban destinados a entenderse. Sin embargo, en la práctica no se entendían muy bien. Para el padre, Vicente era desalmado con sus trabajadores, por lo que había tenido serias conversaciones con él y le había advertido de que, si no cesaba en sus actitudes, denunciaría su comportamiento a instancias más altas y haría que se reconsiderase la concesión de la explotación de la mina.

Pero, un día, el padre Madero no regresó de uno de esos viajes. De acuerdo con el relato del padre Celso, la canoa en que viajaba, manejada por motilones, había volcado, y el río se había tragado al padre Leonardo. Y nadie preguntó nada, pues los accidentes en la selva eran tan frecuentes que hacía tiempo que habían dejado de ser noticia de interés.

Así, don Celso, la mano derecha del padre Leonardo, se convirtió en su sucesor. Y con la cabeza visible de La Guajira, había cambiado también el ambiente en la misión. Parecía que las obras se ralentizaban, la comida empezó a escasear y su calidad a disminuir. La higiene en el orfanato y en el seminario recaía cada vez más en manos de los niños en el primer caso y de los alumnos en el segundo.

Aparte de eso, para Gonzalo la vida en el seminario apenas si había cambiado. Tampoco para Mateo, su mejor amigo desde el día en que había llegado a La Guajira.

Ambos crecían, estudiaban y, salvo pequeñas escapadas al límite de la selva, sin llegar nunca a internarse, el restringido mundo de la misión les parecía suficiente.

Mateo tenía la misma edad que Gonzalo. Era de una familia humilde de un pueblo de Burgos, Medina de Pomar, y, por medio de un tío sacerdote, había llegado a la misión para completar una educación que sus padres ansiaban darle, pero que no podían permitirse. El padre Leonardo aceptaba que no todos los que estudiaban allí tuvieran que contribuir al mantenimiento de la misión con bienes monetarios. «Ya llegará el momento —decía— de que devuelvan con creces la educación que se les ha dado». Y si no lo hacían, para el padre Leonardo, era designio divino y formaba parte de su misión. En todo caso, un niño no debía dejar de conocer la palabra del Señor solo porque no tuviera medios económicos.

El hecho es que Mateo y Gonzalo se habían convertido en inseparables. Aquellas esporádicas excursiones a los límites de la selva no las hacían solos. Los acompañaba Manuel. Manuel era el nombre cristiano que le habían dado a un niño mestizo que el orfanato de la misión había acogido. Su nombre motilón era Marú. Porque Manuel era hijo de una india motilona y de un padre blanco a quien no conocía. Su físico era curioso. Tenía la piel más clara que sus congéneres de raza y en su rostro destacaban unos ojos azules, impensables en ningún habitante de aquellas selvas frondosas. Aquellos ojos inquietaban a los miembros de su tribu y su madre acudió una tarde a la misión para entregar a su hijo, ya que el chamán había visto en él la personificación de un demonio que iba a traer la desgracia a su pueblo. El padre Leonardo lo había acogido y educado y consentía que su madre lo visitara en secreto. Según el padre Leonardo, un indígena —o medio indígena en este caso— podía ser el vehículo ideal para transmitir la palabra de Dios a los suyos.

Así, a medida que fue creciendo, Manuel pasó del orfanato al seminario y Mateo, Manuel y Gonzalo dormían en camas contiguas y estudiaban en pupitres también contiguos. Pasaban todo el día juntos.

El padre Celso tenía grandes planes para Gonzalo. Igual que el padre Leonardo lo había elegido a él como mano derecha y sucesor a la cabeza de la misión, el padre Celso había elegido a Gonzalo. Y razones no le faltaban. Gonzalo era un niño avisado, despierto, interesado por todo y con un don indudable para el liderazgo. Y estaba muy agradecido al padre Celso por haberle librado de la tortura de su tía Calvario. Confiaba tanto en él que incluso llegó a aceptar la versión que su tía había dado sobre sus padres. Gonzalo creyó la palabra de aquel cura y comenzó a olvidar la idea de volver a Puente Viejo. Fue tan sencillo... Solo le hizo una pregunta:

—¿Crees, Gonzalo, que, si yo supiera que tus padres andan buscándote, no removería cielo y tierra para devolverte con ellos?

Y Gonzalo, niño todavía, confiando ciegamente en quien solo le había traído cosas buenas, asintió y olvidó. Puente Viejo abandonó su mente, aunque permanecía

en alguno de sus sueños, y la misión se convirtió en su mundo.

Pero ahora don Celso lo trataba de forma especial. Había comenzado a ser muy duro con él, cosa que no había hecho nunca antes. Sin embargo, era lo suficientemente hábil como para darle una de cal y otra de arena. Y así, Gonzalo consideraba que era parte de su educación y que don Celso le exigía más porque confiaba en él, como el padre que es más benévolo con el hijo más débil y más exigente con el más dotado.

En el orfanato habían empezado a verse cosas extrañas. Los niños salían antes de que rompiera el alba y regresaban a dormir bien caída la noche. Eso los más pequeños. Los mayores desaparecían un día y ya no se los volvía a ver. Manuel, muerto de curiosidad por el destino de muchos de sus amigos, decidió un día seguirlos. Y sin contarles nada a sus dos compañeros, determinó quedarse toda la noche en vela para vigilar qué pasaba. Los niños salían del orfanato en fila, con los ojos cargados de sueño, y se subían a un carro, donde, hacinados, viajaban hasta internarse en la selva. Aquella primera misión de espionaje de Manuel fracasó. Vicente, el capataz de la mina, lo descubrió atisbando entre la maleza y lo devolvió a la misión por las orejas. Lo llevó directo al despacho de don Celso.

Cuando entraron, sin llamar, el cura ocultó rápidamente algo en el cajón de su escritorio.

—¿Qué es esto de entrar sin llamar, Vicente?

—Aquí le traigo a uno de sus discípulos —replicó el capataz tirando aún más de las orejas de Manuel.

—¿Qué ha hecho? ¡Suéltelo!

—Intentar meter las narices donde no le llaman. Lo he encontrado atisbando el carro entre la maleza. Y eso, páter, no nos conviene ni a usted ni a mí, ¿verdad?

A Manuel le extrañó que el capataz empleara un tono amenazador con quien era la máxima autoridad de la misión. Pero lo que le extrañó aún más —a él y a todos— fue la desmesurada dureza del castigo. Antes de que empezaran las clases, llevaron a Manuel al patio del seminario y todos los alumnos, Mateo y Gonzalo incluidos, fueron convocados para que contemplaran el castigo que Manuel iba a recibir.

El propio don Celso ató a Manuel a un poste y comenzó a propinarle unos latigazos que fueron desgarrando su camisa y tiñendo los jirones de rojo. Así hasta diez latigazos, que en el delgado cuerpo de un niño de apenas doce años fueron una devastadora carnicería.

Manuel no emitió un solo gemido de dolor. Gonzalo no necesitaba levantar la vista del suelo para saber, por el chasquido, que el cuerpo de su amigo estaba siendo martirizado de forma cruel. Y aquel castigo lo estaba administrando aquel en quien el propio Gonzalo había confiado.

—Esto le sucederá a cualquiera que rompa las reglas. Vuestro sitio es el

seminario. Desde ahora, cualquiera que sea sorprendido merodeando más allá de los límites de la misión recibirá el mismo castigo que Manuel.

Aquellas palabras del padre Celso cayeron como una losa en los corazones de todos. Gonzalo no entendía por qué de repente se establecía aquella regla que hasta entonces no había existido.

Ya en su catre, Manuel contó, dolorido, lo que había visto. Él no iba a mirar con mala intención, tan solo curioseaba.

Aquel castigo produjo en los tres amigos el efecto contrario al deseado. Los niños siguieron saliendo en aquel carro, pero ya no era Manuel el único que lo había visto. Gonzalo y Mateo se quedaban de noche a vigilar para llegar a entender para qué se hacían aquellos viajes. Y sobre todo para entender por qué aquellos niños volvían con cara de cansancio, arrastrando los pies, y estaban cada vez más delgados.

—Tenemos que seguir ese carro sin que nos vean —dijo Gonzalo una noche.

—Yo no voy. No quiero que me den latigazos como a Manuel —replicó Mateo asustado—. No es asunto nuestro.

—¿Y si algún día nos lo hacen a nosotros? —le preguntó Gonzalo.

—Pues entonces ya sabremos adónde van —repuso Mateo riendo.

—Entonces será demasiado tarde, Mateo —intentó convencerlo Gonzalo—. ¿No ves que cada día están más delgados? ¿No ves sus caras de cansancio?

—¿Qué propones? ¿Que los sigamos por la selva?

—¡Pues claro!

—¿Te ha cogido la luna, Gonzalo?

—Bueno, como quieras, Manuel y yo los seguiremos mañana —aseguró Gonzalo—. Tú te quedas aquí, gallina.

La selva jamás era un lugar silencioso, pero de amanecida, menos aún. Gonzalo se había acostumbrado a vivir con el sonido perenne de numerosos animales. Cuando rompía la luz del sol, el canto de los pájaros que lo saludaban se convertía en un zumbido. Bañados por esa media luz y protegiendo sus pasos con esa algarabía de cantos, Manuel y Gonzalo caminaban con sumo cuidado. Iban despacio, tras la carreta que avanzaba por los surcos que ya había abierto en días anteriores. La frecuencia de su paso no permitía que la selva retomase un territorio que le habían arrebatado.

Gonzalo perdió el equilibrio y apoyó su mano contra un árbol para no caer.

—Ten cuidado con dónde apoyas, Gonzalo —le advirtió su amigo—. Los animales grandes no son los más peligrosos. Son peores los pequeños.

—Lo sé. Tropecé. Sigamos. Andaré con más tiento.

Manuel tenía un instinto especial para caminar por aquellos lugares. Puede que fueran los pocos años que había pasado con los suyos o que lo tuviera en su memoria genética, pero lo cierto es que avanzaba con una habilidad de la que Gonzalo carecía.

Manuel, descalzo, se deslizaba, mimetizado, mientras que Gonzalo, con sus sandalias, hacía lo que podía por mantener el equilibrio.

Otro traspie y Gonzalo perdió de nuevo el equilibrio y volvió a apoyar su mano en un árbol. Fue solo un instante, pero le empezó a arder la palma de su mano con una quemazón como la que provoca la llama de una vela. Cuando la retiró, la tenía enrojecida. Ante la queja de Gonzalo, Manuel se giró y vio aterrado lo que había pasado. Fue muy rápido. Gonzalo empezó a sentirse mal, con ganas de vomitar y con una tremenda flojera en sus rodillas. Vio como Manuel tomaba su mano y la ponía contra su boca, absorbía y escupía. Luego, sintió que Manuel lo cargaba en sus hombros y, trabajosamente, caminaba por la selva, de vuelta a la misión.

Ya no fue consciente de nada más. Cayó en un sueño profundo.

Cuando despertó, se encontraba en la enfermería de la misión. Tenía la mano vendada y la notaba hinchada. El padre enfermero salió corriendo en cuanto vio que Gonzalo había abierto los ojos y al poco rato entró don Celso.

—¿Cómo estás, Gonzalo?

—No lo sé. ¿Qué ha pasado?

—Eso es lo que quiero que me expliques. ¿Qué ha pasado? —preguntó el cura con severidad.

Gonzalo empezó a recordar sus últimos minutos de consciencia, al tiempo que iba trabando una historia que no implicara a Manuel y en la que él apareciera como el único responsable de lo que había sucedido.

—No sé lo que pasó. Me ha picado algo.

—¿Dónde fue eso?

—En la mano.

Don Celso le soltó un capón.

—Gonzalo, no te burles de mí —dijo enfadado—. ¿Qué hacías en la selva? ¿Acaso no sabes de sobra que está prohibido?

—Fui a..., fui a... —balbuceó el chico con el cerebro aún demasiado pesado para pensar con agilidad.

—Me da igual a qué fuiste. Desobedeciste y el Señor te ha castigado. ¿Necesitas alguna señal más de su justicia? ¿Algún latigazo, acaso?

—No, padre. Por favor —respondió Gonzalo aterrado.

—Escúchame bien, Gonzalo. Ésta ha sido tu última aventura. Tenlo claro. Otro desmán y te aseguro que probarás los latigazos.

Cuando se hubo repuesto, volvió al dormitorio. Caminó hacia su cama y, al pasar por la que ocupaba Manuel, vio que estaba deshecha y que el colchón estaba enrollado.

—Se ha ido —contestó Mateo a su mirada interrogante.

—¿Adónde?

—No lo sé. Supongo que a la mina. Se lo llevó Vicente a la mañana siguiente de tu accidente. Don Celso dice que intentó huir después de traerte, pero lo pillaron y lo metieron en una habitación con llave hasta que vino Vicente a llevárselo.

Mateo y Gonzalo se habían quedado sin su amigo. Por miedo al látigo, ninguno de los dos se atrevió a preguntar qué había sido de él. Y Gonzalo no volvería a la selva hasta pasados algunos años.

Todo estaba quedando muy coqueto. Emilia quería que su nuevo negocio tuviera el calor de un hogar, y ella y Alfonso lo estaban consiguiendo. Pocas discusiones había entre ellos sobre temas de decoración, ya que Alfonso confiaba en el criterio de su mujer. Emilia consideró que el toque definitivo lo darían unas cortinas de encaje. Las había visto en las ventanas de Lausana y tuvo claro que quería esos encajes para su hotelito. Pero lo que veía en el colmado Mirañar no acababa de convencerla, así que decidieron llegarse a La Puebla en día de mercado para buscar algo diferente.

María, entusiasmada con la aventura, fue la primera en subirse al carro a esperar a sus padres. Emilia consintió que fuera en el pescante con su padre y ella se acomodó en la parte trasera. No quería empezar el día con una rabieta por una cosa sin importancia. Y ver a su hija tan feliz al lado de su padre bien valía la pena.

A medida que se iban acercando a su destino, el flujo de carros y caballos iba aumentando; todos confluían en la parte central del pueblo, donde el mercado extendía sus dominios. María conocía el mercado de Puente Viejo, pero no había visto ninguno tan grande como aquél. En su pueblo también voceaban la mercancía, pero aquel guirigay era algo que ella nunca había visto. Mejor dicho, algo que nunca había oído y era tan intenso que María se llevó las manos a los oídos.

Faustina cruzaba los bolillos con sorprendente habilidad. De vez en cuando, levantaba la cara, con una mirada entristecida por lo que debían de haber sido años de sufrimiento, pero sus manos mantenían el mismo ritmo frenético en el progreso de su labor. Debía de rondar la cincuentena o puede que no, pero su aspecto de mujer curtida en el trabajo le hacía aparentar esa edad. María miraba absorta sus manos nudosas y rápidas, mientras Emilia examinaba los encajes que la bordadora exponía en un paño negro que tenía extendido sobre el suelo.

—¡Huy! ¿Qué te ha pasado en ese brazo? —dijo Faustina al ver el cabestrillo de María.

—Me caí en una zanja. Pero no duele —respondió María orgullosa de su herida de guerra.

—Eres una niña valiente. Te pareces mucho a mi hija Petra —le dijo la bordadora—. Era así, morenita como tú y muy bonita. Y trepaba a los árboles. ¿Tú también?

—¿Está aquí su hija? —preguntó la pequeña, ansiosa de encontrar alguna amiguita con quien correr aventuras y trepar a los árboles.

—No, hija. Está en el cielo. Con sus otras dos hermanas. —Faustina soltó su labor para santiguarse.

—¿Se cayó de un árbol? —indagó la niña.

—¡Qué desgracia! —intervino rauda Emilia—. ¿Ha perdido a tres hijas?

—Sí. Mis tres hembras murieron y mi marido también. El señor ha querido dejarme sola en el mundo. ¡Qué se le va a hacer!

—Pero le ha otorgado un don con las manos. Este trabajo es primoroso.

—Muchas gracias, señora. No sé cuánto tiempo podré aguantar esta vida de feria en feria. Mis dedos ya no son lo que eran. Ni mi vista tampoco.

—Me llamo Emilia —dijo sintiendo un impulso irrefrenable de simpatizar con aquella mujer tan baqueteada por la vida.

—Yo Faustina, para servir a Dios y a usted.

—Encantada, Faustina. Mire, yo necesito unos metros de este encaje. Pero son para unos visillos. ¿Tendrá usted suficiente ya hecho?

—Eso le da para dos ventanas, a lo sumo. Más no tengo. Tendría que hacerlo.

—Pues sí. Le hago un encargo en firme. Necesito para cinco ventanas. ¿Cuánto tardaría usted en tenerlo presto?

—Pues no mucho. Unos cuatro días. Pero yo no vuelvo aquí hasta dentro de una semana. Los puede recoger entonces, si le place.

—¡Hecho! ¿Le tengo que dar alguna señal de adelanto?

—No, Emilia. Deje, deje. Me parece usted buena persona. Me fío de usted.

—Muchas gracias, Faustina. La verdad es que yo no sé si estos trabajos se pagan en lo que valen —le dijo Emilia con complicidad.

—Yo le haré un buen precio, Emilia.

—El que tenga que ser. ¡Faltaría más! No lo decía por eso. Todo lo contrario.

Faustina se agachó y buscó entre las piezas de su puesto. Tomó dos pañuelos con el borde de encaje y le dio uno a Emilia y otro a María.

—Éste es para tu brazo, ¿te gusta? —María lo cogió enseguida y dio las gracias atropelladamente, encantada con su regalo.

—Y éste para usted, Emilia. Es un obsequio.

—¡De ninguna manera! ¿Cuánto es?

—Acéptelo, hágame el favor. Si no, me sentiré ofendida —repuso Faustina esbozando una sonrisa triste.

—Sea, pues. Agradecida.

Alfonso, que ya había terminado sus mandados por el mercado, vino a recogerlas y todos se despidieron de Faustina hasta la siguiente semana. Tras una visita al doctor para que examinara el brazo de María, que tendría que conservar el vendaje una semana más, tomaron el camino de regreso. Emilia recuperó su lugar en el pescante con Alfonso, pero a María no le importó, porque hizo todo el camino de vuelta a casa

dormida, vencida por el cansancio después de tanto tiempo en La Puebla.

—Alfonso, me andaba yo barruntando que lo mismo esta mujer de los bordados podía ayudarnos a cuidar de María.

—Sí que hemos dicho que nos iba a hacer falta alguien, es cierto. Al menos por un tiempo. ¿Por qué esta mujer, Emilia?

—No sé. Me ha dado un buen pálpito con ella. Sus manos son, sin duda, las de una mujer trabajadora y, al mismo tiempo, son capaces de los trabajos más primorosos.

—¿Y por qué iba a querer ella venir con nosotros?

—Dijo que estaba cansada de la vida errante. Es mayor, Alfonso. O al menos lo parece. Yo creo que ansía quedarse a vivir en un lugar.

—¿Y por qué no alguien del pueblo? ¿No sería mejor?

—Sí, tienes razón, pero se me antoja que a esta mujer le vendría bien. Está muy sola. Ha perdido tres hijas, Alfonso. Eso debe de ser terrible para una mujer. En parte me mueve la compasión, cariño —reconoció Emilia.

—Bien está. Meditémoslo una miaja nada más. ¿Te parece?

—Me parece —asintió Emilia—. La semana que viene hemos de volver a buscar los encajes, y ya veremos.

Cuando, a la semana siguiente, volvieron a buscar el encargo —que resultó tan perfecto como Emilia pensaba— le propusieron a Faustina que cuidara a María. La mujer aceptó, sin dudarle, con lágrimas de agradecimiento en los ojos. Emilia puso como condición que probaran unos días hasta ver cómo se adaptaba María y, si todo iba bien, tendría el trabajo. Faustina aceptó comprensiva. Subió sus escasas pertenencias a la carreta y todos regresaron a Puente Viejo.

Emilia había pedido permiso a Pedro Mirañar para que Faustina ocupara, por un módico alquiler, una cabaña que se encontraba en las afueras del pueblo, en terrenos comunales. Es cierto que estaba un poco alejada, pero María en cualquiera de sus aventuras llegaba mucho más allá. María empezaría el colegio al año siguiente y tendría muchas más horas ocupadas. Además, Emilia pensaba que, una vez que pasara el apretón inaugural de la posada, la presión de trabajo se aliviaría y ella dispondría también de más tiempo para su hija.

Emilia le pidió a Faustina que le enseñara a la niña las primeras letras y las primeras cuentas, así aprovecharía el tiempo. Al principio, María estaba excitada con la idea de pasar sus días en el campo. Podría, burlando la vigilancia de su aya, o incluso con su compañía, dar esos paseos que sus padres le prohibían.

Alfonso había consentido en contratar a aquella mujer porque veía a Emilia demasiado agotada con todas las obligaciones y porque claudicaba en cualquier cosa que fuera dar gusto a la que tanto amaba. Pero no acababa de confiar plenamente en Faustina. No obstante, se limitaba a callar y a observar, sin que Emilia se diera

cuenta, el comportamiento de la mujer, cada vez que devolvía a María con sus padres.

En ocasiones, María se quejaba de que se aburría, de que Faustina no la dejaba salir de la cabaña. Pero como alma inocente, lo decía delante de ella y aquélla quitaba importancia al asunto.

—María, sí sales, pequeña. Pero no puedo permitir que te me pierdas de vista.

—Claro, María. Faustina está aquí para cuidarte —intentaba hacerle comprender Emilia a su hija.

En cualquier caso, Emilia, que conocía a su hija y sabía que no mentía, decidió hacer un poder al día siguiente y fue a merodear por las inmediaciones de la choza de Faustina. Lo hizo con cuidado, para que no la descubrieran y, escondida tras los castaños, vigiló durante un rato. Se extrañó al ver que se acercaba a la cabaña un pastor de aspecto descuidado, rodeado de unas pocas cabras. Nunca había visto por allí a aquel hombre y su aspecto siniestro —al menos eso percibió de lejos— le llamó la atención. Vio como Faustina le decía algo a María y la metía corriendo dentro de la casa. Se acercó un poco más para intentar discernir lo que ambos hablaban, pero no lo consiguió. Sí tuvo la impresión, en cambio, de que Faustina estaba enfadada y de que el hombre reía ante el enfado. De haber podido oír su conversación, se habría asustado mucho.

—Bonita niña tienes. Como la Petra —dijo el pastor señalando con la cabeza al interior de la choza.

—A ésta no le toques un pelo —decía Faustina mientras lo señalaba con su dedo índice amenazadora.

—¿La vas a encerrar en ese chozo tan resistente? —replicaba el pastor soltando una carcajada.

—Ésta me da el pan, así que mantente lejos, ¿me oyes?

Emilia vio como el hombre se alejaba, daba unos pasos y se giraba repentinamente, asustando a Faustina, que dio un respingo. Avelino, que así se llamaba el pastor, se alejó riendo a carcajadas y azuzando a sus cabras. Emilia se quedó inquieta, pero no podía revelar lo que había visto sin parecer una cotilla, así que volvió a casa, intentando dilucidar cuál podía ser el alcance de la relación entre aquel hombre y Faustina, que decía estar sola en el mundo. Prefirió no comentar nada con Alfonso para no inquietarlo, pues éste, además, andaba raro por aquellos días. Suponía Emilia que se debía a los nervios del nuevo negocio. Así que decidió callar y observar mucho más de cerca a la cuidadora de su hija.

Sin embargo, Emilia decidió no seguir con su incertidumbre y, un día que fue a recoger a María, le pidió un momento a Faustina para hablar con ella. Aprovechando que la niña estaba jugando en el interior, Emilia la invitó a alejarse un poco.

—No quiero inmiscuirme en su vida, Faustina, Dios me libre —comenzó Emilia, mientras caminaban unos metros—, pero hay una cosa que me inquieta y quiero

hablarla con usted.

—Usted dirá, Emilia.

—Hace unos días que veo rondar por aquí a un pastor, al que supongo que usted conoce. —Emilia detuvo entonces la marcha, pues quería ver la cara de Faustina cuando ésta le contestara.

—Claro que lo conozco —dijo con naturalidad—. Es Avelino. Mi hermano.

Emilia se tranquilizó por un segundo. Y calló. Faustina prosiguió su explicación, sin que Emilia le hubiera pedido que lo hiciera.

—Baja de tanto en tanto del monte para visitarme. No tiene ningún peligro, señora. No se preocupe. Es un hombre callado y un poco bruto, pero sin peligro. La niña no tiene nada que temer.

Emilia recordó una frase de su padre que solía encerrar mucha verdad: «Excusatio non petita, accusatio manifesta». Aquella mujer estaba dando tantas explicaciones — que Emilia no creía haber pedido— que daba la impresión de que se estaba justificando. Pero, por otra parte, Emilia pensaba que era normal que un hermano visitara a su hermana de vez en cuando.

—Bueno, Faustina, creo que es hora de que me lleve a María —concluyó Emilia mientras entraba en la cabaña y se llevaba a la niña a toda prisa.

A partir de entonces se reveló algo curioso: Emilia espiaba a Faustina dondequiera que ésta estuviera con María y, allá adonde fueran, antes o después, encontraba al pastor merodeando. El caso es que aquel «de vez en cuando» que había dicho Faustina era en realidad «todos los días», y Emilia se iba cargando de aprensiones.

Aunque Dolores Mirañar tenía el gran defecto de ser excesivamente curiosa, aquel afán suyo por estar al tanto de todo era una ventaja cuando se quería saber algo. Y Emilia pensó que si alguien tenía información de aquel extraño hombre era Dolores. La alcaldesa consorte no sabía nada de él, ni de ningún forastero que hubiera llegado recientemente al pueblo, pero convino con Emilia en averiguarlo y contarle todo. Sus pesquisas resultaron infructuosas. Preguntaba a cualquier cliente que entraba; lo habló con su marido, Pedro Mirañar; si algún forastero pasaba por el colmado, indagaba sobre si era el posible pastor o si lo había visto, pero todo eran negativas. Y así se lo dijo a Emilia, que empezó a pensar que quizá aquel hombre estaba solamente en su imaginación, fruto de los miedos que la invadían desde la desagradable historia con Adolfina.

Aquella obsesión también le trajo problemas con Alfonso, que notaba que su esposa desaparecía de la posada y daba explicaciones peregrinas cuando le preguntaba dónde había estado. Emilia no se atrevía a revelar sus temores, pues habría equivalido a aceptar que se había equivocado con Faustina y, de momento, no quería reconocer ese error sin al menos tener pruebas y no solamente sospechas. Pero

Alfonso notaba que Emilia se iba alejando de él. Y él se daba a sí mismo una explicación que nada tenía que ver con la realidad. Pensaba que la razón era que no había sido capaz de darle otro hijo, siete años después del nacimiento de María, y que, ahora que la niña había crecido y pasaba menos tiempo con ella, aquella carencia se hacía más notoria.

Así las cosas, aquella tarde, Emilia tenía intención de llevarle a la niña a doña Francisca, aprovechando la ausencia de Alfonso, así que se acercó a recogerla a la choza de Faustina un poco antes de lo habitual. Entró sin llamar y lo que vio en el interior de la modesta cabaña le heló la sangre. María estaba en polainas, sobre el regazo de Avelino. Aquel ser abyecto tenía un brazo alrededor de la cintura de la niña y le acariciaba el pelo, al tiempo que la miraba de una forma lasciva. Emilia saltó como accionada por un resorte y tiró de María para bajarla de las rodillas del pastor. Puso a la chiquilla tras de sí y se encaró con el pastor, que seguía sentado.

—¿Qué estás haciendo con mi hija, bastardo? —gritó como una leona.

—Temple, señora, que yo no estaba haciendo nada —replicó Avelino con una calma insultante.

—¿Qué hacía mi hija en tus rodillas? ¡Cerdo! —chilló Emilia mientras se dirigía a él con el puño en alto. Avelino se levantó y paró el golpe, agarrando fuerte la muñeca de Emilia y retorciéndosela.

—¡Mamá! —gritó María.

—¡Sal de aquí, María! ¡Corre! —La pequeña se había quedado petrificada—. ¡Corre, te he dicho! ¡Ve con doña Francisca!

Aquel tipo no soltaba su presa. Tiró de Emilia hacia sí y la puso de espaldas, contra su cuerpo. Con la mano que le quedaba libre, tomó su cara y la apretó, girándola hacia sí. Le habló muy cerca, con un aliento apestoso y fermentado.

—Escúchame bien, rubia —sus palabras fluían lentamente, como un veneno espeso—, guárdate de decir nada de lo que ha pasado aquí. Sé que tu marido anda fuera y como se te vaya la muy, ni tú ni tu hija lo contáis. ¿Quedó claro?

Emilia no contestaba. Estaba aterrada. Ante la contundencia del pastor, emitió un débil «sí» y notó que la presión de aquellas manos rasposas cedía. Sin mirar atrás salió de la cabaña. El sonido de la risa sardónica de aquel ser repugnante quedó paulatinamente apagado por la lejanía y los latidos de su corazón.

Cuando por fin se acercó a La Casona, encontró a María en brazos de doña Francisca, llorando, con una congoja tal que no podía respirar. La Doña la abrazaba y la niña abrazaba a la mujer como si aquel contacto la alejara de cualquier peligro. Cuando vio entrar a Emilia, sofocada y casi sin aire, el susto de la Montenegro no hizo sino aumentar. En uno de los escasos gestos de ternura que se permitía Francisca Montenegro, tendió un brazo hacia Emilia y la hizo sentarse a su lado en el diván. Tan asustada estaba que salió la niña que aún vivía en su interior e, igual que María,

comenzó a calmarse con el contacto de la Doña.

Cuando recobraron algo de sosiego, Francisca llamó a Agustina y le ordenó que diera de merendar a María. Le tendió a la niña después de darle un beso en la mejilla y con la orden expresa de que la mimara.

—Y ahora, Emilia, me vas a contar lo que ha pasado —dijo la Doña girándose hacia ella—. María no podía hablar del susto y tú no eres ninguna histérica, así que algo muy gordo ha debido de ser.

A medida que iba conociendo los detalles del hecho, una ira irrefrenable iba apoderándose de Francisca, pero, en medio de esa ira, se filtraba el cálculo que convenía para lo que ella anhelaba.

—Habrás que tomar medidas, sin duda —sentenció con toda la calma que se pueda imaginar—. Y quiero que me escuches atentamente, Emilia. Y sin una réplica, evidentemente.

Emilia asintió y la Montenegro prosiguió.

—Está claro que no puedes proteger a María. Con ese elemento rondando y con tu marido haciendo quién sabe qué fuera de casa.

—Ha ido a... —intentó defender Emilia.

—No me importa lo que esté haciendo. El caso es que no está cuando tiene que estar. —Emilia calló y otorgó, y la Doña prosiguió—. Sabes que soy la única que puede proteger a tu hija. Por eso le dijiste que viniera corriendo a mi casa, ¿no es así?

Emilia asentía y veía cernirse la trampa, pero no tenía argumentos para rebatir a la Doña.

—Yo cuidaré de María. La traerás a vivir conmigo. Te dije hace tiempo que era lo mejor para ella.

—Eso no, doña Francisca. Puede pasar los días, si a usted no le importa, hasta que vuelva Alfonso, pero dormir no. Mi marido nunca lo aceptaría.

Francisca sabía que para conseguir lo que quería iba a tener que dar un paso detrás de otro, así que prefirió soltar un poco el sedal.

—Sea, pues. Pasará los días aquí, conmigo, bien vigilada, y la recogerás en la tarde para que duerma contigo. ¿Estamos?

—Sí, señora —acató Emilia—. Pero solo hasta que vuelva Alfonso.

—De acuerdo. No sé si tu marido tendrá los arrestos suficientes en caso de que ese pastor del demonio se acerque; pero probemos.

Con ese acuerdo, que favorecía a las dos partes, transcurrieron unos cuantos días. Emilia estaba tranquila, María feliz en La Casona, jugando con bonitas muñecas y regresando a casa para dormir con su madre. Emilia le había consentido un privilegio que le faltaba desde que había crecido: dormir en la cama de sus padres.

Lo que Emilia no sabía es que Francisca Montenegro las vigilaba cuando se marchaban, a la caída de la tarde, las seguía, sin que ellas lo supieran, hasta que

tomaban el camino del pueblo y se acercaban a éste lo bastante. Una tarde como tantas otras, Francisca estaba vigilando, como era su costumbre. Madre e hija iban caminando y se internaron en la parte más profunda del jardín de La Casona. A Francisca la inquietaba esa zona y respiraba aliviada siempre que las veía asomar. Pero aquella tarde tardaron demasiado en hacerse visibles de nuevo. Francisca esperó, pero no aparecieron.

Igual que Francisca las vigilaba, también lo hacía Avelino, y aquella parte del jardín que inquietaba a Francisca lo favorecía a él. Fue todo muy rápido. De un golpe en la cabeza, dejó inconsciente a Emilia y se abalanzó sobre María, tapándole la boca. Su depravado instinto le obnubilaba de tal manera que desgarró las ropas de María allí mismo, en el jardín de la Montenegro. Aplastando a María con su peso, le sujetó las manitas y la forzó. María no podía gritar. La mano de Avelino le tapaba la boca y apenas le permitía respirar. Su mirada estaba perdida, fija en el cielo. De pronto, sintió que algo húmedo le salpicaba la mejilla. Era sangre. Sintió que la cabeza del pastor caía y que todo su peso inerte se desplomaba encima de su cuerpo asfixiándola. Emilia había recuperado el sentido y le había abierto la cabeza con una piedra. María pudo zafarse, deslizándose como una culebrilla, pero Avelino no estaba ni mucho menos acabado. Como un gato se levantó y agarró a Emilia del pelo, la tiró al suelo y comenzó a apretar su cuello.

—Te dije que acabaría contigo —mascullaba con una mirada desencajada mientras Emilia sentía que ya no podía respirar.

En su último soplo de vida, Emilia vio que Francisca se acercaba empuñando un cuchillo que clavó con decisión en el costado del hombre. De nuevo, Avelino aflojó la presión, pero echó la mano a un lado y se arrancó el arma que lo había herido. Blandiéndola, se fue contra Francisca, que retrocedía y agarraba sus faldas al intentar esquivarlo. Aquel monstruo reía, como jugando al gato y al ratón con la mujer, hasta que su risa cesó y cayó de nuevo al suelo. Emilia le había golpeado con una pala y no paró cuando lo vio inerte: siguió golpeando la cabeza, con movimientos regulares, hasta que perdió la cuenta de los golpes que llevaba dados a aquella masa sanguinolenta. Francisca dejaba que aquella madre descargara toda la furia contra el que había forzado a su hija, una niña de siete años, que no era consciente de qué era lo que había pasado exactamente y que ahora tenía su mirada perdida en algún punto muy lejano del horizonte y la mente muy lejos de aquel lugar.

—Emilia, está muerto —dijo por fin Francisca.

Pero Emilia lloraba de rabia y no se detuvo hasta que Francisca se acercó y le sujetó el brazo cuando iniciaba la descarga de un nuevo golpe.

—Ya, Emilia. Ya está.

Francisca era la única que conservaba la cabeza fría. Con la misma pala que era el arma homicida, cavó un agujero. Francisca Montenegro estaba ocultando las pruebas

del delito de Emilia con sus propias manos. Ambas mujeres tomaron el cadáver de Avelino y lo echaron dentro. Las dos quedaban así unidas de por vida por un terrible secreto.

Francisca Montenegro ordenó plantar, en ese mismo lugar, otra higuera que crecería frondosa con las raíces profundamente ancladas a aquella tierra. Y ordenó a Mauricio que redujera a cenizas el chozo de Faustina... con ella dentro.

Algunos días después de que aquellos hermanos desaparecieran de la faz de la tierra, Francisca mandó recado al afilador de que pasara por La Casona. Si alguien podía enterarse de cosas, fuera del radio de acción de la Montenegro, era él. Y sí, Pepe sabía quién era Faustina y le contó la historia.

Era tan negra y depravada que a la propia Montenegro le costó creerla. Pepe había oído que ambos era de Cienmilanos y que los habían sacado a pedradas de su pueblo. Por eso vagaban de acá para allá. Ella de feria en feria, ganándose el sustento con el arte del encaje, y él apacentando un ralo rebaño de cabras y vendiendo su leche a quien no hubiera oído nada de su historia. A Faustina no se le conocía marido, decían en el pueblo, pero sí tenía tres hijas y solo la visitaba un hombre: su hermano, cuya vida transcurría como la de un eremita, en los montes, con las cabras. Por aquel motivo, el pueblo sospechaba que las tres hijas de Faustina eran, en realidad, fruto del incesto. La muerte de las tres niñas, a una edad nunca superior a los siete años, tenía una explicación aún más negra. Se decía en el pueblo que Avelino era un ser depravado con una atracción malsana por las niñas de corta edad y que Faustina prefirió matar a sus hijas a someterlas a la tortura de ser el juguete sexual de aquel que, al mismo tiempo, era su padre y su tío.

A aquello fue a lo que tuvo que enfrentarse María cuando solo contaba siete años de edad. Y fue también lo que le permitió a Francisca Montenegro conseguir el objetivo que siempre había tenido en su punto de mira: ser ella quien criase a María.

17

(1913)

Quizá hubiera sido más fácil decirle toda la verdad a Alfonso. Puede que la pena, la culpa y el miedo hubieran sido así más llevaderos. Pero todo era mucho más complejo, no se reducía a un sencillo tema de sinceridad. Con cierta regularidad llegaban cartas a la casa. Se trataba de cartas devueltas. Eran los baldíos intentos de Alfonso por saber de su hermana Mariana, encerrada en alguna cárcel de Melilla desde hacía diez años. Alfonso jamás recibió una respuesta. Y aun así, aunque espaciara los envíos, no dejó de escribir. Lo hacía por él, pero también por su madre, Rosario, que ya no tenía muchas razones para sentir alegría, viviendo con el triste Tristán en El Jaral.

Emilia se sentía responsable de haberles quitado a ambos la alegría de tener a María cerca, pero estaba segura de que ninguno de los dos hubiera soportado verla a ella también en la cárcel, como lo estaba Mariana. Estaba convencida de que perder a María podía ser el fin de su felicidad matrimonial con Alfonso, pero para este ver a la propia Emilia entre rejas podía acabar con su vida. Y eso era lo último que Emilia quería.

Porque en los tres años que hacía que María estaba en La Casona, la relación de la pareja había sufrido y mucho. Alfonso estalló en cólera cuando María se fue a vivir con la Montenegro. Emilia trataba de razonar su decisión, pero con tan pobres argumentos que nunca llegó a convencer a su marido. Y es que Emilia había decidido callarse la verdadera razón hasta el fin de sus días.

Así, lo que en un primer momento eran asiduas visitas comenzaron, por un motivo u otro, a espaciarse. De modo que, al principio, Emilia y Alfonso no apreciaban los avances en la educación de su hija. Pero cuando las visitas se fueron separando en el tiempo, se abría cada vez más la zanja entre unos padres de clase humilde y una hija que se comportaba con la distancia de una señorita. Y es que María estaba siendo educada como una auténtica señorita. Una institutriz de la más rancia escuela inglesa, miss Bradford, la instruía en filosofía, aritmética, literatura, inglés y francés, y buenos modales. María llevaba una vida digna de las niñas de la clase social más alta y recibía regalos de acuerdo con ese estatus.

En el décimo cumpleaños de María, la Montenegro tuvo la deferencia de invitar a

los padres de su ahijada, pues ése era el trato que le daba a María, a un «pequeño ágape» en La Casona. El ágape no fue tan pequeño, pues, cuando Alfonso y Emilia llegaron, vieron que el jardín se hallaba profusamente decorado con guirnaldas y flores blancas y que por él se movía una multitud de no menos de cincuenta personas, a quienes, en su mayoría, no conocían. Alfonso se tragó su orgullo, como siempre hacía cuando llegaba a los dominios de la Doña. Él y Emilia se quedaron en un pequeño rincón con don Anselmo y los Mirañar, mientras a su alrededor desfilaban señoras empingorotadas y caballeros estirados que, sencillamente, no se fijaban en ellos, o en el peor de los casos, los miraban con gesto altivo por encima del hombro. Les costó llegar hasta su hija para poder darle su regalo. Habían hecho un esfuerzo y le habían comprado un precioso carrusel de madera, pintado con brillantes colores. María lo abrió y, al poco rato, ya lo había abandonado. «Ya tengo uno», dijo, sin saber el daño que podían hacer esas simples palabras a sus padres. Y contrapuesto a aquella indiferencia, destacó el entusiasmo de su hija cuando apareció en el jardín el regalo de su madrina. Un poni color canela, con preciosas crines rubias, adornado con un enorme lazo rojo.

Aquello fue más de lo que Alfonso pudo soportar y abandonó la fiesta, seguido por la mirada de triunfo de Francisca. Había perdido a su hija y Emilia también. Y lo más triste de todo aquello es que María ni siquiera echó de menos a sus padres. Subió al poni y con una habilidad inusual para cabalgar dio un paseo por las inmediaciones de la casa.

Alfonso no despegó los labios en todo el camino hacia casa y Emilia prefirió no suscitar ninguna conversación. Sabía que vivía encima de una cazuela que había estado cocinando la frustración a fuego lento, y que aquel día había roto a hervir. Iba a hacer falta muy poco para que el contenido se desbordara. Y lo hizo al llegar a casa.

—Esto no tiene ningún sentido, Emilia. ¿De verdad te conformas con tener así a tu hija? ¿A medias? —preguntaba Alfonso incrédulo.

—Cariño, por favor. Cálmate —intentó templar Emilia.

—Ni cariño, ni ocho cuartos, Emilia —respondió él enfadado—. Llevo casi cuatro años calmado. Aceptando y aceptando, pero sigo sin entender.

Alfonso no era persona de ira fácil. Era un hombre templado y bueno. Amaba tanto a su esposa que admitía casi todo lo que ella quisiera, de buen grado y sin sentir que renunciaba a nada por hacerla feliz. Pero Emilia sabía que, cuando estallaba, era como una presa que después de haber ido agrietándose acaba por romperse. Aquella grieta se abrió el día en que María se trasladó a La Casona y no había hecho más que agrandarse. Si hoy Emilia no era hábil, la riada arrastraría todo a su paso.

—¿Qué hay de malo en que María tenga lo que nosotros no podemos darle?

—¿Has estado conmigo en esa reunión en La Casona o he estado yo solo, Emilia? —respondió su marido alzando cada vez más la voz—. ¿Por qué tengo que comulgar

con ruedas de molino? ¿Me lo quieres explicar?

—Creo que te estás excediendo. —Emilia fingía una serenidad que no tenía, pero si le daba la razón a Alfonso, todo estaría perdido.

—¿En qué me excedo, Emilia Ulloa? Me he tragado que a mi hija la críe la mujer que más daño ha hecho en el mundo a mi familia. Todo por tu obstinación en que se eduque como una señoritinga estirada. ¡Y vive Dios que lo has conseguido! — Alfonso daba vueltas por el comedor, fuera de sí—. ¡Un poni! ¿Crees que María necesita eso para ser una persona de bien? ¿Acaso tú eres malvada por no haberlo tenido? ¿Lo soy yo? ¡Dime!

—Tampoco habría sido malvada si lo hubiera tenido.

—¡Deja de jeringarme, Emilia! —Pero de repente Alfonso se calmó y con voz solemne proclamó—: Mañana sacaré a mi hija de La Casona, digas lo que digas.

Por la cabeza de Emilia pasaron las consecuencias de aquella amenaza y vio claro que tenía que atacar con su arma más contundente. Y lo hizo.

—Si mañana sacas a María de La Casona, me iré con ella y no nos volverás a ver a ninguna de las dos.

—No te atreverás a llevarte a mi hija.

—¿A tu hija? Querrás decir «mi hija» —y mientras Emilia pronunciaba esas palabras, ya se estaba arrepintiendo.

Alfonso se quedó helado. Se hundió en la silla y puso la cabeza en sus manos.

—Eso ha sido una puñalada traperera, Emilia.

La mujer flexionó sus rodillas para poner su cara a la altura de la de Alfonso, pero, por toda respuesta, él se levantó y salió a la calle dando un portazo. Emilia lloró, arrepentida del veneno que había soltado. Alfonso no se merecía ese trato, de eso ella era consciente, pero se había sentido acorralada y había reaccionado casi sin pensar. Esperaba que aquel daño no fuera irreparable.

Pero Emilia no andaba desencaminada. María, ajena a todo esto, era una niña feliz. Parecía haber nacido para aquel tipo de vida. Para ella era normal estrenar vestidos a menudo o tener más zapatos de los que podía contar. Igual que le resultaba normal tener un poni, aunque sus padres fueran dos obreros que sacaban adelante su negocio como mejor podían.

El caso es que tras aquella amarga discusión, las visitas a La Casona se fueron haciendo más y más escasas, hasta que Emilia y Alfonso ya solo veían a su hija los domingos cuando iba a la iglesia en la calesa de su madrina y se quedaba a charlar con ellos un rato después de la misa. Emilia y Alfonso lo aceptaban con tristeza y resignación, pero para María aquellos momentos con sus padres eran más que suficientes.

Solo una cosa enturbiaba el mundo de ensueño de María Castañeda. A menudo por las noches sufría terribles pesadillas. Algo la perseguía, sentía su aliento cerca y

la atrapaba, dejando sobre su pecho un peso enorme que la impedía respirar. Entonces se despertaba llorando y llamaba a su madrina, que la abrazaba y consolaba con una ternura que pocos podían imaginar en Francisca. Y es que adoraba a esa niña. Y María a ella. Con ese amor incontestable de los niños hacia sus mayores, ajenos a lo negro que pueda ser el fondo de su alma.

Además de los sueños a los que su madrina quitaba importancia, diciendo que solo eran eso, sueños, y que se le pasarían con la edad, María tenía otra característica que suponía un escollo en su vida y que, con la edad, acabaría siendo un verdadero problema. María toleraba mal la presencia masculina a su alrededor. Había dos excepciones: su padre y don Anselmo, pero cuando Mauricio aparecía, se escondía detrás de las faldas de su madrina o de cualquier cosa que pudiera protegerla de él. Cuando era más pequeña, jamás había tenido una reacción arisca con el capataz, al que veía a menudo cuando su madre la llevaba a visitar a doña Francisca. Mauricio, de hecho, era cariñoso con ella, no solo porque sabía que para él era beneficioso complacer a aquella niña por la que su ama tenía debilidad, sino también porque María era una niña simpática que respondía a sus muestras de cariño. Pero desde que se trasladó a vivir a La Casona, no toleraba su cercanía y ni siquiera aceptaba cosas tan simples como que Mauricio la ayudara a subir a su poni. Ni Mauricio ni ninguno de los braceros cuya ayuda solicitaba el capataz.

La Doña estaba convencida de que aquellas manías pasarían con la edad y apenas conseguían turbar la felicidad que irradiaba de su interior y se reflejaba en su físico. Aparte de haber cambiado su vestuario de colores oscuros por otro más moderno y en el que incluso se permitía algún tono más claro, caminaba más airosa y feliz. Incluso parecía haber ganado tersura en su piel, a sus cincuenta años más que cumplidos. Hasta su cabeza, que nunca había sido lenta, había ganado agilidad y su especial visión para los negocios se estaba agudizando.

Tanto que, con esa fuerza renovada que le aportaba María, decidió aprovechar el revuelo social que se estaba produciendo por aquellos tiempos en España. Revuelo propiciado por las reivindicaciones de unas condiciones salariales y laborales mejores por parte de una clase trabajadora cada vez más fuertemente sindicada y cada vez más crítica con la alternancia bipartidista. España parecía ser reticente a un cambio que restara privilegios a las clases dirigentes para dárselos a los trabajadores. Llevaban así tanto tiempo que la alternancia de los dos partidos parecía la única forma de gobierno posible en todo el territorio. Aquella reclamación de derechos ya no sociales, sino humanos, se reflejó claramente en hechos determinados. Ya en 1909, la Semana Trágica de Barcelona puso ese malestar de manifiesto sin lugar a dudas. El gobierno del conservador Maura decretó el envío de fuerzas de reserva a la guerra de Melilla, un contingente compuesto exclusivamente por padres de familias obreras. Y en un país que empezaba a tomar una conciencia sindical, materializada en el auge de los

partidos anarquista, socialista y comunista, aquel decreto fue la gota que colmó el vaso. Las clases dirigentes no cambiaban su actitud y Barcelona protestó de nuevo con una huelga del textil en 1913. Aquellos movimientos obreros sabían que ninguna clase dirigente renuncia a sus privilegios sin violencia, y eso fue lo que aplicaron.

Francisca vio en aquel revuelo una oportunidad de negocio, si se ofrecía una alternativa al pujante pero sindicalizado textil catalán. Decidió cambiar las instalaciones de la conservera y arrancar una fábrica textil. La inversión fue cuantiosa, pero ella estaba convencida de que, cuando funcionara a pleno rendimiento, tendría su retorno. Al fin y al cabo, Puente Viejo estaba alejado de todo. También de los movimientos sindicales.

Su felicidad era plena. Solo le faltaba un pequeño detalle: una doncella para María. Agustina era demasiado bruta, según ella, y necesitaba alguien a la altura de su ahijada. El destino, como siempre, jugaría a su favor.

Ya no era un niño. Ya no caminaba por la selva con paso titubeante. Había pasado el tiempo y Gonzalo era ya un joven de diecisiete años. La selva era ahora parte de su entorno más cotidiano. Ya no dedicaba su tiempo al estudio y a la oración. Había llegado a esa edad en la que tenía que comenzar a aprender la parte práctica de las misiones. Y ahora ya se le permitía acompañar a los padres misioneros en sus viajes evangelizadores por lo más intrincado de aquellos parajes hasta las tribus más recónditas.

Iba con el padre Rafael, a quien don Celso había confiado la parte práctica de su formación. Gonzalo apenas lo conocía, pues paraba poco por la misión. Su vida era un constante trasiego por el río y un contacto diario con los habitantes autóctonos de la región. Don Celso odiaba esa parte que Rafael adoraba y, aunque la había ejercido, la abandonó totalmente cuando se convirtió en vicario de la misión. Las pocas veces que salía de ésta, lo hacía para ir a Santa Marta a visitar al arzobispo y a dar cuenta de la evolución de La Guajira. Don Rafael se movía en la selva como un jaguar y don Celso era perfecto para los despachos. Y Gonzalo, muy a pesar de don Celso, prefería la selva.

El vicario seguía creyendo que Gonzalo sería el sustituto ideal y habría preferido tenerlo bajo su tutela y enseñarle los manejos de las altas instancias eclesiasísticas. Pero como era hombre conocedor del espíritu humano, sabía que la mejor forma de alentar la vocación sacerdotal de Gonzalo era dejándole descubrir la parte de ayuda al prójimo de las misiones. La parte humana era la que ganaría el espíritu de Gonzalo y no la organizativa y de poder.

Así que Gonzalo, al lado del padre Rafael y acompañado a veces por Mateo, pasaba grandes temporadas alejado del estudio teórico y aprendía sobre el terreno cómo se hacía una labor evangelizadora y social.

Y también descubrió cómo vivían otros pueblos. Gente primitiva que tenía sus propios dioses, a los que podían ver y tocar cada día. Eran los árboles, los ríos, los animales y el sol o la luna. Gonzalo entendía que, en un entorno duro como es la selva amazónica, tener a un dios al que pudiera verse era de gran ayuda. Cada día quienes creían en estos dioses podían apreciar demostraciones de la fuerza de sus divinidades, mientras que Gonzalo, en ocasiones, tenía que hacer un esfuerzo de fe para seguir creyendo en el todopoderoso pero invisible Señor de los cristianos.

No obstante, Gonzalo también apreciaba la buena obra que en su nombre llevaban a cabo personas como el padre Rafael, que enseñaba a los indígenas a cultivar la tierra, a leer y a curar ciertas enfermedades. Aquel hombre hacía todo aquello con una abnegación y una generosidad que impresionaron a Gonzalo. Y para él fue un modelo de cómo, si al final se decidía, debía ejercer su ministerio sacerdotal. Gran conocedor de aquel entorno y de sus gentes, el padre Rafael tenía su propia forma de catequizar y consentía que aquellas tribus dieran sus formas a las figuras del santoral cristiano. No era importante la forma. Lo que importaba era el fondo. Si Dios estaba en todas partes, también podía tomar muchas formas, le decía a Gonzalo. A éste le llamó poderosamente la atención una figura de san Miguel, el santo al que rezaba con más devoción desde que lo había ayudado en la ermita de San Saturio. El diablo era un caimán y san Miguel no llevaba una espada, sino una lanza y tapaba su cuerpo solamente con un trozo de tela en su cadera, igual que aquellas gentes de las tribus se tapaban a sí mismas. Gonzalo vio muchas figuras así, siempre de madera tallada y con brillantes colores.

Había, no obstante, un reducto que se resistía al padre Rafael. Sabía que río arriba, allí donde aún no había llegado el hombre blanco, quedaba todavía una tribu de indios motilones. Tenía que llegar a ellos, pero también sabía que eran feroces guerreros que no se andaban con chiquitas. El territorio de estos motilones mermaba y, durante un tiempo, se fueron replegando hacia el interior, para mantener la distancia con el hombre blanco. Su experiencia con los colonos no había sido en absoluto favorable. Y aunque fieros, les tenían miedo, pues no eran pocas las víctimas de sus enfrentamientos con las armas de fuego de los blancos.

La última incursión que se les había atribuido había tenido como objetivo la mina de esmeraldas. Con ese sigilo con el que solo son capaces de moverse los habitantes de la selva, habían entrado en el campamento minero y habían prendido fuego a varias de las cabañas que lo componían. Vicente tomó una partida de hombres y se internó con ellos en la selva, donde sabía que los encontraría, pero, cuando llegaron al lugar, las cabañas, todas rectangulares con sus techos de paja, estaban desiertas. Ni un solo apero quedaba en su interior. Habían buscado otro lugar. Contaban los trabajadores de la mina que Vicente montó en cólera y mandó quemar aquellas construcciones.

—Te cazaré. Juro que te cazaré. Maldito mestizo —gritaba el capataz montado sobre su caballo, que estaba, a su vez, encabritado por la ira de su amo y por el fuego. Pero antes de que ardieran definitivamente las cabañas, comenzó a llover de esa forma rabiosa en que lo hace en aquellas tierras, y las llamas se sofocaron. Los esmeralderos, católicos, pero con sus supersticiones aún muy arraigadas, vieron en aquello una señal de protección a los motilones y salieron huyendo.

La anécdota llegó a oídos del padre Rafael, quien determinó que la mejor forma

de ganarse a aquella tribu era la palabra de Dios y no la de guerra, así que anduvo preguntando por los poblados adonde podían haber ido aquellos indios. Y averiguó dónde habían levantado su nuevo asentamiento. Tenía además una sospecha y ansiaba confirmarla. Eso, aparte de su labor evangelizadora, era lo que lo movía a buscar. Y prefería ir solo con Gonzalo, porque de confirmarse su sospecha, el muchacho sería, por su discreción, el compañero ideal.

Estuvieron buscando durante varios días. Dormían en la selva. Seguros de que, del otro lado del follaje, los observaban. Pero nunca surgió ningún problema, por lo que el padre Rafael sospechaba que debían de andar cerca de su objetivo, aunque no tanto como para que los dos misioneros fueran considerados un peligro.

En cierta ocasión, cuando el sol se levantaba, Gonzalo miró la copa de uno de los árboles. Su tronco estaba estrangulado por lianas y sus hojas de un color verde oscuro buscaban la luz, muy arriba, cerca del cielo. Gonzalo mantuvo la mirada fija en aquellas hojas, sabedor de que en breve se produciría el milagro. Y cuando el sol subió un poco más, aquellas hojas perdieron su color verde y, en vez de éste, apareció una gran cantidad de manchas rojas que salieron volando al unísono. Eran difíciles de ver, pero Gonzalo había aprendido a mirar a los quetzales y a deleitarse cuando, al girarse hacia el sol que se levantaba, mostraban el plumaje rojo de su pecho y delataban de este modo su presencia. Era una delicia verlos volar y perderse con rapidez en el horizonte, escaso en aquella zona frondosa. Se dirigió al río y se refrescó la cara. De repente, vio una figura reflejada en las ondas que formaban las gotas que caían de sus manos. Se asustó y casi se cayó de espaldas cuando se giró. Aquella figura lo miraba, lanza en ristre, con una amplia sonrisa.

—Gonzalo —dijo la figura al tiempo que sonreía, también con sus ojos azules.

—Manuel. ¿Eres tú?

—Soy Marú. Sí, Gonzalo. Soy yo —respondió el mestizo tendiéndole la mano para ayudarlo a incorporarse.

—Pero ¿de dónde sales? —inquirió Gonzalo con asombro.

—Solo escucha —dijo Marú poniendo una mano en el hombro de su amigo—. Sé que me andas buscando. Mejor dicho, que andas buscando a mi pueblo.

—El padre Rafael quiere hablar con vosotros.

—Aléjalo de aquí. ¿Puedo confiar en ti?

—¿Por qué?

—Solo aléjalo. No hay tiempo de explicar nada ahora. Hazlo no más. Si quieres saber, vuelve a este río, pero solo. Ayúdame, por favor.

—Claro —dijo Gonzalo.

—Nos volveremos a encontrar —se despidió Marú, que ya se alejaba rápidamente internándose en la maleza.

El padre Rafael apareció por el lado contrario y sobresaltó a Gonzalo.

—Buenos días. ¿Con quién hablabas?

—Rezaba, padre —mintió Gonzalo, sin estar seguro de qué había visto u oído el padre Rafael.

Pasaron dos noches más en la selva durante las cuales dejaron de sentir aquella presencia escrutadora de otros días. Don Rafael dedujo que debían de haberse alejado de territorio motilón o bien que los propios motilones habían tomado distancia. Así que el padre decidió que era mejor volver a la misión.

Gonzalo no dejaba de buscar el momento en que pudiera volver a encontrarse con Marú. Y vio la gran oportunidad cuando el padre Rafael cayó enfermo con una infección intestinal. Se le ocurrió entonces pedir permiso al padre Celso para proseguir él solo con la labor de buscar a los motilones. En principio, el padre Celso no estuvo de acuerdo en que fuera solo por aquellas selvas. Aún lo consideraba inexperto. Pero Gonzalo lo convenció diciéndole que sentía esa llamada y que debía hacerlo, que sabía que el Señor lo protegería. Don Celso vio en aquello una señal del fortalecimiento de la fe de Gonzalo y un paso más hacia el sacerdocio, y aceptó.

Gonzalo partió y tomó como base el poblado de El Carmen, última frontera del territorio de La Guajira antes de la selva en la que encontró a Marú. No ocultó en el poblado que su intención era evangelizar a los motilones, por lo que estaba justificado que desapareciera durante días. Pero, al no encontrar a Marú en ninguna de las ocasiones en que se llegó al río, regresaba al poblado cada noche. Por fin encontró a Marú en el río y aquella noche Gonzalo no volvió, ni tampoco la siguiente. Marú lo llevó con él a su poblado y, allí, en su cabaña de madera y paja situada en lo profundo de la selva, le contó la historia de lo que había acontecido los años que habían estado separados.

Marú había vuelto con su pueblo. Aquello estaba claro, pero Gonzalo quería saber qué era lo que le había sucedido desde aquel día en la selva en que algo le había picado en la mano.

—Lo que te picó fue una rana flecha venenosa. Su veneno es el más potente del mundo y mi pueblo lo utiliza para envenenar dardos y flechas.

—¿Y por qué no estoy muerto?

—Porque te chupé el veneno. Y conozco el antídoto —rió Marú y, ante la expresión interrogante de Martín, continuó con su explicación—. Mi madre me traía cosas a la misión de vez en cuando, sin que nadie lo supiera. Ese día nos buscaron a los dos, pero claro, estábamos en la selva, «investigando». Te subí al dormitorio que estaba vacío y te di el antídoto.

—Pero te arriesgaste por mí.

—Tú también lo habrías hecho —respondió Marú como si no tuviera ninguna importancia—. Esperaba poder darte el antídoto, dejarte allí y salir huyendo. Pero calculé mal y el padre Celso me sorprendió. Los latigazos que temí los recibí

multiplicados por dos.

—Y luego huiste.

—No hui. Me sacaron de allí a la fuerza. —Marú hizo una pausa—. Vicente me llevó. Y me tuvo trabajando en la mina de esmeraldas. Ahí era donde llevaban a los niños, Gonzalo. Y ahí los siguen llevando. A trabajar en la mina.

—Pero eso está prohibido.

—Tantas cosas hay prohibidas...

—¿Y el padre Celso sabe que trabajan allí? ¿Y lo consiente?

—No solo lo consiente, Gonzalo, sino que saca provecho de ello. Qué o cuánto no lo sé, pero saca partido. Y el arzobispo hace la vista gorda porque, seguramente, también recibe algo.

El mito de Martín se había derrumbado.

—Y ¿cómo llegaste a la selva? ¿Cómo te aceptaron de nuevo?

—Mi madre vino a buscarme. El antiguo chamán había muerto. Y sin su oposición, mi madre podía tenerme de nuevo con ella.

—¿Así de fácil?

—No lo fue en absoluto —repuso el otro riendo—. Vicente nos persiguió a mi madre y a mí, pero la selva nos ayudó y huimos. He vivido todos estos años con los míos, lejos de las palizas de don Celso y de Vicente.

—¿Y ahora por qué me has buscado?

—Porque nuestra tierra se hace cada vez más pequeña. La misión está ampliando su territorio y Vicente ha jurado encontrarnos y darnos muerte a mí y a los míos. Y yo tengo que protegerlos.

—¿Por qué tú?

—Porque soy el nieto de Hocoche. El jefe. Es el padre de mi madre. No ha tenido ningún descendiente varón. Por eso mi madre fue a buscarme. Soy el mayor de sus nietos. El único varón.

—¿Ya no tiene miedo a la maldición?

—Las visiones del nuevo chamán han dicho que la maldición empezó cuando me fui. Arrancar a un hijo de su madre solo ha traído desgracias.

—¿Y qué tengo que hacer yo? ¿Por qué me necesitas?

—Porque quiero que les digas que no nos encuentras. Que has recorrido la selva, pero que hemos desaparecido. Diles que seguramente hemos pasado la frontera y estamos en territorio de Venezuela. A ti te creerán.

—Pero esto podrías habérselo contado también al padre Rafael. Él os habría protegido.

—El padre Rafael no es mi amigo. Él no me debe la vida. Se debe a Dios.

—Pero yo también me debo a Dios, Marú.

—Tu destino aún no está escrito. Si ni siquiera conoces tu pasado, ¿cómo puedes

saber tu destino?

—Y tú ¿conoces el tuyo?

—El chamán me lo ha revelado. Mi destino es salvar a mi pueblo.

—¿Cómo puedo conocer el mío? ¿Y mi pasado?

—Preguntándole al chamán. Si cree que debes conocerlos, te los revelará. Pero hoy debes partir, Gonzalo. Vuelve mañana, te esperaré en el río.

Y sin más desapareció de nuevo entre los árboles. Aquella noche, de vuelta al poblado de El Carmen, Gonzalo tuvo un encuentro inesperado.

—¡Padre! ¡Qué alegría verle!

El padre Rafael estaba plenamente recuperado y había venido a echarle una mano. O al menos ésa fue la explicación que le dio a Gonzalo.

A la mañana siguiente, Gonzalo se levantó muy temprano para acudir al lugar de su cita con Marú. Esperó durante un buen rato, pero Marú no apareció. Quien sí lo hizo, en cambio, fue el padre Rafael.

—Mucho has madrugado, Gonzalo.

—Siempre me despierto con el sol, padre. Lo aprendí de usted.

—¿Y vienes solo hasta el río y te quedas aquí un buen rato? —inquirió el padre con un tono de incredulidad que Gonzalo captó enseguida.

—Dios está en todas partes, ¿no es así?

—En efecto, hijo. Y ve todas las cosas. Pero también algunos hombres vemos algunas cosas.

—¿Intenta decirme algo, padre?

El anciano misionero se sentó al lado de Gonzalo.

—Sé por qué vienes a este lugar, hijo mío. Y sé por qué has querido venir solo. —Gonzalo fue a responder, pero el padre, con un gesto de la mano, le indicó que lo dejara seguir—. No quiero que mientas. No a mí, al menos.

—Padre, yo... —balbuceó Gonzalo—. ¿Desde cuándo lo sabe?

—Desde el primer momento, hijo mío. Desde tu primer encuentro con Marú.

—¿Y por qué no dijo nada?

—Porque estás buscando algo. Lo sé. Andas buscando respuestas. Y si quieres ser un buen sacerdote, cuantas más tengas, mejor.

—Es cierto, padre. Necesito saber quién soy. Desde que salí de mi pueblo me han contado una historia sobre mi vida y ya no sé si mis recuerdos son ciertos o si me engaño para darme una vida y un pasado que nunca fueron míos.

—¿Y qué esperas de Marú? ¿Lo ayudas a él desinteresadamente o esperas algo a cambio?

—Lo ayudo porque es mi amigo y porque ahora mismo me necesita. Necesita nuestra ayuda, padre Rafael. —Gonzalo hizo una leve pausa emocionado—. Pero también lo hago por mí. Su chamán tiene respuestas.

—El chamán. —El padre Rafael sonrió y bajó la cabeza.

—Ya sé que me dirá que es una superstición y que eso es justamente lo que hemos venido a erradicar, pero...

—Yo no te voy a decir nada, Gonzalo. Solo una cosa: que no mientas. —Giró levemente su cuerpo y se puso frente a Gonzalo—. Mira, yo también tenía tu edad cuando llegué a estas tierras y también tenía muchas preguntas. Y estas gentes, a las que, con toda nuestra soberbia, nos creemos obligados a enseñar, tienen también mucho que decirnos.

Si ya Gonzalo simpatizaba de forma especial con el padre Rafael, aquellas revelaciones, nada ortodoxas respecto al *modus operandi* de la Iglesia católica, lo acercaban aún más a él. Ahora entendía de dónde venía su amor por la selva. De dónde procedía su simpatía hacia aquellas gentes y la razón de su éxito en su misión evangelizadora. El padre Rafael conocía a aquellas gentes mejor que nadie y les hablaba desde la comprensión, no desde el dominio.

—¿Usted cree en los chamanes?

—A veces sigues preguntando como un niño —repuso el padre riendo—. Déjame que te diga tan solo que no voy a ser yo quien te impida experimentar, conocer y comprobar. Yo puedo contestar a ciertas preguntas, pero no tengo todas las respuestas.

—Gracias, padre.

—Y también te diré que Marú puede estar tranquilo en lo que a mí respecta. —El padre Rafael se levantó e inició su marcha—. Ah, déjame darte solo un consejo: no me gustaría mentir en exceso, por lo tanto, vuelve a dormir al poblado, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Así que Gonzalo, bajo la tutela del padre Rafael, pasaba largas temporadas fuera de la misión, en el poblado de El Carmen. Y durante esas temporadas, sus visitas a los motilones eran frecuentes. Aprendió cosas de ellos. Y los admiró. Supo que creían también en un solo dios, el creador y ser supremo al que llamaban Maruta. Observó que enterraban a sus muertos con comida para un largo viaje y que embalsamaban sus cuerpos. Pero sobre todo aprendió de ellos el uso de plantas para curar enfermedades y para sus rituales mágicos. Y ellos, los motilones o baris, fueron escuchándole cuando él los adoctrinaba sobre la fe católica porque, con el tiempo, empezaron a considerarle uno de ellos. Tanto que le dieron un nombre: Kampisike, que no significaba otra cosa que «niño».

Pero Gonzalo no consiguió en todo aquel tiempo que pasó entre los motilones que el chamán lo buscara para decirle nada sobre su pasado. Según Marú, tenía que tener paciencia. El espíritu vendría cuando tuviera que venir. Y al fin y al cabo, era posible que el espíritu no llegase a alguien que no dejaba de ser un hombre blanco.

El día en que Gonzalo cumplía los veinte años, una voz en el río pronunció su

nombre bari.

—¡Kampisike!

Era el chamán. A su lado, Marú le dijo a Gonzalo:

—Ha llegado el día, Kampisike. El chamán quiere que lo sigas.

—¿Adónde? ¿Vendrás conmigo?

—Adonde él diga. Y claro que iré contigo.

Caminaron por la selva, hasta lo más frondoso de su vegetación y se sentaron en un círculo. El chamán portaba una antorcha, con la que encendió un fuego que quedó en el centro. Puso sobre él una olla de cerámica negra y, tras verter un poco de agua en su fondo, dejó caer diferentes tipos de hierbas. Murmuraba algo ininteligible mientras aquel cocimiento empezaba a hervir. Gonzalo miraba al hombre en silencio y de vez en cuando a Marú, que también permanecía callado, observando las maniobras del anciano.

Éste tomó otro tazón, más pequeño, y se lo tendió a Gonzalo, indicándole que lo sumergiera en la olla. Gonzalo hizo caso y llenó el recipiente. Con un gesto, el chamán le indicó que bebiera. Gonzalo miró a Marú, que asintió con la cabeza. Confiando en su amigo, bebió un sorbo y apuró el contenido, por indicación del chamán. Cuando hubo terminado, el anciano tomó el tazón y bebió a su vez un sorbo de la misma olla.

Gonzalo esperó, pero, aparentemente, no sucedía nada. Súbitamente, experimentó una especie de latigazo. Empezó a sentirse mareado y con la cabeza pesada. Y comenzaron a pasar delante de él imágenes. Confusas, rápidas. Y se desvaneció. Todo parecía un sueño y tenía la sensación de estar hablando en él. La hierba sobre la que estaba sentado le pareció más fragante y el suelo más mullido. Los olores de la selva se percibían con mucha más intensidad. Era como si aquel brebaje hubiera despertado sus sentidos.

Vio cosas que nunca había visto antes. A un Tristán triste y envejecido. A una niña solitaria a quien no conocía. A una joven bonita y morena montada en una yegua torda. Y a su madre, llorando y flotando en las aguas de un río. Y se vio a sí mismo, junto a esa joven morena y bonita, que ya no montaba ninguna yegua, sino que caminaba a su lado. Y aquella mujer le decía: «Vuelve, Martín. Vuelve a casa». Sabía que todas aquellas imágenes pertenecían a Puente Viejo. Y vio a su tía Calvario. Muerta y amortajada. Pálida como la cera.

En algún momento de aquella alucinación, creyó volver a la realidad y vio que, entre algunos arbustos cercanos, algo se movía. Un jaguar emergió de entre el follaje y se dirigió hacia él con paso suave. Lo miraba directamente a los ojos. Gonzalo no se asustó cuando el animal lo rodeó, lo olisqueó y volvió a desaparecer por el mismo sitio por el que había venido.

Entonces, notó algo húmedo en sus labios. Y bebió. No había sido consciente de

lo sediento que estaba hasta que aquella agua llegó a su garganta. Poco a poco, despertó y se dio cuenta de que había anochecido. A su lado, Marú seguía sentado en la misma posición. El chamán también. Ambos lo miraban.

—Kaikusi —dijo el chamán.

—¿Kaikusi? —preguntó Gonzalo a Marú.

—Significa «jaguar». Es tu nuevo nombre bari, Gonzalo. Te lo ha dado el chamán. El jaguar ha sido el animal que ha venido a ti. El chamán lo ha visto.

—¿Tú no lo has visto? Se ha paseado por aquí tranquilamente, alrededor de mí.

—Yo no puedo verlo. Solo el chamán y tú podíais verlo.

—¿Soy un jaguar?

—Tu espíritu es el de un jaguar. Es el animal que te protege.

Entonces el chamán se levantó y colocó alrededor del cuello de Gonzalo un colgante. Tenía varias semillas que Gonzalo no conocía y un colmillo. Lo ciñó a su cuello y Marú le explicó:

—Debes llevarlo siempre contigo. El jaguar es tu tótem y ese colmillo te protegerá de los malos espíritus.

Gonzalo lo acarició y asintió.

—¿Y el resto de cosas que he visto?

—Esas debes interpretarlas tú. Tendrás sueños extraños estos días. No te preocupes. Son las plantas que has tomado. Esos sueños te irán revelando cosas y aclarando las que hoy has visto. Otras las entenderás a lo largo de tu vida.

—¿Cuál es tu animal, Marú?

Para responder, Marú rebuscó entre los diferentes collares que llevaba y enseñó a Gonzalo uno parecido al suyo. Sonrió con complicidad.

—Por eso nos hemos encontrado, hermano. Por eso te salvé la vida. Pero recuerda que el camino del jaguar no es fácil. Eso dicen los viejos. Y no es fácil porque el jaguar necesita ser libre. Siempre. —Los dos amigos se abrazaron.

El chamán emprendió la marcha y ellos lo siguieron en silencio, tras la antorcha que les iluminaba el camino.

1914 dio la cara con un enero inusualmente gélido. Pero ni siquiera la lluvia fría y aquella temperatura polar eran óbice para que Dolores dejara sin acabar de colocar los manteles que había recibido y asomara a la puerta de su colmado para cerciorarse de que aquello que sus ojos habían visto a través de los llorosos cristales era cierto. Una figura alta caminaba por la plaza hacia la posada, con paso lento pero seguro de su dirección. Llevaba la cabeza cubierta con un mantón que cobijaba también sus hombros de la lluvia; en la mano derecha, portaba un pequeño hatillo.

Cuando la figura llegó a la puerta de la posada, se paró delante de ella sin entrar. Levantó entonces un poco la cara y aquel perfil le dio a Dolores Mirañar la respuesta que esperaba. Tenía las facciones más duras y afiladas por la delgadez, la mirada algo más torva y llena de amargura y unas cuantas canas comenzaban a aflorar por sus sienes, pero aquella mujer conservaba sin duda la belleza de Mariana Castañeda. Algunos visillos se abrieron y se cerraron rápidamente, y aquella plaza, desierta a causa de la lluvia, comenzó a vibrar con una inusitada actividad. De repente, todo el mundo tenía algo que hacer en Puente Viejo; en particular, en la plaza o en la posada.

Alfonso no tardó en aparecer y tras él, Emilia. Mariana recibió el abrazo de su hermano, pero no le correspondió.

—Mi hermana, mi hermana —musitaba Alfonso con lágrimas en los ojos.

Emilia veía que la plaza iba llenándose de habitantes del pueblo y acertaba a interpretar las miradas de desconfianza y a atisbar en algunos labios ciertas exclamaciones y comentarios. Alfonso también se dio cuenta de todo esto, pasada la emoción de los primeros segundos, e invitó a entrar a Mariana al interior de la posada.

—¿Qué? ¿Tomando el sol todo el mundo? —preguntó al tiempo que daba unas palmadas para espantar a los curiosos que andaban por la plaza—. Cada mochuelo a su olivo, que llueve gordo, rediez.

—Déjame que te traiga un caldito —ofreció Emilia—. Debes de estar helada. Y empapada. Dame ese mantón, te lo voy a colgar cerca de la lumbre para que se seque.

Mariana dejó, abandonada, que Emilia le quitara su mantón, bajo el que apareció su pelo recogido y efectivamente encanecido y un cuerpo que había perdido sus formas para ceder paso a una delgadez que marcaba huesos donde antes ni se intuían.

Hacía más de diez años que Mariana no se encontraba en un ambiente como

aquél. Una luz dorada, procedente del fuego de la chimenea, iluminaba el ambiente y lo aislaba de la helada lluvia exterior. Aquel caldo que Emilia le había traído olía a hogar y a infancia. La cara de su hermano, emocionado, le recordaba un tiempo feliz, que había preferido dejar empaquetado en alguna parte de su memoria y que ahora pugnaba por salir a la luz.

Alfonso no sabía cómo empezar. Quería saber, pero quizá no fuera el momento de hacer ninguna pregunta. Tan solo era el momento de mirar a su hermana para cerciorarse de que realmente era ella la que aún latía bajo aquel velo de amargura que la cubría.

Tampoco Mariana quería dar explicaciones. Solo dijo que había pagado su culpa y que la habían liberado. Sin más detalles. Pero su hermano sabía que aquel silencio escondía unos años oscuros y de dolor profundo. Mariana no preguntaba nada. Ni siquiera por su madre Rosario, la persona a la que más quería en el mundo. Y Alfonso se aventuró.

—Acábate ese caldo, que te llevo a ver a madre. Está en El Jaral —informó Alfonso.

—Mañana iré, hermano —respondió su hermana lacónicamente—. Quiero descansar.

—Te prepararé un cuarto —ofreció Emilia con la mejor disposición.

—No, cuñada. Dime dónde puedo pasar la noche y yo misma me lo prepararé.

—De ninguna manera.

—Emilia... —comenzó Mariana con sequedad.

—Bueno está. Te acompaño al menos a la puerta.

Mariana no dijo una palabra. Emilia tampoco. Cuando volvió con Alfonso, ambos coincidieron en que todo aquel comportamiento era extraño. Mariana no había preguntado por nadie de la familia y dilataba el encuentro con su madre.

—¿Qué le habrán hecho, Emilia? Es ella, pero ya no es ella.

Al día siguiente, en los cristales de la ventana de Mariana aparecieron escritas cuatro palabras que la lluvia de la noche no había conseguido borrar: «Fuera del pueblo, asesina». Era un mensaje claro. Como quien acepta algo que ya había previsto, Mariana recogió sus cosas y le comunicó a su hermano que se iba.

—No puedo quedarme aquí, hermano. No quiero perjudicar vuestro negocio.

—Eso no va a pasar.

—Sí, hermano. Ya lo ves. Eso es lo que soy para ellos —dijo sonriendo a la desgracia—. Iré a ver a madre y le pediré que me aloje en El Jaral hasta que encuentre faena.

—Aquí es donde debes hacer la faena, Mariana. Necesitamos manos.

—No os traería más que desgracias. Y habéis trabajado duro para hacer esto —Alfonso fue a contestar, pero Mariana suplicó—: No insistas, hermano.

La lluvia de la noche anterior había dejado un cielo claro y despejado. Mariana caminaba bajo aquella luz fría, por los caminos que, muchos años atrás, había hollado tantas veces. Vio a lo lejos La Casona y aquella visión no le trajo sino malos recuerdos.

Aprovechando que la lluvia había cesado, Rosario tendía unas sábanas en el patio trasero de El Jaral. Una leve ráfaga de viento levantó el lienzo y vio, como si se tratara de una visión, la figura de su hija que se acercaba. Sí, aquella figura alargada, que caminaba como un espectro, era su hija del alma. Su Mariana. Corrió hacia ella con lo poco que daban sus cansadas piernas y la abrazó. Le dio tantos besos que tardó en darse cuenta de que no era correspondida.

—Mi amor, mi niña pequeña —le decía—. ¡Cuánto me has faltado, Señor!

Cuando Mariana vio los ojos de su madre anegados en lágrimas de emoción, descansó la cabeza en su hombro y, por fin, la besó en la mejilla. Rosario abandonó toda tarea y la hizo pasar a la cocina.

—¿Cuándo llegaste? ¿Cómo estás? ¿Tienes hambre? ¿Estarás cansada? —preguntaba sin descanso Rosario, mientras acariciaba la cara de su hija. Pero Mariana respondió con otra pregunta:

—¿Podría dormir esta noche en las cuadras, madre?

—¿En las cuadras? Tu estás mal de la cabeza, muchacha. Dormirás conmigo, en mi cuarto. Faltaría más. —Rosario acercó su silla a la de su hija y volvió a indagar—: ¿Cómo has estado todo este tiempo, hija?

Pero de nuevo Mariana eludió responder.

—¿Cómo está usted, madre? ¿Cómo están todos?

—Pero tú eres la que importa ahora, cariño.

—Yo ya contaré, madre. Hágame saber.

Rosario le habló de la soledad en la que Tristán vivía sumido desde que Pepa había fallecido y nadie había podido encontrar su cadáver. De que la hija de ambos estaba desde que tenía seis años en un internado en Suiza. De los progresos de Emilia y Alfonso en su nuevo negocio. De la partida de Raimundo a tierras americanas. Mariana no hacía ningún gesto para acompañar todas estas novedades que su madre desgranaba.

—¿Y María?

—María... —Rosario hizo una pausa, a sabiendas de que a Mariana no le iba a gustar lo que le tenía que decir, aunque, en el fondo, empezaba a temer que tampoco ante esta noticia hubiera reacción.

Pero sí la hubo. El nombre de Francisca Montenegro relacionado con su sobrina demudó aquel rostro cerúleo que, hasta aquel momento, parecía carecer de músculos.

—¿Mi sobrina vive con la Montenegro? Pero ¿por qué? ¿Mi hermano consiente?

—No, Mariana. No consiente. Pero cada vez que saca el tema con Emilia, ella le

pone encima de la mesa que se marcha y se lleva a la niña. Y tu hermano teme perderlas como a su vida.

—Pero mi cuñada ¿por qué consiente eso? No lo entiendo. Emilia es una mujer cabal.

—Nadie lo entiende, pero ella dice que la Montenegro le brindará una educación que ellos no pueden darle.

De todas las noticias que había recibido, aquélla era la más triste para Mariana. María era la hija que el destino aún no le había dado y que, llegadas estas alturas de la vida, dudaba que le fuera concedida. Y estaba en manos de aquella odiosa mujer de la que había luchado por separarse y que tantas veces había humillado a los Castañeda. Mariana volvió a sumirse en el silencio.

Rosario pidió permiso a Tristán para alojar a Mariana y él accedió de buen grado sin preguntar. Él nunca preguntaba, pero Rosario debía obtener su autorización. Mariana dedicó sus días a intentar conseguir un trabajo, pero por toda la comarca ya se sabía que había vuelto «la asesina Castañeda» y, cuando una historia así pasa de boca en boca, se exagera de tal manera que Mariana aparecía ante los ojos de la gente como un animal sádico y peligroso, capaz de las mayores monstruosidades. Y ella, viendo aquello, se negaba a recibir ayuda de su madre y su hermano, por no perjudicarles ante los ojos del pueblo. Con sus pobres ahorros menguados y sin posibilidad alguna de conseguir ingresos, se veía abocada a abandonar Puente Viejo y a los suyos sin remedio.

Aquel domingo, Puente Viejo amaneció lluvioso. Había que caminar con cuidado por los adoquines de la plaza, resbaladizos como plata pulida. La plaza se estaba llenando de gente que salía de misa y se dirigían corriendo a sus casas o a guarecerse bajo algún techado. Mariana había ido a coger agua a la fuente, cubriendo su cabeza con su mantón, cuando una niña morenita pasó corriendo hacia la posada y resbaló, casi a los pies de Mariana, con sus merceditas de charol negro. Aquel llanto era la desolación disuelta en lágrimas. Mariana acudió a socorrer a la pequeña.

—Seguro que no ha sido nada —le dijo mientras la levantaba y le examinaba las rodillas—. Ven a la fuente, que te lave esos arañazos. Cuando yo era pequeña, siempre tenía un par de rasguños en las rodillas.

La niña levantó entonces la mirada hacia Mariana y asintió con la cabeza, amagando un nuevo puchero.

—¿María?

—Sí, soy María —dijo sonriendo—. ¿Y ya no tienes heridas en las rodillas?

—No, ya no. Ahora me caigo menos. ¡Ya soy mayor! Alguna vez me caigo, pero pocas —bromeó Mariana por primera vez en muchos años.

María sonrió y una invisible cúpula se cerró sobre ellas. Tía y sobrina respiraron el aire de ese entorno seguro y tranquilo que por un momento construyeron entre

ambas, mientras una curaba las heridas de la otra.

—¡María! Si miraras por dónde vas, no te pasarían estas cosas —aquella voz había roto la cúpula, y el viento y la lluvia entraron súbitamente en aquel suave mundo.

Francisca Montenegro había llegado, escoltada por Mauricio, que sostenía un paraguas para protegerla de la lluvia.

—Si no me he hecho casi nada, madrina. —María levantaba la falda para enseñar sus raspones—. Esta chica me ha curado. —María sonrió, tomó la mano de Mariana y la miró con agradecimiento.

—Suelta esa mano, niña. A saber lo que habrá tocado —dijo la Doña propinando a María un manotazo seco.

—Lo que han tocado estas manos ha sido su porquería. Y durante años, señora —dijo Mariana.

—¡Mariana Castañeda! —exclamó Francisca, que se quedó helada.

—¿Eres mi tía Mariana? —quiso saber María inocentemente—. Papá dice que me quieres mucho, ¿es verdad?

—No seas insolente, María —disparó la Montenegro tomando a la niña de la mano y colocándola detrás de ella—. No adivino cómo te han dejado salir. Las de tu calaña deberíais pudriros en las mazmorras.

María asomaba su carita tras las faldas de la Montenegro y miraba a su tía con ojos grandes y cómplices.

—Prefiero la más sucia celda a la mejor habitación de su casa, señora.

—Tranquila: nunca habrás de pisarla de nuevo. —La Montenegro tomó la mano de su ahijada y se giró dando la espalda a Mariana.

María se alejaba, arrastrada por su madrina, pero no dejaba de mirar a su tía y de sonreírle.

—Adiós, cariño —vocalizó Mariana, levantando su mano en un leve gesto de saludo, al que María respondió con la manita que Francisca le dejaba libre.

Llegadas a La Casona, María no podía evitar la curiosidad que su tía había despertado en ella. Mientras almorzaban, no cesó de hacer preguntas sobre Mariana.

—María, no la llames tía delante de mí —le ordenó la Doña.

—¿Por qué? Pero si lo es —protestaba la niña.

—Porque no lo es.

—Sí lo es. Es la hermana de mi padre.

—Pero es una mujer mala. Así que como si no lo fuera.

—¿Por qué es mala? A mí me ha curado.

—Esa mujer que te ha curado ha estado en la cárcel.

—¿Por qué ha estado en la cárcel?

—Porque se lo merecía.

—¿Por qué...?

—¡Chitón! Come y calla. Se acabaron las preguntas. ¡Y punto redondo! —dijo advirtiendo con el dedo índice—. En esta casa no se vuelve a hablar de esa mujer. ¿Estamos?

María calló. Ya sabía cómo se ponía su madrina cuando estaba al borde del enfado y no le gustaba nada. Aquél era uno de esos momentos. Pero María tenía muchas más armas para ganar aquella batalla. Fundamentalmente, dos: era tesonera y además conocía a la perfección los resortes que había que pulsar para ablandar el corazón de su madrina.

Su primer objetivo fue Agustina. No tenía nada contra ella, pero poner en entredicho su labor era un daño colateral para conseguir lo que se había propuesto. Primero dijo que le tiraba del pelo al peinarla. Luego, que el baño estaba demasiado caliente o demasiado frío. Y así, un rosario de doncellas fueron pasando por La Casona; la que más aguantó estuvo un día. Daba igual lo que hicieran. Para María siempre lo hacían mal porque no eran su tía Mariana.

Pero la Doña, consciente del manejo de la niña, buscó la solución en Barcelona, de donde trajo, a través de una prestigiosa institución, a la doncella perfecta para una niña de clase acomodada. Pero María la rechazó.

—Yo solo quiero una doncella, madrina. Mi tía Mariana —le dijo cuando Francisca le contó las gestiones que había hecho en la Ciudad Condal.

—No puede ser, María.

—¿Por qué?

—Ya empezamos con los porqués. Porque lo digo yo.

—Pero es que no sé qué hay de malo en tener a alguien de mi familia conmigo.

—Ya me tienes a mí. Soy tu familia —respondió Francisca sobreponiéndose al aguijonazo que María acababa de soltar.

—Ya, madrina. Y la quiero mucho, pero... —María hizo una pausa con toda la intención del mundo.

—Pero ¿qué? —preguntó Francisca temerosa de la respuesta.

—La verdad es que echo de menos a mis padres —dijo María bajando la vista y poniendo gesto triste—. Mucho. Cada vez más.

Aquél era el peor fantasma de Francisca. La había rondado desde el día en que María llegó a casa. Tenía miedo, lo cual era absolutamente razonable por otra parte, de que la sangre fuese más fuerte que los privilegios. Y el peor escenario posible empezaba a tomar cuerpo.

Pero Francisca no era mujer de vacilaciones y, a grandes males, grandes remedios. Como aquella situación ya estaba prevista, lo estaba también la solución.

Mariana cargaba leña para el fogón de El Jaral cuando escuchó a su espalda una voz grave. El susto hizo que soltara la carga.

—Mariana Castañeda, la Doña ordena que vengas conmigo a La Casona —había dicho Mauricio.

—La Doña ya no le da órdenes a ésta que está aquí —replicó Mariana mientras recogía la leña que había dejado caer.

—Entonces te las da este otro que también está aquí —repuso Mauricio asiéndola con fuerza del brazo y arrastrándola hacia las afueras de El Jaral.

El hecho fue que Mariana se vio de nuevo en aquella odiada cocina de La Casona, en la que tanto tiempo había pasado trajinando con su madre y a la que había jurado no volver. Mauricio la custodiaba para asegurarse de que no hiciera lo que sabía que más deseaba en aquel momento: salir corriendo de allí.

—Sé que no quieres estar aquí, Mariana Castañeda —dijo con sequedad la Montenegro al entrar en la cocina—. A mí tampoco me hace gracia, créeme. Los odios suelen ser mutuos, ¿no es así?

—Lo son —asintió Mariana.

—Pero sucede que, en ocasiones, hay que tragarse el odio en aras de la felicidad de alguien. Para mí ese alguien es María. Y sucede que, por ese sentido del humor enfermizo que tiene el destino, la felicidad de María pasa, en este momento, por ti.

—Será que es más feliz con alguien de su sangre.

—Sin duda, necesita que sea alguien de su sangre quien cuide de ella. Alguien que esté dispuesta a dar su vida por defenderla —afirmó Francisca obviando el dardo de Mariana—. Volverás a La Casona en calidad de doncella de María.

Mariana no daba crédito a lo que acababa de escuchar de aquella boca. Miró fijamente a su antigua ama y habló impregnando cada sílaba del odio acumulado durante años de humillaciones:

—Escúcheme bien, Francisca Montenegro. Jamás volveré a trabajar en esta maldita casa. Usted ha despreciado y vejado a mi familia desde que tengo uso de razón. Cuando salí de esta casa, me dije que no volvería a trabajar para usted y le juro por lo más sagrado que pienso cumplirlo.

Mariana dio la espalda a doña Francisca y, cuando puso la mano en el pomo de la puerta para salir de allí, escuchó:

—Ahora me vas a escuchar tú bien a mí, Mariana Castañeda. Por la cuenta que te trae. —Mariana se paró, pero ni retiró la mano del pomo de la puerta ni se giró para mirar a la Montenegro—. Sé que has recorrido la comarca entera en busca de un trabajo que nadie te ha dado. Tu hermano no puede ayudarte si quiere mantener su negocio. Todos escupen a tu paso en leguas a la redonda, Mariana. Resumiendo, no tienes donde caerte muerta.

Tras una breve pausa para evaluar el calado de su precisa disección de la situación de Mariana, la Montenegro prosiguió:

—Y tu desgracia es que quieres permanecer junto a tu madre, a la que ya ves

mayor, y te aterra pensar que pueda morir estando tú lejos de ella. —Mariana acusó este golpe, pero no movió ni un solo músculo—. Puedes fingir que tienes el corazón de pedernal, pero tú y yo sabemos que no es así. Y como tonta del todo no eres, sabes que la única oportunidad que te queda para permanecer entre los tuyos es aceptar el trabajo que te estoy ofreciendo tan generosamente. O eso o yo misma me encargaré de que te expulsen para siempre de Puente Viejo, como se expulsa a una zorra del gallinero.

Mariana soltó el pomo que había estado apretando mientras Francisca pronunciaba estas últimas palabras. Se giró y miró a la Doña a los ojos. Era una mirada dura. El dolor le partía el corazón, pero no podía vivir bajo el yugo de la cacique de Puente Viejo. Ya no.

—Me iré, pues, de Puente Viejo.

Francisca, atónita, no podía creer lo que la que había sido su sirvienta le acababa de decir.

—¿Acaso desprecias mi techo y mis cuartos?

Mariana la miró fijamente antes de contestar:

—La desprecio a usted.

Sin más, la joven abrió la puerta y se fue, dejando plantada a Francisca y muy preocupada por cómo iba a contarle a María su fracaso.

A la mañana siguiente, Mariana hizo de nuevo su hatillo. La Montenegro le había dado el fustazo que necesitaba. No podía continuar viviendo en El Jaral, sin oficio ni beneficio, siendo una paria en su propio pueblo. Marcharía lejos. No le quedaba otra opción. Sin que su madre lo supiera, dejó atrás la que había sido la casa de Pepa, la partera, cuando todos eran felices y la vida les sonreía. Cuando llegaba al puente que daba nombre a su amado pueblo, le pareció ver a alguien sentado sobre la piedra. Caía el sol y tuvo que entrecerrar los ojos para tratar de descubrir quién era. No esperaba una banda de despedida del pueblo, y menos aún una despedida cara a cara. ¿Quién sería?

Al acercarse, su sorpresa fue mayúscula. Era la pequeña María, que la miraba con infinita tristeza.

—¿Qué haces aquí, cariño? —le preguntó su tía.

—No quiero que te vayas, tía Mariana. —María no dejó que su tía contestara y prosiguió—. Sé que todos son malos contigo en el pueblo. Y que por eso quieres irte. Pero yo te quiero.

—No puede ser, cariño. Tengo que marchar.

—Mi madrina me quiere mucho, lo sé. Pero yo quiero a alguien de mi familia conmigo. —Los ojos de la pequeña empezaban a ponerse vidriosos por las lágrimas—. Por favor, quédate conmigo.

Mariana dejó su hatillo y se acuclilló para hablarle a María.

—Mira, pequeña —empezó a decir con toda la ternura que había creído perdida —, aún eres joven para entenderlo, pero no puedo volver allí. Tú quieres mucho a tu madrina, pero para mí nunca fue buena, María. No puedo volver a estar bajo el mismo techo que esa mujer. Yo te querré aunque esté muy lejos. Te lo prometo.

Mariana tomó su hatillo y partió sin mirar a su sobrina. Avanzando por el puente, escuchaba los sollozos de la niña, que balbuceaba...; al poco, unos pasitos rápidos se acercaron y María se agarró a la falda de su tía.

—No te vayas, tía —decía llorando—. Yo te voy a querer siempre. No me importa que hayas estado en la cárcel. Los que dicen que eres mala son unos mentirosos. Yo sé que eres buena. No me dejes sola, por favor.

Mariana, a la que nadie había dado muestras de amor desde hacía muchos años, la Mariana que ya no creía en el género humano, creyó en aquella niña de diez años que decía verdades como puños y en cuyos ojos había verdad. Y por fin, desde que llegó a Puente Viejo, permitió que las lágrimas afloraran a sus ojos.

Abrazó a su sobrina, se secó las lágrimas y, sujetando su hatillo con una mano y aferrando la mano de María con la otra, puso rumbo a La Casona.

Tras un árbol, alguien había contemplado toda la escena. Era la propia Francisca Montenegro, que ahora sonreía ladina. Sabía que todo el orgullo de Mariana Castañeda no se resistiría a las lágrimas de su sobrina. Satisfecha, partió a su hogar, seguida del fiel Mauricio.

Y así, Mariana volvió a La Casona. Puente Viejo entero no daba crédito a la noticia. Ni siquiera podían creerla los más allegados a Mariana. La Castañeda regresaba al que había sido su sitio desde siempre. El hecho trajo varias consecuencias: en primer lugar, en Puente Viejo se le devolvió el saludo; la primera en hacerlo fue Dolores, a la que ya veía con asiduidad, porque ahora compraba en el colmado acompañada de la pequeña María. Y ya se sabe que para Dolores no hay cliente malo, siempre y cuando pague. Además, Mariana volvió a vestir el uniforme de La Casona y a acatar sus reglas: jamás llamaría *sobrina* a María ni la tutearía; jamás relataría a la niña lo sucedido en el pasado; y jamás desobedecería una orden de la Montenegro. Lo que ésta le exigía era fidelidad eterna y agradecimiento sin fin. Y Mariana cedió. Por su sobrina.

Los cascos de los caballos lo sacaron de su sueño. Se mezclaban con gritos y órdenes. El padre Rafael también se había despertado sobresaltado y miraba por el ventanuco del bohío.

—Gonzalo. ¡Vístete! Rápido.

—¿Qué sucede? ¿Quiénes son?

—Es Vicente, con varios esmeralderos. Corre a avisar a Marú. Que no te vean.

Gonzalo se vistió con rapidez y salió a gatas por la parte trasera de la cabaña. Sin hacer ruido, se internó en la maleza y solo se incorporó cuando estuvo a cierta distancia del poblado. Corrió sin apenas mirar el suelo. Avanzaba en su carrera con seguridad, fintando para evitar los obstáculos. Llegó al río y se internó en la selva. Ya conocía el camino hasta el poblado motilón y, cuando llegó, el día ya había roto y los baris empezaban su actividad diaria. Una mujer preparaba un fuego y Gonzalo lo apagó de una patada.

—¡No! —dijo con cara de horror ante las protestas de la mujer.

Y corrió hacia la *maloka* de Marú. Buscó entre las hamacas a su amigo y lo despertó sacudiéndolo.

—¡Marú! ¡Vienen por vosotros! ¡Es Vicente! ¡Está en El Carmen!

Marú salió corriendo al centro del poblado, que componían no más de cuatro *malokas*, que así era como ellos llamaban a sus construcciones de caña y paja. Comenzó a gritar en su lengua y una gran actividad empezó a desplegarse rápidamente, pero con una organización perfecta. Marú entró en su cabaña y se puso a recoger sus cosas.

Al cabo de apenas cinco minutos, las cincuenta personas que componían aquel grupo de motilones estuvieron listas para moverse. Y en una fila perfectamente ordenada se internaron en la selva. Marú se quedó detrás y le habló a Gonzalo.

—¡Gracias, amigo! Nos has salvado.

—Te debía una vida, ¿recuerdas? —contestó el otro riendo.

—Cierto. Ya has pagado. —Marú abrazó de nuevo a su amigo—. No sé cuándo nos volveremos a ver, Kaikusi. Te deseo suerte.

—Suerte para ti también, Marú.

Marú se reunió con su gente. Pero antes de adentrarse en la selva, se giró y le dijo a Gonzalo:

—Sigue la senda del jaguar, hermano.

Y desapareció tras el follaje, que se cerró tras su paso, borrando cualquier rastro de los motilones.

Gonzalo regresó corriendo a El Carmen y encontró al padre Rafael sentado tranquilamente en el interior de la choza. Sonrió al verlo entrar.

—¿Se han ido? —preguntó a Gonzalo.

—Sí. Solo quedan las cabañas.

—Bien hecho, muchacho.

—¿Y los esmeralderos?

—Buscando por la parte opuesta de la selva —informó el padre con una sonrisa pícar—. Estoy seguro de que el Señor perdonará estas mentirijillas.

—No me cabe la menor duda —rió también Gonzalo.

—Pero una cosa es cierta. Vicente sospecha y nosotros llevamos tiempo sin pasar por la misión.

—Es cierto, padre. Los ponemos en peligro si andamos cerca.

—Prepara los bártulos, Gonzalo. Partiremos hoy mismo, aprovechando que nos han despertado tan de madrugada. Ya volveremos cuando las cosas se hayan calmado.

Gonzalo hizo todo el camino angustiado. No era que temiera por Marú y su gente. Estaba seguro de que habían huido a tiempo y de que tendrían unos meses de tranquilidad antes de que volvieran a dar con ellos. Pensaba, no obstante, que el avance del progreso acabaría por arrebatarnos del todo su selva y su modo de vida. Lo que lo angustiaba era la vuelta a La Guajira. Volvería a dormir de nuevo en su dormitorio común, a las paredes de ladrillo, a la rutina del estudio y de las numerosas misas.

Pero aquel tiempo en el poblado de El Carmen le había servido a Gonzalo para tomar una decisión trascendental en su vida. Quería ser como el padre Rafael. Quería tomar los hábitos y dedicar su vida a llevar la palabra de Dios por las selvas. En cuanto llegara a La Guajira, se lo confirmaría al padre Celso, que estaría sin duda orgulloso del camino que había elegido.

El padre Celso los recibió calurosamente y hasta les concedió el honor de cenar con ellos a solas aquella noche. Gonzalo decidió que iba a aprovechar aquel momento para comunicarle su decisión.

A los postres, el padre Rafael lo invitó a hablar:

—¿No tienes nada que comunicarnos, hijo mío?

—Sí, padre. Claro que sí. Una buena noticia.

—Dinos, pues. ¿Qué es eso tan grato? —indagó el padre Celso.

—Padre, he decidido tomar los hábitos.

—Alabado sea el Señor —pronunció el padre Celso mirando al cielo—. Mis plegarias han sido atendidas. Gracias, padre Rafael.

—Quiero continuar la tarea del padre Rafael en la selva, padre Celso —siguió Gonzalo entusiasmado con la reacción del vicario—. Ésa es la forma en que...

—No puede ser, Gonzalo. Tu destino es otro —lo interrumpió don Celso.

—¿Cómo que otro, padre? —preguntó el padre Rafael extrañado—. Gonzalo está hecho para la selva. Todos estos años lo han demostrado.

—Todos estos años han sido el medio elegido por el Señor para despertar la vocación de Gonzalo. Y a la vista está que la han despertado. Pero los planes del Señor para él son otros más altos.

—¿Qué importa la forma en que se sirva al Señor? —quiso saber Gonzalo, que ahora estaba confuso.

—Exacto, Gonzalo, ¿qué importa? ¿Qué importa que sirvas al Señor en las altas instituciones de la Iglesia?

—Pero eso no es lo que yo quiero, padre.

—Acabemos esta discusión. Me vas a escuchar muy atentamente —la voz del padre Celso tronó dura y autoritaria—. Siempre he tenido grandes planes para ti, Gonzalo. Los tengo desde que llegaste aquí de la mano de tu tía Calvario. Pedí al Señor que inculcara en ti la vocación y lo ha hecho. Ahora que esa vocación está clara, no hay ningún obstáculo para que mis planes se cumplan. Pasarás un tiempo en Roma, proseguirás tu formación y buscarás un puesto para mi retiro en la Santa Sede. Eres mi avanzadilla, Gonzalo. Escalarás desde abajo y te afianzarás en la alta curia romana.

El padre Rafael se había quedado mudo de asombro. Igual que Gonzalo. A ambos los maravillaba lo preciso del plan del vicario y cómo lo había ido cumpliendo durante años, dando los pasos necesarios para conseguir su objetivo de poder.

—No creas que estás sin apoyos en esa misión, Gonzalo —prosiguió don Celso—. Llevarás contigo, cuando llegue el momento, un generoso donativo para el tesoro vaticano.

De nuevo, Gonzalo quiso protestar, pero el padre Rafael le propinó una patada por debajo de la mesa y calló.

—Si da usted su permiso, padre, me gustaría retirarme —dijo el muchacho.

—Por supuesto, Gonzalo. Debéis de estar cansados del viaje. Los dos. Podéis retiraros. Confío en que acabarás por admitir que mi camino es el mejor para ti.

Gonzalo se retiró a su dormitorio sin hablar. Estaba demasiado decepcionado y triste como para decir nada. El padre Rafael respetó aquel silencio y se despidió de él con un lacónico «buenas noches». Tampoco quiso hablar con Mateo, que lo esperaba despierto, ansioso de saber de sus aventuras en la selva.

—Mañana hablamos, Mateo. Buenas noches.

Se giró para dar la espalda a su amigo y se sumió en su tristeza. Y como por arte de magia, ciertas cosas empezaron a encajar. En ninguna de las visiones que había

tenido aquel día en la selva caminaba por los pasillos de mármol del Vaticano. Pero era cierto que tampoco se había visto a sí mismo en la selva. Todas sus visiones estaban relacionadas con Puente Viejo. Sus padres, su familia. Incluso aquella muchacha morena y bonita que caminaba junto a él lo hacía sobre la gavia de piedra que daba nombre a su pueblo. Y en ninguna de aquellas imágenes se había visto vestido de sacerdote. Quizá su camino no era el que don Celso había planeado para él, pero puede que tampoco fuera el que él creía desear.

Al día siguiente, fue llamado al despacho de don Celso. Imaginaba que el padre quería proseguir la conversación interrumpida en la cena del día anterior. Esta vez a solas, sin la presencia del padre Rafael.

Cuando el padre Celso autorizó su entrada, Gonzalo vio que aquél estaba sentado con alguien delante. Era una figura menuda que cubría su cabeza con un manto negro.

—¿Da usted su permiso, padre?

—Adelante, Gonzalo. Tienes una visita que te va a sorprender.

La figura se volvió y a Gonzalo se le paró el corazón. Era su tía Calvario. Era la última persona en el mundo a la que querría encontrar. Y allí estaba. Habían pasado catorce años desde que la vio por última vez. Estaba envejecida, demacrada y sus ojeras eran tan profundas que no podían anunciar nada bueno.

—Hola, Gonzalo —dijo con una voz jadeante.

—¿Qué hace usted aquí, tía?

—Dios mío. Eres todo un hombre. ¿Acaso no te alegras de verme?

—¿Cómo puede usted hacerme esa pregunta?

—Veo que no has cambiado demasiado. Más hombre, pero igual de insolente.

—Gonzalo, deberías ser más piadoso con tu tía. Ha hecho un gran esfuerzo para venir a visitarte —templó el padre Celso.

—¿A qué ha venido, tía?

—Me muero, Gonzalo. Éste es mi último viaje y quería hacerlo para despedirme de ti.

—Bien. Ya lo has hecho. Puedes irte. ¿Puedo retirarme, padre?

El padre Celso sabía que Gonzalo no amaba a su tía, pero aquella hostilidad sobrepasaba sus expectativas. Aquella mujer le estaba diciendo que se moría y Gonzalo, que normalmente era una persona compasiva, la despreciaba de forma cruel. Calvario despertaba lo peor que Gonzalo tenía en su corazón.

La respuesta de Calvario a la indiferencia de Gonzalo fue automática y física. Se levantó como movida por un resorte y se fue hacia su sobrino con la mano levantada, igual que hacía cuando era un niño. Pero Gonzalo paró aquella mano antes de que aterrizara en alguna parte de su cuerpo.

—Ya no más golpes. Ya está bien. ¿No has tenido suficiente? —recriminó

Gonzalo mirando con ira a los ojos de su tía.

Ante la reacción de su sobrino, Calvario sufrió un colapso y se desmayó. Gonzalo ni siquiera hizo un movimiento que amagara una intención de evitar que cayera al suelo. La dejó caer, con un desdén que don Celso nunca hubiera esperado de él. La miraba, tendida en el suelo de aquel despacho, sin un gesto de dolor o de compasión. Nada.

El padre Celso dio orden de preparar un cuarto para Calvario en el que pudiera pasar sus últimos momentos en este mundo. Y obligó a Gonzalo a que fuera a visitarla. El muchacho se negó durante un par de días, pero al tercero claudicó, ante el argumento de que su tía tenía algo que contarle antes de abandonar el mundo de los vivos. Era algo sobre su vida y su pasado.

Cuando entró en la habitación, el rostro de aquella mujer, que Gonzalo encontró demacrado el día que la vio en el despacho de don Celso, estaba ya muy cerca de tener los rasgos de una calavera. La piel estaba pegada a los huesos y tenía un color macilento. Los labios de Calvario se habían afinado hasta no ser nada más que una línea reseca bajo una nariz aguileña. Aquella mujer, que aún no había cumplido los cuarenta años, parecía una anciana que hubiera visto pasar todo un siglo delante de sus ojos.

—Gonzalo, acércate —dijo con voz lastimera.

—¿Qué quieres de mí? —Su tono era frío.

—Veo que sigues odiándome.

—¿Cómo no hacerlo, tía?

Un destello de rabia atravesó, por un instante, los ojos de la mujer. Gonzalo se dio cuenta.

—Vine aquí a contarte cosas que has de saber. Cosas de tu familia —respiró hondo—, pero veo que no te lo mereces. No quería llevarme la verdad a la tumba, pero lo haré. Que el Señor me perdone.

Gonzalo sintió cómo la rabia crecía en su interior e iba clavando sus garras en su hígado. Vio cómo un tremendo espasmo contraía los músculos de Calvario, que emitió un grito desgarrador. Y entonces, el cerebro de Gonzalo pensó un plan. Iba a apostar fuerte, pero tenía que conseguir que aquella detestada mujer le revelase la verdad.

—Yo tengo el remedio a esos dolores, tía —dijo tocando su mano por primera vez, con aparente compasión—. Podría dártelo.

—Cualquier cosa, Gonzalo. Daría cualquier cosa por que pasaran —suplicó la tía con los rasgos contraídos por el sufrimiento.

—Dame, pues, la verdad y yo calmaré ese padecimiento.

Otro espasmo sacudió el delgado cuerpo de Calvario.

—¿Ese dolor también es una prueba, tía? Podrías no sentirlo. Dame la verdad y

desaparecerá.

—Te he mentado, Martín. Tus padres viven. En Puente Viejo. —Hizo una leve pausa para contemplar el rostro de Martín, cuyo gesto de desprecio acababa de mudar por uno de interesada escucha—. Nunca te despreciaron, ni dejaron de buscarte. Pero no eran buenos para ti. Para tu vocación. Por eso te traje aquí. Para alejarte de ellos y convertirte en un guerrero del Señor.

—¡Has decidido mi vida! ¡La has destrozado!

—No, Gonzalo. Hice lo mejor para ti. Dame el remedio —dijo Calvario al adivinar que se avecinaba otro espasmo—. Don Celso tiene una carta donde lo cuento todo, con detalle.

—Las palizas, el cilicio, el hambre, la humillación... ¿Eso era lo mejor para mí? Calvario alargó su mano y, como una garra, la clavó en la de Gonzalo.

—Ve a buscar ayuda —pronunció con voz entrecortada—. O dame tu remedio.

Pero Gonzalo no se movió. Solo recitaba como una retahíla:

—El veneno de la rana flecha es mortal, pero en pequeñas cantidades, mezclado adecuadamente, es un poderoso analgésico. ¿Eso es lo que quieres?

—Lo que sea.

—Podría dártelo. —Gonzalo fingió un gesto pensativo—. Pero, tía, ¿qué se siente cuando pides ayuda y no te la dan?

—Gonzalo, ¡por caridad!

—Es toda una experiencia vivir con miedo, ¿verdad? —reflexionó Gonzalo levantándose—. Eso es lo que tú me hiciste. Era un niño...; tú tenías que haberme dado amor, pero recibí dolor. En lugar de una familia, me diste soledad. Y ahora quieres mi ayuda, ¿no es así?

—Perdóname si te hice daño, pero lo hice por tu bien.

—Yo no soy Dios para perdonarte. Él verá lo que hace contigo y con tu alma negra.

Todos los espasmos habían ido hiriendo el cuerpo de Calvario. Pero aquél fue más fuerte y su mirada se descajó. Tendió una mano de nuevo hacia Gonzalo, que la miró y no hizo ni el más leve gesto para apretarla y darle algo de consuelo a su tía. Se lo negó. Todo lo que hizo fue sentarse allí y verla morir. La vida escapó por su boca en un último grito desgarrador que recorrió los pasillos de la enfermería de la misión.

Gonzalo no estuvo presente mientras enterraban el cuerpo de su tía en el cementerio de La Guajira. Él se quedó sentado en el patio, bajo un ficus, que en aquella parte de la tierra tomaba unas dimensiones monstruosas. En sus manos tenía una carta, amarilleada por el paso de catorce años y desgastada por varias lecturas. Aquella carta contenía toda la verdad, contada de puño y letra por su tía. Y don Celso la conocía. Calvario había dado esa misiva, al tiempo que le entregaba la vida de su

sobrino, con la petición de que lo convirtiera en sacerdote. Para ayudar en aquella tarea, acompañó una importante cantidad de dinero que don Celso tomó de buena gana. Bien podían así abrirse las puertas de la curia de Roma. Y del mismo cielo, si hubiera sido preciso.

Aquel hombre, su mentor, en quien había confiado, siempre lo había sabido y había consentido que Gonzalo viviera separado de sus padres, por mor de una vocación que no sabía si surgiría.

El padre Rafael tampoco había acudido al entierro. Lo había hecho por respeto a Gonzalo y se sentó a su lado en aquel patio fresco. Sin decir una palabra.

—He de irme, padre. No puedo seguir aquí.

—Una vez te dije que siguieras tu camino. Hazlo, pues. Si has de volver, volverás.

—Pero ¿cómo? El pasaje a España es caro, padre.

El padre Rafael sonrió y del bolsillo de su sotana sacó un sobre y se lo tendió a Gonzalo.

—El padre Celso sufragará ese viaje —dijo sonriendo—. Aunque él no lo sabe. Ve con Dios, Kaikusi.

Gonzalo se sorprendió cuando el padre Rafael pronunció su nombre motilón. El cura rió con socarronería.

—¿Lo sabía? —preguntó Gonzalo.

—Sé muchas cosas. Te dije que yo también llegué a estas tierras siendo un muchacho. Y los motilonos y sus chamanes no llegaron contigo, Gonzalo. Ya estaban aquí, antes de ti y de mí.

—Padre, ha sido un honor aprender de usted. Si finalmente decido tomar los hábitos, se lo deberé a usted.

—Tomarás esa decisión cuando haya de ser —replicó el padre Rafael revolviendo el pelo de Gonzalo como cuando era niño—; has de partir. Prepara tus cosas. Te doy un consejo: ni te despidas del padre Celso.

Gonzalo se levantó, pero antes de dirigirse a su dormitorio, le preguntó al padre Rafael:

—¿Cuál es su nombre motilón?

—Soy Yorocu. —El padre sacó de debajo de su sotana un collar de semillas, con un colmillo más pequeño que el de Gonzalo.

—El zorro —rió Gonzalo—. Debí haberlo imaginado.

Gonzalo y el padre Rafael se abrazaron. Quizá no volvieran a verse nunca, pero Gonzalo, en parte, era el resultado de las enseñanzas de aquel hombre. Por eso siempre lo llevaría en su corazón.

Dicen que la fortuna favorece a los valientes. Francisca Montenegro había sido osada al cambiar la conservera por una empresa textil. Y ahora estaba viendo cómo esa decisión le reportaba pingües beneficios económicos. Basados, era cierto, en la desgracia ajena.

El mundo estaba en guerra. En el mes de junio de aquel 1914, el heredero del Imperio austro-húngaro había sido asesinado en un atentado en Sarajevo. Este hecho desencadenó una guerra en Europa que acabó extendiéndose a todo el mundo. Así que la Montenegro decidió poner su fábrica al servicio de ambos bandos contendientes como proveedora de uniformes militares.

Todas las ovejas eran pocas para la lana que necesitaba, y sus rebaños cada vez iban ganando más terreno a los antiguos campos de cultivo. Y aquella empresa textil empezó a verter sus ponzoñas en el río que bañaba Puente Viejo.

Los niños ya no podían combatir los rigores del verano infernal en sus aguas y el lugar habitual de las mujeres para lavar quedó desierto, pues tuvieron que buscar otro, más arriba de la fábrica, donde las aguas no estuvieran sucias. Lo que expulsaba aquel edificio infernal había traído riqueza a la Montenegro, pero la desgracia al resto de los habitantes de Puente Viejo.

Los vecinos elevaron sus quejas al alcalde y Pedro Mirañar, por primera vez en su vida, alzó la voz contra Francisca Montenegro. La población había apelado a su cargo para que impidiera que la Montenegro envenenara la sangre del pueblo: sus aguas. Pedro Mirañar intentó hablar con ella y convencerla, pero al encontrar, como era previsible por otra parte, un muro de desprecio, recurrió a su hijo Hipólito, que andaba en Madrid metido en política.

Madrid envió un inspector que detectó que, efectivamente, las aguas estaban emponzoñadas e informó cumplidamente de ello a sus superiores. Pero el informe del hecho que Pedro Mirañar recibió, aunque le daba la razón y confirmaba que las aguas estaban envenenadas, decretaba que era aquél un mal menor, en aras del progreso del pueblo y en vista de la contribución que doña Francisca Montenegro hacía al conflicto que asolaba Europa.

Francisca, como no podía ser menos, contraatacó, pues no estaba del todo segura de que Pedro Mirañar no fuera a seguir incordiando con esa fruslería de los vertidos al río. Al fin y al cabo, Mirañar era alcalde porque a ella le convenía y, tal y como lo

había puesto, lo podía remover del cargo. Así que convocó elecciones y las ganó. Con todo el pueblo en contra, el candidato de Francisca Montenegro, Mauricio Godoy, salió elegido como nuevo alcalde de Puente Viejo.

Si falseó votos, si coaccionó a sus braceros y ciertos habitantes del pueblo para condicionar su decisión o si fue todo a la vez, no importa. El caso es que Mauricio era ahora el alcalde y el azote de los habitantes de Puente Viejo. Los Mirañar, hundidos, se dedicaron a su colmado y contemplaban dolidos cómo Mauricio hacía y deshacía a su antojo, cómo sacaba lustre a sus botas y se paseaba por la villa como un verdadero rey. Rey que no movía un dedo sin la aprobación de su ama, Francisca. La empresa textil siguió contaminando el río... y la Montenegro enriqueciéndose a costa de una guerra cruel.

Los años pasaron en Puente Viejo. Aquella guerra, que en un principio se esperaba corta, duraba ya casi cuatro años. Y María crecía. Se estaba convirtiendo en una preciosa joven. Culta, educada, siempre impecablemente vestida, feliz en su mundo de algodones de La Casona. Su única relación con la realidad la tenía los domingos en que iba a visitar a sus padres.

Pero aquellas visitas eran cada vez menos agradables para ambas partes. Tanto los padres como la hija percibían la enorme brecha que se había abierto entre ellos. La distancia era especialmente crítica entre María y Alfonso. María hablaba de cosas que Alfonso desconocía: Emilia la escuchaba admirada, aunque tampoco entendía, pero Alfonso dejaba patente que los temas de conversación de «alta alcurnia», como él decía, lo traían sin cuidado.

María hablaba de las pirámides de Egipto, del museo del Louvre, de la Capilla Sixtina. Todo aquello lo había leído en libros, pues apenas si había ido a la capital un par de veces. Su mundo era Puente Viejo, aunque su imaginación volara cada vez que leía sobre lugares lejanos. Alfonso sentía una pena tan grande por haber perdido a su hija que ya ni fuerzas tenía para echarle en cara a Emilia lo errado de su decisión. Aquella señorita empingorotada, bonita y que no paraba de desplegar sus conocimientos poco tenía que ver con su hija.

Todo esto era cierto, pero no lo era menos que María también era una chiquilla sociable y alegre, y absolutamente inocente. Y por mucho saber que atesorara, al fin y al cabo, no dejaba de ser una chiquilla de pueblo con un universo vital muy restringido. Sus amigas eran Mariana y su prima Aurora, con la que mantenía una relación epistolar. La fascinaba la historia de su huraño tío Tristán, al que visitaba de tanto en tanto, y se deleitaba tomando chocolate en la cocina de El Jaral, mientras su abuela Rosario le narraba la historia de amor más romántica y triste de que jamás se hubiera oído hablar en Puente Viejo: la de su tío y Pepa, la partera. Lloraba de emoción cuando oía que la Balmes había encontrado a su hijo Martín para perderle de nuevo a manos de su cruel padre, Carlos Castro. Y se estremecía al escuchar que, por

amor a su primer marido, el difunto Juan Castañeda, su bella tía Soledad se había recluido en un convento cuando estaba a punto de celebrarse su boda con el apuesto Olmo Mesía.

Como no iba al colegio, María tenía pocas relaciones con jóvenes de su edad, salvo alguna visita que acudía a La Casona y traía a sus hijas. Ninguna de ellas podía decirse que fuera amiga de María. Tampoco lo era ninguna de las hijas de los braceros con las que se la prohibía relacionarse. María era un pez fuera del agua en el mundo de sus padres, pero tampoco podía ser completamente feliz en su estrecho universo de La Casona.

Dos cosas persistían desde su infancia: las pesadillas y el visceral rechazo al género masculino. Pese a ser la muchacha más bonita de toda la región, a sus quince años ya cumplidos, no se le conocía pretendiente. A Francisca el tema no le preocupaba lo más mínimo, pues para María picaba más alto. No pensaba casarla con ningún pelagatos de la comarca. María se casaría con un joven de buena cuna y, sobre todo, de cuantiosa fortuna.

A punto de cumplir los dieciséis, María soñaba con conocer y experimentar cosas nuevas. Las novelas y las imágenes de las revistas de sociedad en las que aparecían reseñas sobre lujosas puestas de largo de jovencitas distinguidas alimentaban sus sueños. Vaporosos vestidos, bailes sobre suelos brillantes, gente elegante... Esto era lo que desfilaba por su cabeza. María quería una fiesta así en La Casona. Poco a poco fue convenciendo a la Montenegro, que convino en que una puesta de largo con la flor y nata de la alta sociedad sería muy recomendable para la joven María. El pueblo se enteró de los planes que se fraguaban en La Casona y muchos de los habitantes se implicaron en el evento, ya fuera llevando flores de sus jardines, productos de sus huertas o prestando servicio adicional. Se invitó a todas las personas destacadas de España y María buscaba ansiosa inspiración para su vestido. Y la encontró. Para complacer a su ahijada, y para que no perdiera la costumbre de leer en francés e inglés, lenguas que hablaba con bastante corrección, la Montenegro recibía en La Casona revistas extranjeras. Una de ellas era *Harper's Bazaar*. Allí encontró María su vestido. Un artículo hablaba de una modista que tenía su atelier en el 31 de la Rue Cambon de París. Coco Chanel, la llamaban. Decían que estaba revolucionando el mundo del vestido femenino y, entre las fotografías que acompañaban el artículo, María encontró un precioso vestido blanco, con cintura baja y flecos hasta los pies del que se enamoró.

Al menos la Montenegro tuvo la deferencia de contar con Emilia para la organización de la fiesta. O bueno, si no contó con ella, al menos sí que la informó de sus intenciones. Y aquella fiesta que parecía encantar a todo el mundo a Emilia solo le traía preocupaciones.

—¿Y si conoce a un apuesto joven y empieza relaciones? —Emilia confesaba sus

cuitas a la Montenegro en el jardín de La Casona—. Ya sé que he perdido a mi hija, aunque al menos la tengo cerca. Pero si conoce a un forastero, se irá y eso sí será definitivo.

—¡Qué dramática te estás poniendo, Emilia! —rió Francisca—. Se nota que conoces poco a María. Es una niña. Es mucho más niña de lo que debería.

—Pero cuando encuentre el amor, madurará y lo seguirá adonde él la lleve.

—No padezcas. El que la quiera deberá cortejarla y vivir con ella en La Casona. Así de simple.

—No se puede encerrar a un pájaro por siempre, señora. Por muy dorada que sea la jaula. Y a María le están saliendo alas. En breve volará.

La noche de la fiesta llegó a La Casona. María estaba radiante, con su vestido de Chanel acompañado de unos zapatos blancos con la puntera negra. La Montenegro había invitado a lo más granado de la sociedad, prohombres, nobles y burgueses de renombre. Y además a algunos vecinos. Los Mirañar y don Anselmo paseaban por el jardín, que estaba profusamente adornado con jazmines y ramilletes de azahar. Emilia y Alfonso permanecían sentados en un rincón apartado. Emilia viendo disfrutar a su hija. Alfonso, huraño, tomaba una copa de coñac y temía que aquella fiesta acabase igual que la del décimo cumpleaños de su hija. Es decir, con un detalle de la Montenegro que los pusiera en evidencia.

Ni María ni Emilia habrían entendido lo que pensaba Alfonso al ver a su hija. Para él era una chica flacucha y desgarbada que no aguantaría ni el peso de una hoja. Aquella María no era una Castañeda. Tampoco una Ulloa. Desgraciadamente para Alfonso, María era una Montenegro. En eso la había convertido la Doña. En una de ellos. Montenegro...

Pero María estaba tan bonita, tan radiante, que los muchachos la rondaban como las polillas rondan la luz. La noche fue progresando y, de todos aquellos moscones, uno empezó a ganar terreno y a hacer que la nube que rodeaba a María se fuera dispersando. Era Arturo Valledor.

Hijo de unos acaudalados banqueros catalanes, con los que Francisca tenía tratos desde que había iniciado el negocio textil, Arturo rondaba los veintidós años. Era un tipo simpático y dicharachero y sobre todo un joven con mucho mundo. Hablaba a María de sus viajes, de sus veladas en la ópera y le decía que la iba a llevar a montar en la noria del Tibidabo. Además, le encantaban los caballos. Y si algo era la debilidad de María eran aquellos animales. Charlaron, bailaron una danza tras otra y María reía feliz. Había tenido miedo, mientras se preparaba la fiesta, de que hubiera demasiados individuos del sexo masculino desconocidos. No sabía cómo iba a responder. No sabía si sus miedos rebrotarían. Pero aquella noche era tan mágica que nada la inquietaba. María sentía que sus temores estaban conjurados. Se relajó y dio vueltas en el vals con Arturo. Al girar se fueron desplazando a un rincón frondoso del

jardín. Entre risas, cayeron sobre un banco de piedra, debajo de la higuera más frondosa de la casa. Y Arturo interpretó aquello como una señal de que tenía el camino franco para llegar al corazón de María. Y se acercó. Fue un intento inocente, pero el corazón de María empezó a latir con fuerza. Aquella presión, la oscuridad, ese lugar... María entró en pánico. De un empujón se quitó de encima a Arturo y salió corriendo, huyendo de unos miedos que no podía dejar atrás, pues estaban anclados en lo más profundo de su cerebro.

Arturo salió tras ella y Francisca vio aquella persecución.

—¡Mariana, ve por la niña! —ordenó a la doncella, la cual soltó inmediatamente la bandeja y salió en pos de su sobrina.

Tras esa orden la Montenegro se fue como una locomotora hacia Arturo, que, muerto de vergüenza, no sabía dónde meterse. El bofetón que le propinó Francisca Montenegro fue tan sonoro que las miradas de los invitados se volvieron hacia ellos.

—Yo no quería... —baluceaba Valledor tocándose la mejilla enrojecida.

—¿Qué no querías? ¡Fresco! —dijo Francisca amenazadora—. ¡Se acabó la fiesta, señores! Fuera todo el mundo de mi casa.

Ya en su cuarto, Emilia y Francisca trataban de tranquilizar a María. Pero ella, entre llantos, reveló lo que realmente le dolía. Lo había callado hasta entonces, pero no entendía por qué no soportaba el contacto con un hombre, con la excepción de su padre. No comprendía por qué no podía ser como las heroínas de las novelas románticas, que se enamoraban hasta el desmayo. Ellas suspiraban por el roce de su amado y a ella, en cambio, esa idea la aterraba. Emilia y Francisca se miraron en silencio. Las dos sabían qué le pasaba a María, pero no podían, bajo ningún concepto, explicarle la verdadera razón de sus miedos y de sus pesadillas. Lo que las dos mujeres temían había llegado. Aquel bastardo había destrozado la vida de María como mujer. Si ese pánico seguía atenazando a María, la joven nunca podría casarse y tener hijos.

Y llegó el invierno. Era una estación que María siempre había odiado. Se le hacía largo y duro, tanto era el tiempo que pasaba encerrada en La Casona. Los días en los que podía salir a cabalgar con su yegua Miopía eran escasos. Tampoco podía escaparse al pueblo si no era con la calesa. Bajo la apariencia de señorita, algo quedaba aún en ella de la niña que gustaba de correr aventuras. El tiempo pasaba lentamente en Puente Viejo y María no sabía en qué entretener las horas. Solo las novelas que devoraba mitigaban su tedio, pero le hacían anhelar aún más la libertad y el encuentro con un gran amor que la vida parecía negarle.

¿Sería siempre así su vida? ¿Ir a misa los días de guardar, montar a caballo, tocar el piano en las reuniones vespertinas, leerle a su madrina y visitar a sus padres los domingos? ¿Y el amor? ¿Y la aventura? ¿Y la pasión? María se sentía encerrada en una ratonera, en una jaula de oro de la que, ciertamente, no sabía por dónde salir. Y

dudaba mucho de que a Puente Viejo, a aquel lugar olvidado del mundo, fuera a llegar algún Fitzwilliam Darcy para rescatarla de su monotonía. Y sentada tras la ventana, veía cómo el sol se ponía y ponía fin a otro aburrido día de su vida.

Aquella vegetación y aquel ambiente seco le evocaban recuerdos de infancia. Algunos buenos, otros que prefería olvidar. Pero todos ellos lo habían traído adonde estaba ahora. En aquella diligencia que lo acercaba, traqueteando, al lugar que le había estado prohibido durante dieciséis años. Su atención estaba dividida entre esos recuerdos y la conversación con uno de los viajeros que le acompañaban. Era un hombre mayor que, desde que habían iniciado el camino en La Puebla, no había dejado de hablar con el claro propósito, no siempre conseguido, de hacer el viaje más liviano. Los otros viajeros eran una niña de siete años y su madre.

—... Y después de tanto hacer y acontecer, mi señora esposa se me echa a llorar, que ni María Guerrero le pone tanto arte a la cosa de las lágrimas —decía Pedro Mirañar, el viajero de hablar incansable—. Y me dice que me llegue yo hasta Madrid capital para hacerme con las sargas estilo Fortuny. ¿Cómo se queda usted?

—*In albis* —contestó Gonzalo divertido—. No tengo la fortuna de entender de cosas de mujeres.

—Natural, siendo usted hombre de Dios. Pero ¡ay cuando se case usted! —dijo Mirañar, que de pronto se vio violentamente bamboleado por uno de los muchos baches del camino—. A la fuerza entenderá de corsés, aderezos cordobeses y mostacillas.

—No creo que me case, buen hombre —respondió Gonzalo, sonriendo ante lo inoportuno de la observación del antiguo alcalde de Puente Viejo.

Aquel violento bache había afectado a la rueda, y uno de sus tornillos empezaba a tomar holgura, pero ninguno de los ocupantes del vehículo lo sabía; para ellos, pues, no existía motivo de preocupación.

—Pa chasco, claro que no. —Mirañar cayó en la cuenta del escaso sentido que había tenido lo dicho—. Es que me ando algo aturdido con tanto traqueteo y no sé lo que me digo. Estos caminos... —se lamentó—. Si yo siguiese siendo alcalde de Puente Viejo, llanos como Castilla los tendría.

—¿Fue usted alcalde de Puente Viejo?

—Usted lo ha dicho —suspiró nostálgico—. Lo fui. ¡Qué gran pérdida ha sido para nuestra noble villa que ya no sea yo su mayoral! ¡Hasta autobús habría traído a la comarca!

—El progreso se demora en llegar a estas tierras, sin duda —afirmó Gonzalo, que

se percataba de que, aparentemente, las cosas no habían cambiado tanto desde que había embarcado para Colombia.

—Tanto como esta tartana al pueblo. Pero hable usted, hable. Diga, ¿a qué viene usted a estos lares?

Otro bache escoró el carruaje y esta vez los cuatro pasajeros buscaron algo a lo que asirse para mantener la verticalidad, que peligraba por la fuerza de la sacudida.

—A conocer mejor el país que casi he olvidado. Me marché de niño a las Américas y apenas recuerdo los usos y costumbres de España.

—Pues, en Puente Viejo, vive Dios que hallará la cuna de todo lo español. Somos más ibéricos que el jamón de Guijuelo y el cariñena. ¿Y a qué el interés por lo patrio?

—Aún soy diácono. He de tomar los votos definitivos en breve y antes de dedicarme a mi propia parroquia quiero saber más de mis futuros fieles. De ahí lo de pasar una temporada indefinida en Puente Viejo.

—Yo le diré todo lo que hay que saber sobre los vecinos de Puente Viejo: gustan de comer caliente, dormir bajo techado y apurar una jarra de buen vino.

—Para qué más —reconoció Gonzalo sonriendo.

Aquel último bote fue tan violento que, esta vez, la niña, que había mantenido una calma pasmosa, soltó un grito asustado y se refugió en su madre.

—¡La Virgen! —dijo Mirañar enjugándose el sudor con un pañuelo—. Perdone, padre, ha sido el canguelo por el bote.

—Disculpado. —Gonzalo se dirigió a la niña—. No se habrá asustado una niña tan grande como tú, ¿verdad?

La niña negó con la cabeza y la madre sonrió agradecida ante la preocupación de Gonzalo.

—Lo sabía. Se te ve valiente. —El diácono metió su mano en una bolsita. Sacó un saquito de cuero del que extrajo una semilla de cacao que le tendió a la niña—. ¿Sabes qué es esto? —como la niña negaba, prosiguió—: Una semilla de la suerte. Guárdala, y nada habrá de sucederte.

—Gracias —esta vez la niña sí habló.

—Ay, Puente Viejo de mi vida. Qué ganas de volver a verte —suspiró Pedro Mirañar ante otro bache.

—Y que lo diga... —suspiró también Gonzalo mientras miraba por la ventanilla para atisbar algún tejado que anunciara la cercanía del pueblo.

Poco duró la calma, pues un nuevo bache disparó ese resorte que hace que los humanos hablemos sin parar cuando el miedo sobrevuela el ambiente.

—¡Ay, padre, rece lo que sepa, que nos la pegamos! —decía Mirañar.

—No tema, hombre, que en peores trastos he viajado por las selvas y aquí estoy.

—Las carreteras de esta comarca las carga el diablo, se lo digo yo.

—Ande, relátame más cosas de su pueblo, a ver si se le va el pesquis a otra cosa.

—Gonzalo detectó que Mirañar se encontraba al borde de una histeria que, temía, podía contagiárseles a las otras dos viajeras.

Y si a Pedro Mirañar se le presentaba la oportunidad de un cotilleo, no perdía ripio a la hora de aprovecharla.

—Lo más principal que ha de saber usted para bien vivir en Puente Viejo es arrimarse a quien conviene. Y la que conviene, mayormente, es la Montenegro.

—¿Francisca Montenegro? —preguntó Gonzalo con las alarmas disparadas por aquel nombre.

—Hasta al Amazonas ha llegado su fama —repuso Mirañar, asombrado de que Gonzalo conociera el nombre de pila de la Doña—. Si supiera su santidad el chubasco que esa mujer nos trajo a los puenteviejos... Hasta su hijo don Tristán Castro reniega de su madre tras lo que pasó, no le digo más.

—¿Cuál fue esa desgracia? —preguntó Gonzalo con gravedad y muy interesado.

—Una de raigón bien hondo, mire usted...

Aquél fue el bandazo definitivo. La diligencia se inclinó de forma dramática, pero aquella vez no se recuperó. Los caballos relincharon nerviosos, cosa que no habían hecho en ninguno de los baches anteriores. Algo habían percibido en este nuevo bache que los alertó y ni el grito del cochero consiguió calmarlos. Toda aquella cacofonía de gritos, relinchos y golpes sordos contra las paredes del carruaje se vio cubierta por otro ruido más terrible y concreto. Un crujido en alguna parte de la diligencia anunció una clara y próxima tragedia.

Gonzalo se percató de que, ahora, si quería poner los pies en el suelo, debía en realidad pisar lo que antes había sido el respaldo acolchado de su asiento. Pensó que, si conseguía salir, podría ayudar más fácilmente a los ocupantes desde fuera, y, no sin dificultad, se deslizó por la estrecha ventanilla hacia el exterior. Cuando, tras gatear, consiguió ponerse de pie, lo que vio lo dejó de piedra. La diligencia colgaba sobre un puente, con la mitad del armazón asomando y en un precario equilibrio. Solo el control que el cochero estaba ejerciendo sobre los caballos evitaba que cayera al vacío.

—¡Padre, vaya quitando peso del carruaje! No sé lo que aguantará el tiro —gritó el cochero a Gonzalo.

—¡Salga, señora!

—¡Pero mi hija!

—Salga. Yo me ocupo de ella. Cuanto más hueco haya dentro, mejor nos moveremos los dos.

La mujer obedeció a la autoridad que desprendía la voz de Gonzalo, que ya se estaba despojando de su sotana para quedarse en mangas de camisa y tener más movilidad.

—¡Mamá! —gritó la niña cuando vio que los pies de su madre desaparecían por

la ventanilla y se quedaba sola en aquel lugar.

—¡Adelaida! ¡Hija! —La madre se precipitó hacia la carreta, pero la mano de Gonzalo la detuvo.

—¡No! No se acerque. La calesa está a punto de caer.

—¡Es mi niña! —replicó la madre intentando zafarse y a punto de perder el control.

—La sacaré de ahí —aseguró Gonzalo acariciando la cara de la mujer para infundirle la calma necesaria en ese momento.

—¿Está seguro, padre? Mire, hijo, que la rueda está bailando en el vacío —observó Mirañar.

—Me encanta bailar —dijo Gonzalo con una sonrisa que calmó los ánimos de los demás—. Cochero, haga que los caballos no aflojen el tiro.

Gonzalo puso el pie derecho sobre la calesa y se aseguró de que resistiría su peso, antes de encaramarse totalmente sobre ella. Notó un crujido y un balanceo que casi le hizo perder el equilibrio. La diligencia se descolgó un poco más hacia el vacío. El cochero templó los caballos y el coche interrumpió el deslizamiento.

—¡¡Mamá!! —volvió a gritar Adelaida.

—Shhh. Tranquila, cariño. Ya voy —susurró Gonzalo.

Cuando por fin logró Gonzalo deslizarse en el interior, lo que vio lo dejó seriamente preocupado. Adelaida estaba atrapada bajo uno de los asientos, que con el vuelco se había desatornillado del suelo. Uno de los hierros de las patas se había clavado en la pierna de la pequeña. Y aquella herida no tenía buen aspecto. Además, era posible que la pierna estuviera rota.

—Ya estoy aquí. Me parece que eso pesa mucho para ti, ¿no? —La niña asintió—. ¿Lo quitamos?

—¡No! Me duele.

—Seguro que sí. Pero hemos quedado en que eras una niña valiente.

—No tanto.

—No tanto, sin ayuda. Pero recuerda que tienes la semilla de la suerte.

—No me ha dado suerte. Nos hemos caído.

—Porque no era para entonces. Era para ahora. Si aprietas la semilla muy fuerte, yo lograré apartar ese baúl y podremos ir con tu madre. ¿Qué me dices? ¿Sí?

Adelaida apretó la semilla en su manita con todas sus fuerzas y, de vez en cuando, se enjugaba la cara llena de churretes.

—Dame fuerzas, Señor —murmuró Gonzalo.

Con enorme esfuerzo, consiguió desenganchar el asiento y librar la pierna de Adelaida de su prisión. Efectivamente, estaba fracturada.

—Ahora, Adelaida, vas a apretar aún más fuerte la semilla...

Gonzalo se quitó la camisa, la hizo jirones y vendó la pierna de la pequeña,

imitando un entablillado de emergencia. Le doliera o no, la pequeña no emitió un solo quejido.

—¿Sabes que si no fuera sacerdote me casaría ahora mismo contigo por lo valiente y guapa que eres? —Adelaida sonrió y Gonzalo le preguntó—: ¿Vamos con madre?

Con la niña en brazos, Gonzalo se acercó a la desvencijada ventanilla.

—Pedro, cojan a la pequeña, rápido.

—Madre de mi vida, con cuidado. La calesa va a despeñarse... Padre, por su padre..., es decir, por Dios, ¡salga! —Pedro Mirañar no sabía cómo alertar al cura.

—Si me lo pide así...

Gonzalo se apoyó en la ventanilla para tomar impulso y salir, pero aquél fue el último empujón que podía resistir la carreta y el remache que unía el tiro al carruaje se quebró, por lo que la fuerza de los caballos no podía transmitirse. La calesa cayó sin nada que la retuviera a la tierra. Adelaida intentó zafarse de los brazos de su madre para correr detrás de Gonzalo, pero con la pierna y el brazo heridos fue tarea imposible.

—¡Gonzalo! Madre, no quiero que se muera —gritó mirando hacia el río con cara de terror.

—Shsss. No va a morir, hijita —intentó tranquilizarla su madre.

—¡Se ha matado! ¡Se nos ha matado el cura! ¡Ay, Señor!, con lo majete que era el chaval... Qué desgracia, qué fatalidad. —Pedro Mirañar se acercó al abismo con las manos en la cabeza y soltando imprecaciones. Entre los restos de la diligencia no parecía haber ningún movimiento.

—¡No me dé matarile tan pronto, alcalde, que aún he de dar guerra en esta tierra! —gritaba Gonzalo jadeante mientras trepaba trabajosamente por la pared del barranco, con la cara y las ropas desgarradas y llenas de barro.

—¡Ay, santa providencia, milagro! —dijo Mirañar santiguándose.

—Deje los milagros para el Nuevo Testamento y alcáncenme una maroma, señores. Que Dios ha de andar ocupado para mandar ángeles a recogerme.

El cochero tiró una cuerda que encontró entre los enseres que no habían caído al fondo del barranco y, con la ayuda de Pedro Mirañar, tiraron del peso de Gonzalo hasta que vieron asomar la cabeza del muchacho. Cuando este puso pie en tierra firme, parecía cualquier cosa excepto un sacerdote. Había perdido el alzacuellos. Su camisa desgarrada dejaba al descubierto el torso y un collar de semillas que le rodeaba el cuello. Adelaida intentó de nuevo zafarse del abrazo de su madre y, al no conseguirlo, tendió los brazos hacia Gonzalo.

—Por poco se queda usted sin conocer todos los secretos de Puente Viejo —dijo Pedro Mirañar quitando gravedad al asunto.

—Eso ni pensarlo, don Pedro. Ni pensarlo —respondió Gonzalo sonriendo, pero

con un deje de amargura en su mirada.

El invierno acabó por dar una tregua. Por fin, amaneció un día luminoso y Francisca Montenegro se puso a leer al lado del ventanal del salón. Sus anteojos de media luna estaban apoyados sobre la punta de su nariz. *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, de Vicente Blasco Ibáñez, de reciente publicación, la tenía absorta, pero no tanto como para no oír que la puerta se abría.

—Todo llega en esta vida... Hasta mi limonada —dijo sin levantar la vista de su lectura. No lo necesitaba. Identificaba perfectamente a quién pertenecía cada manera de caminar en la casa con solo oír unos pasos.

Mariana caminaba siempre como una sombra. Desde que, tras salir de la cárcel, había claudicado y vuelto a La Casona para cuidar de su sobrina, no era ni sombra de la muchacha viva y hermosa que había levantado pasiones en el pueblo. Sin decir una palabra, sirvió la limonada a su señora y no mudó el gesto cuando oyó que ésta le decía:

—Castañeda tenías que ser... Qué cielo me estoy ganando con vosotros, Señor... Hale, alivia, que me distraes de los «jinetes del Señor».

La voz cristalina de María rompió el silencio tenso que siguió entre ambas mujeres. Ese día se había despertado feliz, como siempre que lucía el sol. Había saltado de la cama y, después de asearse, se había vestido con su ropa de montar. El pelo recogido en trenzas sobre su cuello dejaba caer sobre su carita redonda un par de mechones ondulados.

—¡Vamos, madrina! ¿Por qué lee esas cosas tan serias? La guerra acabó —dijo besando a su madrina en la mejilla.

—Porque, querida María, alguien en esta casa debe cultivarse con algo que no sea Arniches.

—Arniches es la mar de divertido.

—La mar de simple.

—Entonces es como yo —dijo divertida.

—Tú eres más lista que el hambre, niña.

—Entonces es que he salido a usted —dijo riendo con zalamería.

—No me des jabón, que te conozco. ¿Qué haces a estas horas con la ropa de montar?

—Es que me voy al pueblo. Con Miopía —dijo dando un sorbo a la limonada de

su madrina.

—¿La yegua torda? Ni pensarlo.

—Pues no lo piense —dijo guiñando un ojo a la Montenegro—. Siga con sus novelones y finja que no me ha visto.

—María, hija, si hay algo de lo que no carezco es de vista. Y de bemoles. No vas.

—¿Y si le digo que hoy llega con la diligencia ese par de guantes perfumados que encargó al mismísimo Grasse de Francia...? —María sabía cómo ablandar el corazón de su madrina...

—¿Los que me convenciste de que encargara...? —Francisca, por su parte, sabía cómo hacerse la dura con su ahijada.

En ese juego que madrina y ahijada jugaban a menudo, los papeles estaban claros y también solía estarlo el vencedor. Pero con condiciones. La Montenegro consentía, pero no podía rendir sus armas sin imponer alguna condición.

—Los mismos. —María tomó las manos de su madrina y las acarició—. ¡Cómo le van a caer a estas manos tuyas, madrina...! ¿No quiere verlos?

Francisca sonrió ante la mirada pícara de María. Había ganado.

—Anda, zalamera, ve y no me des más tormento. Eres como una abeja zumbona, todo el día revoloteando. Ve, ve. ¡Pero no tú sola, ni con la yegua! En la calesa y con Mariana, como hacen las señoritas.

He aquí la condición que María esperaba.

—¡Como usted quiera, madrina! ¡Pero mira que es buena y rebuena! ¡Vamos, Mariana! Lo vamos a pasar de fábula.

Encantada de su victoria, María salió del salón y le guiñó un ojo a Mariana, procurando que su madrina no la viera. Mariana reprimió una sonrisa.

—Mariana... —la llamó Francisca—. Eres su criada, ni más ni menos. No lo olvides. En el pueblo, de señorita María para arriba, ¿estamos?

—Sí, señora —acató la otra guardando para sí la complicidad que existía entre ella y su sobrina y saliendo tras la joven.

Siempre que María pasaba por el pueblo, era saludada con deferencia y respeto por todos los que se cruzaban en su camino. No por ser la hija de Alfonso y Emilia, sino por ser ahijada de Francisca Montenegro. Y aquel día no fue diferente. Estaba acostumbrada a esos privilegios. Mariana y ella esperaron en la plaza, pero la diligencia se retrasaba.

—Menudo retraso trae la diligencia —dijo María mirando el reloj que colgaba de su cuello, con el esmalte del busto de una mujer en su reverso. Era, evidentemente, un regalo de su madrina—. Con las ganas que tenía yo de ver esos guantes de la madrina... Están poniendo ferrocarril en media España y nosotros aquí, en carreta como en el Lejano Oeste.

Alfonso vio a su hija desde los ventanales de la posada y salió a su encuentro. En

cuanto lo vio, María se puso tensa y agarró la mano de su tía.

—Mi padre —murmuró con voz tensa—. Buenas, padre.

María se levantó y fue a darle un beso, pero la cara tensa de Alfonso la hizo detenerse. Ambos estaban a años luz de distancia y Alfonso no adoptaba esa actitud por falta de amor hacia su hija, sino por rencor y por el dolor que le causaba sentirla tan lejana. Pero la realidad es que a María se le hacía un nudo en el estómago cada vez que se cruzaba con su padre.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con sequedad a su hija.

—Vengo a recoger un paquete. Me alegro de verle.

—¿Cómo van las cosas por La Casona, hermana? —preguntó entonces Alfonso a Mariana sin molestarse en responder a su hija.

—¿Cómo han de ir?

—A ver si te pasas a ver a tu madre. Hace días que no sabemos nada de ti —le reprochó a su hija.

—Tiene usted razón, padre, es que apenas salgo de casa. Me he embarullado con los estudios de piano, que no sabe usted lo complicado que es el tal Chopin.

—No, no lo sé —replicó Alfonso molesto.

Todas esas armas de seducción que le funcionaban a la perfección con su madrina eran absolutamente inefectivas con su padre.

—Ya, bueno, quería decir... —María se puso más tensa aún ante la actitud de desapego de su padre—. Es igual. Dígale a madre, si es tan amable, que la iré a ver esta misma semana.

—Sin prisas. No quiero que descuides al tal *sopán*. Con Dios, Mariana. Cuídate de «ésta» —le dijo a su hermana refiriéndose a la Doña.

—Nunca sé cómo hacerlo bien con él. Nunca —musitaba María, triste, mientras su padre se alejaba.

Por fin la diligencia entró en la plaza.

—Al fin. ¿Por qué demonios habrá tardado tanto? Ni los guantes de mi madrina merecen tanta espera.

La portezuela se abrió y por el vano se asomó un joven que, antes de bajar, se detuvo unos segundos para mirar a su alrededor, como queriendo grabar en su memoria aquel momento. Su mirada era intensa, su pelo estaba revuelto y su camisa, entreabierta y remangada, dejaba ver unos brazos dorados por el sol y un torso del que colgaba un collar de un material que María nunca había visto. Y el tiempo se detuvo, durante el instante en que María lo miró. Nunca había visto un joven así. O al menos ningún joven le había causado una impresión como la que éste le estaba causando.

—Tal vez sí merece la pena la espera... Mariana, por favor, busca el paquete. —Mariana asintió y se dirigió al cochero, momento que María aprovechó para dirigirse

hacia Gonzalo. Pero Pedro Mirañar se interpuso entre ella y su objetivo.

—Ay, señorita María, qué recondenada aventura... ¡Casi no lo contamos! ¡Por poco nos despeñamos vivos!

—¿Tanto ha sido que llevan una hora de retraso? —preguntó María, con cierta altivez, al tiempo que miraba de reojo a Gonzalo.

Aquella pregunta emitida por aquella dulce voz femenina hizo que Gonzalo dirigiera su atención a la orgullosa joven que había hablado.

—¡Tanto y más! Una zaragata de las buenas.

—Ustedes por ahí, viviendo aventuras para contar a los nietos y una aquí, al raso, esperando los guantes de Grasse —bromeó María con la intención de llamar la atención del joven. Al parecer, lo consiguió, pues Gonzalo no perdía palabra de la conversación entre ella y Mirañar.

—Usted ríase, María, pero hemos estado a esto de diñarla —dijo el antiguo alcalde de Puente Viejo mientras encaminaba sus pasos a su colmado.

—Espero que al menos hayan salvado los paquetes —dijo la chica con sorna.

—Con haber salvado el pellejo me conformo. Con Dios, me marchó a ver a mi Dolores, que andará en un ay.

María lo vio marchar. Demasiado ocupada en disfrutar de su propia broma, no notó que Gonzalo se acercaba a ella por la espalda.

—¿De veras piensa usted que vale más un guante que una vida? —preguntó el joven sobresaltando a María, que no esperaba tenerlo tan cerca.

—¿Perdone?

—Debo de estar muy hecho a los modales de la selva, pero en mi tierra lo primero es la vida.

—Y su tierra, evidentemente, es un lugar sin civilizar. En mi tierra, muchacho, no se dirige uno a una señorita sin que se la hayan presentado previamente.

—¿Muchacho? ¿Cuántos años te crees que tienes?

—¿Me tuteas?

—Y tú a mí.

María miraba sorprendida a aquel muchacho insolente que parecía retarla, en lugar de adularla como hacían los demás. Realmente, parecía que estaba de vuelta de todo y que tenía poco o nada que perder. Así que María contraatacó con altanería:

—Al verte ya supe que eras un zagal sin pizca de educación.

—Sin embargo, hasta que no he hablado contigo, yo no me he dado cuenta de que contigo sucede lo mismo.

—Porque mi imagen es la de una dama —dijo segura y altiva.

—No, porque no me había fijado en ti.

Aquel muchacho era realmente un descarado y dejó a María sin palabras y con la boca abierta.

—Cuidado, no te entre una mosca —siguió con tono burlón, llevándose una mano a la barbilla para indicarle que cerrara la boca.

Y tras ese gesto se alejó, dejando a María indignada.

—¿Serás...?! ¡Serás...! —exclamó la joven dando una patada de enfado.

—¿Qué sucede? —preguntó su tía Mariana al verla tan indignada.

—Acabo de toparme con el muchacho más descortés y zafio del mundo. Espero no volver a verlo nunca.

María tomó a su tía del brazo y, con la cabeza muy alta, se alejó con ella de la plaza. Pero no pudo evitar mirar hacia atrás buscando a Gonzalo. Él tampoco podía evitar girarse para observarla con una sonrisa. Al cruzar su mirada con la de él, María giró de nuevo bruscamente la cabeza y siguió caminando con pasos rápidos.

—¿Gonzalo? Sin duda es usted, hijo. No hay otro forastero en la diligencia. ¿Está bien? Ya me han contado lo sucedido —dijo el padre Anselmo, que había llegado a su altura.

—Padre... Bien hallado. No ha sido nada. Una zarabanda más que Dios nos pone en el camino para que no nos adormilemos.

—Desde luego, amigo mío, no ha podido elegir mejor lugar que Puente Viejo si no quiere aburrirse. ¿Fue el azar lo que lo hizo decidirse por nuestro pueblo?

—Padre, ya lo sabe: en esta vida, nada ocurre por azar.